

Las comedias de Aristófanes

Aristófanes

TOMO I

Traducción: Federico Baraibar y Zumárraga

Viuda de Hernando, Madrid, 1880

Los acarnienses

Aristófanes

Personajes

DICEÓPOLIS, ciudadano de Atenas.

UN UJIER.

ANFITEO, semidiós.

UN EMBAJADOR.

PSEUDOTARBAS, enviado del Gran Rey.

TEORO, diputado en la Corte del Rey de Tracia.

LA HIJA de Diceópolis.

EL ESCLAVO de Eurípides.

EURÍPIDES.

LÁMACO, general.

UN MEGARENSE.

Dos **MUCHACHAS**, hijas del megarense.

UN SICOFANTE (o delator).

UN TEBANO.

NICARCOS.

UN ESCLAVO de Lámaco.

UN LABRADOR.

UN PARANINFO.

DOS MENSAJEROS.

PERSONAJES MUDOS.

Los **CARBONEROS ACARNIENSES**, que forman el Coro.

Plaza pública de Atenas.

DICEÓPOLIS.-¡Cuántas veces me he requemado la sangre! Raras, rarísimas han sido, en cambio, mis alegrías; no más de cuatro. Mis amarguras fueron innumerables, como las arenas de las playas. Porque, en verdad, ¿que placer experimente que fuese lo que se llama un regocijo? ¡Ah, sí! Ahora recuerdo una cosa que me llenó el alma de júbilo. Fue en el teatro, cuando Cleón no tuvo más remedio que vomitar sus cinco talentos. ¡Qué gusto! Adoro a los Caballeros por tan bonita operación.

Fue un excelente negocio para Grecia. Pero otro día experimente una decepción trágica cuando esperaba, con la boca abierta, escuchar el anuncio de una tragedia de Esquilo y oí en cambio, estas palabras: “Teognis puedes hacer que aparezca tu coro”. Daos cuenta del golpe que recibí en el pecho. Tuve, sin embargo, un segundo placer cuando, en cierta ocasión, y después de Mosco, apareció Daxiteo en escena para cantar una canción beocia. Y aquel mismo año pensé morir, con los ojos convulsos, sólo de ver presentarse a Queris para tocar el himno ortiano. Pero nunca, desde que me está permitido venir a los baños me ha picado tanto el polvo en los ojos como hoy en que el Pnyx se encuentra vacío pese a la convocatoria matinal de una asamblea plenaria: los ciudadanos están charlando en el Ágora y por todos lados tratan de evitar el contacto con la cuerda teñida de rojo. Ni siquiera están allí todavía los Pritáneos. Llegarán con retraso y entonces tendrán que disputarse a codazos los primeros puestos, tomándolos por asalto. Lo que menos les importa es como hacer la paz.

¡Pobre, pobre patria mía! Yo soy el primero en llegar a la Asamblea; tomo asiento y, como estoy tan solo, suspiro, bostezo, me desperezco, suelto pedos, me aburro, me depilo, cuento hasta mil; y sueño con los campos, enamorado de la paz; detesto la ciudad y pienso en aquellas gentes de mi pueblo que nunca supieron lo que es decir: “compra carbón, vinagre, aceite”, que hasta ignoraban el verbo “comprar”, y que para todo se bastaban a sí mismos sin tener que romperse la cabeza con tantos golpes de “compra, compra, compra”.

Esta vez vengo, pues firmemente decidido a gritar, a interrumpir, a invectivar a todo orador que nos hable de otra cosa que no sea la paz. Pero, justamente, ya llegan los Pritáneos; son las doce. Y ¿no os dije? Es exactamente como os lo dije: todo el mundo se precipita para atrapar los primeros bancos.

EL UJIER.-Pasad, pasad adelante para que estéis dentro del recinto consagrado.

ANFITEO.-¿Ha hablado ya alguien?

EL UJIER.-¿Quién pide la palabra?

ANFITEO.-Yo.

EL UJIER.-¿Tu nombre?

ANFITEO.-Anfiteo.

EL UJIER.-Tú no eres un hombre.

ANFITEO.-No; soy un inmortal. Anfiteo, mi antepasado, era hijo de Deméter y de Triptólemo, padre de Celeo. Celeo se caso con Fenareta, mi abuela, que dio a luz a Licino, mi padre. Soy inmortal y los dioses me han encargado que vaya a tratar solo con los lacedemonios. Pero aunque soy mortal, señores hombres, me encuentro sin recursos; los Pritáneos no me dan nada.

EL UJIER.-¡Guardias! (Unos arqueros tratan de expulsar a Anfiteo.)

ANFITEO.-Triptolemo y Celeo ¿vais a abandonarme?

DICEÓPOLIS.-Señores Pritáneos, perjudicáis el interés de la asamblea expulsando a ese hombre que desea concertar una paz conveniente y hacer que colguéis los escudos.

EL UJIER.-Siéntate y a callar.

DICEÓPOLIS.-No, por Apolo; no callaré hasta que propongais que se trate de la paz.

EL UJIER.-(Anunciando).-Los embajadores cerca de la Corte del Rey.

DICEÓPOLIS.-¿Qué Rey? Ya estoy harto de vuestros delegados, de sus pavadas y de todas sus ridiculeces.

EL UJIER.-Silencio.

DICEÓPOLIS.-(Viendo entrar a los embajadores vestidos a uso persa).-¡Por Ecbatanal ¡Vaya trajecitos!

EL JEFE DE LA EMBAJADA.-Bajo el arcontado de Eutímenes nos delegásteis a la Corte del Gran Rey con una indemnización de dos dracmas diarios...

DICEÓPOLIS.-¡Caramba! ¡Nada menos que dos dracmas!

EL EMBAJADOR.-Y podemos decir cuanto hemos tenido que padecer durante la travesía de las llanuras del Caistro, bajo los toldos de los carruajes donde íbamos tendidos, sin fuerza de resistencia, como muertos.

DICEÓPOLIS.-¿Y yo, entonces? ¿Habrá que creer que yo gozaba plenamente de la vida cuando me veía tirado en el fango de las trincheras?

EL EMBAJADOR.-Adonde quiera que llegábamos nos obligaban a beber vino puro o azucarado en copas de oro y de cristal.

DICEÓPOLIS.-¡Oh, ciudad de Cranao! ¿No comprendes que tus embajadores se burlan de tí?

EL EMBAJADOR.- Pues para los bárbaros solo se es hombre cuando se come y se bebe mucho.

DICEÓPOLIS.-Aquí, entre nosotros, solo se tiene por hombres a los libertinos y a los

invertidos.

EL EMBAJADOR.-A los tres años de nuestra marcha, llegamos a la Corte del Gran Rey. Pero éste se había ido con todo su ejército para evacuar sus necesidades, lo que le retuvo ocho meses en los Montes de Oro.

DICEÓPOLIS.-¿Y cuanto tiempo necesito para cerrar el año? ¿Todo un plenilunio?

EL EMBAJADOR.-Luego, regresó a sus alcázares y nos recibió. Mandaba que nos sirviesen bueyes enteros asados al horno.

DICEÓPOLIS.-¡Esta sí que es gorda! ¿Quién ha visto nunca asar bueyes enteros al horno?

EL EMBAJADOR.-Y, ¡palabra de honor! también nos sirvieron un ave tres veces más grande que Cleónimo. Es el ave engañosa.

DICEÓPOLIS.-Ahora me explico porqué nos engañabas tú al cobrar tus dos dracmas.

EL EMBAJADOR.-Y ahora, hénos aquí; nos hemos traído con nosotros a Pseudartabas, el Ojo del Rey.

DICEÓPOLIS.-¡Ojalá que un cuervo le arranque ese ojo a picotazos y tu ojo de embajador además!

EL UJIER.-(anunciando).-El Ojo del Rey.

DICEÓPOLIS.-(Viendo entrar al Ojo del Rey, escoltado por dos eunucos) ¡Hay Heracles! ¡Ay, Señor! ¡Socorrednos! ¡Por los dioses, amigo, que ese ojo tuyo es como un ojo de remo. ¿Buscas una buena ensenada tras de doblar el cabo?

EL EMBAJADOR.-Vamos, Pseudartabas; ten a bien explicar lo que el Rey te ha encargado que comuniqués a los atenienses.

PSEUDARTABAS. I artaman exarxas apiaona satra.

EL EMBAJADOR.-(A Diceópolis).-¿Entiendes lo que dice?

DICEÓPOLIS.—Ni palabra ¡por Apolo!

EL EMBAJADOR.-Pues dice que el Rey os envía oro. Articula bien, Pseudartabas, la palabra “oro”, con voz más fuerte y más clara.

PSEUDARTABAS.-Lo que es “el oro” no lo veréis ni en pintura, cochinos jonios.

DICEÓPOLIS.-Ahora sí que está más claro que el agua.

EL EMBAJADOR.-¿Pero qué está diciendo?

DICEÓPOLIS.-Dice que los jonios son unos marranos; y unos imbéciles si esperan que los bárbaros les den oro.

EL EMBAJADOR.-Al contrario; lo que dice es que nos dará el oro a montones.

DICEÓPOLIS.-¡Conque a montones! Lo que tú eres es un charlatán de marca mayor. Retírate. Voy a interrogarlo yo solo.

(A Pseudartabas)

Anda, dame `explicaciones claras en presencia de este testigo si no quieres que te tiña con púrpura de Sardes. ¿Va a enviarnos oro el Gran Rey? ¿No, verdad? Por lo tanto es que nuestros embajadores nos tenían archiengañados.

(Pseudartabas y los eunucos que le acompañan hacen signos afirmativos).

Pero, ¡oye! ¡Si nos están diciendo que sí al estilo griego! Estoy seguro de que son de aquí mismo. Uno de los dos eunucos, éste, sé quienes; es Clistenes el hijo de Silvitio. ¡Vaya, vaya con el culo de mona, impúdico y truhán! ¿Cómo con esas barbas quieres pasar por eunuco, mico desvergonzado? Y ese otro ¿quién es? ¿No será Estratón?

EL UJIER.-Silencio, siéntate. El consejo invita al Ojo del Rey a pasar al Pritáneo.

DICEÓPOLIS.-¡Es para ahorcarse! Pero sería yo un imbécil si me quedase aquí aburriéndome. ¿Seguirá abriéndose esa puerta para recibir a semejantes individuos? Me voy a trabajar en algo muy grande y muy hermoso. ¿Dónde estás, Anfiteo?

ANFITEO.-Aquí estoy.

DICEÓPOLIS.-Toma estos ocho dracmas y ve a concluir por mi cuenta personal un tratado de paz con Lacedemonia, para mí, mi mujer y mis chicos. ¡Qué sigan éstos enviando embajadas y perdiendo el tiempo!

EL UJIER.-Que pase Teoro, nuestro diputado en la Corte de Sitalces.

TEORO.-Héme aquí.

DICEÓPOLIS.-Otro charlatán que nos traen.

TEORO.-No hubiéramos permanecido tanto tiempo en Tracia...

DICEÓPOLIS.-Claro que no; si no hubieras percibido gruesas sumas.

TEORO.-... Si toda la Tracia no hubiera quedado cubierta de nieve y si los ríos...

DICEÓPOLIS. -Justo al mismo tiempo en que Teognis concurría aquí para la tragedia.

TEORO.-Mientras tanto, yo vaciaba copas en compañía de Sitalces. Se mostraba muy filoateniense; era un verdadero amor. Llegaba hasta escribir por las paredes: estoy encaprichado con los atenienses. Su hijo, al que le hemos dado el título de ciudadano de Atenas, tenía unas ganas locas de comer salchichas en la fiesta de las Apaturias. Suplicaba a su padre que partiese en socorro de su patria. El padre juró, levantando la copa, que vendría en nuestro auxilio con un ejército tal que los atenienses exclamarían: “Es una nube de saltamontes en marcha!”.

DICEÓPOLIS.-Que me aspen si creo una sola palabra de lo que cuentas, menos lo de los saltamontes .

TEORO.-Y ahora, nos envía al pueblo más belicoso de la Tracia.

DICEÓPOLIS.-Eso ya va estando más claro.

EL UJIER.-Haced pasar a los tracios que nos trae Teoro.

DICEOPOLIS.-¿Qué cataclismo es ese?

TEORO.-Es el ejército de los odomantas.

DICEÓPOLIS.-¿Los odomantas? ¿Qué significa eso? (designando el falo de que van provistos) ¿Quién les ha rebanado el miembro a los odomantas?

TEORO.- Si se les da un sueldo de dos dracmas asolarán a toda la Beocia.

DICEÓPOLIS.-¿Dos dracmas a estos... mutilados? ¿Qué podrían decir entonces los tranitas, salvadores de la ciudad? Pero... ¡atiza! Estoy perdido: los odomantas me despojan de mis ajos... ¿queréis dejar en paz mis ajos?

TEORO.-¡Desdichado! Guárdate de acercarte ahora a unos hombres que han comido ajos.

DICEÓPOLIS.-¿Podéis consentir, señores Pritáneos, que se me trate así, en el suelo de la patria, y por unos bárbaros? Pues bien, me opongo a que la Asamblea delibere sobre el sueldo a conceder a los tracios; y os advierto que acaba de producirse un presagio; he sentido caer una gota.

EL UJIER.-Que se retiren los tracios: se les convoca para pasado mañana. Los Pritáneos levantan la sesión.

DICEÓPOLIS.-(Que se ha quedado solo)

¡Maldita sea! He perdido mi buena ensalada de ajos! Pero aquí está Anfiteo que vuelve de Lacedemonia. ¡Salud, Anfiteo!

ANFITEO.-Espera para saludarme a que pueda parar de correr... huyo de los acarnienses, que me persiguen.

DICEÓPOLIS.-Pues ¿qué pasa?

ANFITEO.-Venía apresuradamente con tu tratado de paz, y, al adivinarlo, esos viejos, esos acarnienses de Acarnia, du. ros como el roble, intratables, feroces, veteranos de Maratón, se han puesto a gritar a coro: ¡Miserable! Has concertado la paz cuando están taladas nuestras viñas”, y al mismo tiempo recogían piedras en sus mantos. Yo eché a correr y ellos me persiguen hasta aquí, vociferando.

DICEÓPOLIS.-Déjalos que chillen. ¿Me traes el tratado?

ANFITEO.-¡Claro está que lo traigo! Y que es de tres clases, a elegir. Este es para una tregua de cinco años. Toma y huélelo.

DICEÓPOLIS.-¡Puf!

ANFITEO.-¿Qué ocurre?

DICEÓPOLIS.-Que no me gusta. Huele a brea y a construcciones navales.

ANFITEO.-Toma, pues, este otro y pruébalo: es de diez años.

DICEÓPOLIS.-Este huele a embajadas enviadas a las ciudades, con un relente de aliados que se disputan entre sí.

ANFITEO.-Pues bien, aquí tienes una tregua de treinta años continental y marítima.

DICEÓPOLIS.-¡Oh Dionysos! Este desprende un perfume de ambrosía y de néctar. Es la felicidad de no tenerle miedo a las órdenes de procurarse víveres para tres días. Me sopla en la boca: “Ve donde te plazca”. Acepto esta tregua, me la sirvo, la bebo hasta la última gota, deseándoles mucho placer. Yo, ya estoy libre de la guerra y de sus males; me voy a

celebrar las dionisiacas rústicas.

ANFITEO.-Y yo me escapo de los acarnienses.

Otra plaza de Atenas, con un altar a Dionysos.

EL CORIFEO.-(Que dirige el coro de los carboneros de Acarnia).

-Por aquí; seguidme todos; persigámosle, interroguemos a todo el que pase. Es de gran interés para la ciudad que detengamos a ese individuo. ¿Puede alguien decirme en qué dirección ha huido el mensajero que lleva el tratado?

EL CORO.-Ha huido; ha desaparecido; ya no se le ve. ¡Qué desgracia verse cargado de años! En mi juventud cuando rivalizaba en velocidad con Failos llevando un saco de carbón a costas no se me hubiera escapado tan fácilmente ese portatreguas; y toda su agilidad no le hubiera permitido escabullirse.

EL CORIFEO.-Pero ha aprovechado para desaparecer de que la edad ha endurecido mis rodillas, entorpecido las piernas del viejo Lacrátides. Persigámosle no obstante. Pese a nuestra edad, no hay que dejarle jactarse de haber escapado a los acarnienses.

EL CORO.-Ese individuo, ¡oh, Zeus, oh dioses!, ha querido hacer la paz con sus enemigos contra los cuales mi furor belicoso crece más y más porque han arrasado mis campos. Los acosaré sin descanso hasta clavarme en ellos cual una flecha aguda, cruel, penetrante, a fin de que nunca más se les ocurra patear mis viñedos.

EL CORIFEO.-Vamos, busquemos al individuo-,busquemos del lado de Balene. Persigámosle de lugar en lugar hasta que lo hayamos cogido; nunca me cansaré de apedrearle.

DICEÓPOLIS.-(Dentro).

Silencio, silencio.

EL CORIFEO.-Silencio, todos. ¿No habéis oído, amigos? Nos piden que guardemos silencio. Es el hombre que buscamos. Venid todos a este lado. Creo que el bribón va a salir para ofrecer un sacrificio.

DICEÓPOLIS.-(Saliendo con su mujer, su hija y dos esclavos)

Silencio, silencio... Avanza un poco, canéfora Xantias, ¿quieres sostener el falo bien derecho? Deja el canastillo, hija mía, y empecemos.

LA HIJA.-Madre, dame la cuchara para echar crema sobre la torta.

DICEÓPOLIS.-Ahora, todo está a punto. ¡Oh, Dionysos, patrón mío, dignate concederme tu gracia para esta procesión que yo conduzco y este sacrificio que te ofrecemos yo y mi familia. Permite que celebre con felicidad estas dionisiacas campestres y que la tregua de treinta años me traiga la prosperidad devolviéndome a la vida civil. Vamos, hija mía, procura llevar graciosamente el canastillo y con aire modesto.

¡Di choso el que se case contigo y te haga unos gatitos que, como tú, exhaleen sus maulliditos matinales! Avanza y ten cuidado con la gente, no vayan a robarte, sin que te des cuenta, tus alhajitas de oro. Xantias, cuida con tu camarada, de llevar el falo bien derecho detrás de la canéfora. Yo os seguiré cantando el himno fálico. Tú, esposa mía,

quédate en la terraza para mirarme. ¡Adelante, en marcha!

¡Oh Faló, compañero de Dionysos, libertino y noctámbulo, que corres en pos de las mujeres casadas, aunque también te gustan las jóvenes muchachas, yo te saludo al fin, ahora que después de cinco años de ausencia vuelvo con alegre corazón a mi pueblo, gracias a la paz que he concertado por mi propia cuenta y que me libra de las preocupaciones de los combates y de los Lámacos.

¡Cuánto más agradable es, mi querido Faló, sorprender a Trata, la linda esclava de Estrimodoro, robando troncos en el Feleo, agarrarla por el talle, levantarla, tumbarla por tierra y quitarle la flor!

¡Faló, mi querido Faló, si tú quieres bebamos juntos y trastornado aún por el vino de la víspera, beberás mañana la copa de la paz y yo colgaré mi escudo junto a la chimenea!

EL CORIFEO.-(Viendo a Diceópolis).

-Ese es, ese mismo. Tirad, tirad. Apedreemos todos a ese infame. ¿Por qué no tiráis? ¿Por qué no tiráis?

DICEÓPOLIS.-(Protegiéndose con su olla).

-¡Por Hércules! ¿Qué es esto? Me váis a romper la olla.

EL CORO.-Tu cabeza, traidor, es lo que vamos a romper a pedradas.

DICEÓPOLIS.-¿Qué motivo hay, venerables ancianos de Arcania?

EL CORO.-¿Y lo preguntas, bribón desvergonzado, traidor a tu patria? ¿Y aún te atreves a mirarme a la cara después de haber pactado una paz separada con el enemigo?

DICEÓPOLIS.-Ignoráis por qué he hecho ese tratado. Escuchadme y lo sabréis.

EL CORO.-¡Escucharte! Vas a morir. Te destrozaremos a pedradas.

DICEÓPOLIS.-Esperad al menos mis razones. Un instante, amigos míos.

EL CORO.-Ni yo me calmaré, ni tú hablarás otra palabra. Porque te detesto aún más que ¡a Cleón, a quien pienso desollar para hacer con su piel sandalias a los Caballeros. Amigo de los lacedemonios, no pienses que yo escuche tus largos discursos. Vas a llevar tu merecido.

DICEÓPOLIS.-Mis buenos amigos, dejad en paz a los lacedemonios y oid las razones que he tenido para pactar esta tregua.

EL CORO.-¿Qué razones puede haber para pactar con esos hombres sin fe, sin religión, sin juramento?

DICEÓPOLIS.-Es que también creo que los lacedemonios, a quienes tanto aborrecemos, no son la causa de todos nuestros males.

EL CORO.-¿Que no son la causa de todos nuestros males, grandísimo bribón? ¿Y te atreves a decirlo delante de nosotros? ¿Y aún pretenderás que te perdone?

DICEÓPOLIS.-No de todos, no de todos. Yo mismo podría demostraros que ellos han sido víctimas de más de una injusticia.

EL CORO.-Sólo faltaba que te atrevieses a defender delante de nosotros a nuestros enemigos; tus palabras me irritan y exasperan.

DICEÓPOLIS.-Si lo que digo no es justo, y si el pueblo no lo reconoce por tal, me comprometo a hablar con la cabeza sobre un tajo.

EL CORO.-Ea, compañeros, ¿por qué no le apedreamos? ¿Por qué no le cardamos como a la lana que va a teñirse de púrpura?

DICEÓPOLIS.-¿Qué negro tizón enciende de nuevo vuestra ira? ¿No me escucharéis? ¿No me escucharéis, ilustres ciudadanos de Acarnia?

EL CORIFEEO.-No te escucharemos.

DICEÓPOLIS.-¿Y me trataréis tan indignamente?

EL CORIFEEO.-¡Que me muera si te escucho!

DICEÓPOLIS.-Por favor, escuchadme acarnienses.

EL CORIFEEO.-Sabe que vas a morir ahora.

DICEÓPOLIS.-Puesto que lo queréis, también yo os enseñaré los dientes; también yo mataré a vuestros más queridos amigos; porque tengo rehenes vuestros y los degollaré sin piedad.

EL CORIFEEO.-Decidme, conciudadanos, ¿qué amenaza contra los acarnienses envuelven sus palabras? ¿Tendrá acaso encerrado a alguno de nuestros hijos? ¿Cómo se muestra tan atrevido.

DICEÓPOLIS.-(Que vuelve con un saco de carbón y un cuchillo)

Tirad, tirad si queréis; yo destrozaré a éste; así sabré pronto el cariño que le tenéis al carbón.

EL CORIFEEO.-¡Estamos perdidos! Ese saco es mi conciudadano. No realices, ¡ah!, no realices tu amenaza.

DICEÓPOLIS.-Lo mataré; gritad cuanto queráis; no os escucharé.

EL CORO.-¿Será posible que mates a ese pobre y fiel compañero, a ese buen amigo de los carboneros?

DICEÓPOLIS.-¿Atendíais vosotros hace un instante a lo que yo os decía?

EL CORO.-Dí, pues, lo que quieras de esos lacedemonios que te son tan queridos. Jamás abandonaré a ese buen pequeño saco.

DICEÓPOLIS.-Dejad primero las piedras.

EL CORO.-Ya están en el suelo; deja tú también la espada.

DICEÓPOLIS.-Sí; pero cuidado con esconder piedras en los mantos.

EL CORO.-Las hemos tirado todas. Mira como nos sacudimos, pero no pongas pretexto, deja la espada; ya ves cómo sacudo mi manto al pasar de un lado a otro.

DICEÓPOLIS.-Debíais de gritar todos a porfía. Si continuáis un poco más, hubierais visto perecer los carbones del Parneto por la imprudencia de sus conciudadanos. A fe que

este saco ha tenido un miedo terrible, pues me ha manchado de negro, como el calamar al verse perseguido.

Ya Veis cuán dañoso es ese Vuestro carácter intratable, que os arrastra en seguida a dar golpes y gritos y no os deja escuchar las equitativas proposiciones que sobre los lacedemonios pensaba haceros con la cabeza sobre un tajo; y cuenta que estimo la Vida como el que más.

EL CORO.-¿Por qué no traes, hombre audaz, tu decantado tajo y dices sobre él esas cosas de tanta importancia? Tengo vivos deseos de saber lo que piensas. Pero ya que tú mismo te has comprometido, Venga el tajo y habla enseguida.

DICEÓPOLIS.-(Volviendo con un tajo)

Está bien, mirad. Este es el tajo; el orador, éste, es decir, yo, así, pequeñito. No me cubriré con un escudo; pero diré de los lacedemonios lo que me parezca conveniente. Y no es que no tenga qué temer: conozco perfectamente el flaco de los campesinos, y sé que, con tal que un charlatán colme de elogios justos e injustos a ellos y a su ciudad, ya no caben en sí de gozo, ni ven que les está vendiendo. También conozco el carácter de los Viejos: sólo piensan en fulminar sentencias condenatorias.

Y sé por experiencia propia lo que me hizo sufrir Cleón por mi comedia del año pasado haciéndome comparecer ante el Senado, calumniándome, acumulándome supuestos crímenes, tratando de confundirme con sus ultrajes y declamaciones y poniéndome en riesgo de morir, manchado por sus infames calumnias. Pero antes de mi discurso, permitidme que me vista los andrajos de un hombre miserable, a fin de inspirar Vuestra piedad.

EL CORO.-¿Qué engaños estas fraguan? . ¿A qué tales dilaciones? Por mí, si quieres, ya puedes pedir a Hierónimo el casco tenebroso y erizado de Plutón y emplear después todas las astucias de Sísifo; pero el' negocio no admite demora.

DICEÓPOLIS.-Ya es hora, de adoptar una resolución enérgica; no tengo más remedio que dirigirme a Eurípides. (mando ala puerta de Eurípides.) ¡Esclavo! ¡Esclavo!

EL ESCLAVO DE EURÍPIDES.-¿Quién Va?

DICEÓPOLIS. ¡Está en casa Eurípides?

EL ESCLAVO.-Está y no está, ¿lo entiendes?

DICEÓPOLIS.-¿Cómo puede estar y no estar al mismo tiempo?

EL ESCLAVO.-Muy fácilmente, abuelo. Su espíritu, que anda por fuera recogiendo Versitos, no está en casa; pero él está en casa, con las piernas en alto y componiendo una tragedia.

DICEÓPOLIS.-¡Oh bienaventurado Eurípides! ¡Qué felicidad tener un criado que responda con tanta discreción! Dile que quiero verle.

EL ESCLAVO.-Imposible.

DICEÓPOLIS.-Sin embargo... yo no puedo marcharme. Llamaré a su puerta. ¡Eurípides, mi pequeño Eurípides) Escúchame, si alguna Vez has escuchado a alguien. Soy yo, Diceópolis el de Cólides que deseo verte.

EURÍPIDES.-No tengo tiempo.

DICEÓPOLIS.-Haz que te traigan aquí en la máquina de las mutaciones rápidas.

EURÍPIDES.-Es imposible.

DICEÓPOLIS.-Prueba, a ver.

EURÍPIDES.-Sea, haré que me lleven en la máquina porque no tengo tiempo de bajar.

DICEÓPOLIS.-¡Eurípides!

EURÍPIDES.-¿Por qué gritas así?

DICEÓPOLIS.-¡Ah, compones tus tragedias con las piernas en alto, pudiéndolas hacer en tierra, como es debido!

Ya no me asombra que sean cojos tus personajes ¿Qué miserables andrajos guardas ahí? Ya no me extraña que tus héroes sean mendigos. De rodillas te lo pido, Eurípides: dame los harapos de algún drama antiguo. Tengo que pronunciar ante el Coro un largo discurso, y si lo declamo mal, me va en ello la vida.

EURÍPIDES.-¿Qué andrajos te daré? ¿Los que llevaba Eneo, anciano infeliz, al presentarse a la lucha?

DICEÓPOLIS.-Los de Eneo, no; dame los de algún personaje aún más desgraciado.

EURÍPIDES.-¿Los del ciego Fénix?

DICEÓPOLIS.-Los de Fénix, no; aún hay otros más miserables que Fénix.

EURÍPIDES.-¿Qué andrajos serán los que pide este hombre? ¿Quiéres los del mendigo Filóctetes?

DICEÓPOLIS. No, no; los de otro héroe muchísimo más miserable.

EURÍPIDES.-¿Quieres aquel manto sucio que sacó el cojo Belerofonte?

DICEÓPOLIS.-No quiero el de Belerofonte, sino el de aquel que era cojo, mendigo, charlatán y maldiciente, todo a la vez.

EURÍPIDES.-Ya sé quién dices: Telefo de Misia.

DICEÓPOLIS.-Eso es, Telefo; por favor, préstame su vestido.

EURÍPIDES.-Esclavo, dale los harapos de Telefo; están encima de los de Tiestes y entre los de Ino. Tómalos.

DICEÓPOLIS.-¡Oh, Zeus, que todo lo ves con perspicaz mirada, permíteme cubrirme hoy con el vestido de la miseria! Eurípides, ya que me has concedido este favor, no me niegues los accesorios correspondientes a estos jirones. Ahora además el gorrillo porque hoy “es preciso mostrar indigencia y ser quien soy sin tener la apariencia”. Pero serlo no ¡ehl que los oyentes sí sepan quien soy, pero que éstos

(por el Coro)

se estén ahí hechos unos bobos para que les meta gato por liebre, que yo burle al Coro estúpido con mi palabrería.

EURÍPIDES.-Te lo daré; a tu sutil ingenio nada puede negarse.

DICEÓPOLIS.-La bendición de los inmortales descienda sobre tí y tu Telefo. ¡Magnífico! Me siento henchido de bellas frases. Pero necesito también un bastón de mendigo.

EURÍPIDES.-Toma y “retírate de estos pórticos de piedra”.

DICEÓPOLIS.-¿Ves, alma mía, cómo me despide, cuando aún me faltan tantas cosas para completar mi atavío? No hay que desistir; pidamos, supliquemos, porfiemos. Eurípides, dame un farolillo de mimbres ya medio quemado

EURÍPIDES.-Pero, desdichado, ¿para qué lo quieres?

DICEÓPOLIS.-Para nada; pero quiero tenerlo.

EURÍPIDES.-Eres excesivamente fastidioso. Aléjate de estos lares.

DICEÓPOLIS.-!Ah!, los dioses te bendigan, como ya bendijeron a tu madre.

EURÍPIDES.-¡Ea, vete!

DICEÓPOLIS.-Aún no; dame también una jarrita desportillada.

EURÍPIDES.-Toma y revienta de una vez; estás perturbando mi casa.

DICEÓPOLIS.-No sabes, por Zeus, todo el mal que me causas. Ea, dulcísimo Eurípides, otra cosa tan sólo: dame un cántaro con un tapón de esponja.

EURÍPIDES.-Hombre, te me llevas una tragedia entera. Toma y lárgate.

DICEÓPOLIS.-Me marcho; mas ¿qué hago? Aún me falta una cosa, sin la cual estoy perdido. Oye dulcísimo Eurípides; si me das lo que te voy a pedir, me marcho para no volver.

EURÍPIDES.-¡Me asesinas! Toma, ahí las tienes. Mis tragedias quedan reducidas a nada.

DICEÓPOLIS.-Basta, me retiro; soy demasiado importuno, “sin mirar que me hago odioso a los reyes”. ¡Infeliz de mí, aún he olvidado lo principal! Dulcísimo, queridísimo Eurípides, permita Zeus que muera desastrosamente, si te pido otra cosa fuera de esta sola, de esta sola: dame un poco de aquel perifollo que vende tu madre.

EURÍPIDES.-Ese hombre me insulta. Cierra la puerta.

DICEÓPOLIS.-No tengo más remedio que presentarme sin el perifollo. (A sí mismo) ¿Sabes la lucha que vas a emprender atreviéndote a hablar en favor de los lacedemonios? Adelante, corazón mío; he aquí la línea enemiga.

¿Te detienes? ¿No estás empapado en el espíritu de Eurípides? ¡Valor! adelante, corazón angustiado; presenta sin miedo tu cabeza y dí cuanto, según tú, es la verdad. Atrévete, anda, acércate. Mi denuedo me regocija.

EL CORO.-¿Qué hará? ¿Qué dirá? Sólo un hombre impudente y de férreo corazón se atrevería a exponer su cabeza contra toda la ciudad y a ponerse en contradicción con ella. Ya se presenta ese hombre intrépido. Ea, habla, pues tal es tu deseo.

DICEÓPOLIS.-No os ofendáis, señores espectadores, de que siendo un mendigo, me

atreva a hablar de política en una comedia, pues también la comedia conoce lo que es justo. Yo os diré palabras amargas, pero verdaderas. No me acusará hoy Cleón de que hablo mal de la ciudad en presencia de los extranjeros; estamos solos; las fiestas se celebran en el Leneo; no hay extranjeros, ni han venido de las ciudades los pagadores de tributos, ni los aliados; estamos solos y limpios de toda paja, porque yo llamo paja de la ciudad a los metecos.

Yo aborrezco, como el que más, a los lacedemonios; ojalá el mismo Poseidón, dios del Ténaro, reduzca a escombros su ciudad, pues también talaron mis viñas. Sin embargo, y esto lo digo porque sois amigos míos los que escucháis, ¿a qué creerles la causa de todos nuestros males? Algunos conciudadanos nuestros, no digo toda la República, notadlo bien, no digo toda la República, sino algunos hombres perdidos, falsos, sin honra ni pudor, y extraños a la ciudad, acusaron de contrabando a los megarenses. En cuanto veían un melón, o un lebratillo, o un cochinillo de leche, o un ajo, o un grano de sal, decían que eran de Megara, y los arrebataban y vendían inmediatamente.

Todo esto no tenía grande importancia, ni trascendencia fuera de la ciudad; pero algunos mozuelos que se habían embriagado jugando al cótabo, fueron a Megara y robaron a la cortesana Simeta; los megarenses, irritados, se apoderaron en revancha de dos hetairas amigas de Aspasia, y por esto, por tres meretrices, la guerra se encendió en todos los pueblos griegos. Por esto Pericles el Olímpico tronó y relampagueó, conturbó toda la Hélade con sus discursos e hizo a robar una ley, como dice la canción se prohibía a los megarenses permanecer en el territorio del Atica, en el mercado, en el mar y en el continente. Pronto éstos, al verse acosados por el hambre, rogaron a los lacedemonios que interpusieran su influencia para que revocásemos el decreto motivado por las cortesanas.

Nosotros desatendimos sus repetidas súplicas. Empezaba ya a oírse el entrechocar de los escudos. Alguno dirá: no convenía, ¿qué es pues, lo que convenía?. Si contra un lacedemonio se hubiera presentado la acusación de haber ido embarcado a Serifos y robado allí un perrillo, ¿hubiérais permanecido tranquilos en vuestras moradas?

Creo que no; enseguida hubiérais puesto en línea vuestras trescientas naves y nos hubieran ensordecido el rumor de los soldados, las voces de los electores de trierarcas y los gritos de los que venían a cobrar su paga; se hubieran dorado las estatuas de Palas; la multitud hubiera invadido los pórticos donde se distribuye el trigo, y la ciudad se hubiera llenado de odres, de correas para remos, de ristras de ajos, de aceitunas, de ristras de cebollas, de coronas, de sardinas, de tañedoras de flautas y de contusiones; el arsenal también se hubiera visto atestado de maderas para remos y atronado por el ruido de las clavijas, que se ajustan y por el de los remos sujetos a las clavijas por los gritos de los marineros y por los silbidos de las flautas y pitos, que los animan al trabajo. “Sé que hubiérais hecho esto”; pero ¿no pensamos en Telefo? “Nos falta el sentido común?”

EL PRIMER SEMICORO.-iPerdulario, infame, mendigo harapiento. ¿Cómo te atreves a decirnos eso y a echarnos en cara que hemos sido unos sicofantes?

EL SEGUNDO SEMICORO.-Tiene razón. Por Poseidón, cuanto ha dicho es la pura verdad.

EL PRIMER SEMICORO.-Y aunque sea verdad, no tenía porqué decirlo. Le costará caro su atrevimiento.

EL SEGUNDO SEMICORO.-¡Eh, tú!, ¿adónde vas? Detente. Si tocas a ese hombre, tendrás que habértelas conmigo.

EL PRIMER SEMICORO.-¡ Oh, Lámaco de fulminante mirada, socórrenos; presentate, amigo Lámaco, ciudadano de mi tribu; preséntate y atérralos con tu terrible penacho y tu reluciente escudo con la Gorgona! Generales y capitanes: acudid todos en mi auxilio. Me tienen agarrado por medio del Cuerpo.

LÁMACO.-(Saliendo de su casa en traje de campaña)

¿Qué significan esos gritos de guerra? ¿Adónde es menester prestar mi auxilio y armar alborotos? ¿Quién me obliga a sacar de su caja mi terrible Gorgona?.

DICEÓPOLIS.-¡ Oh, Lámaco, héroe sin rival en penachos y batallones !

CORO.-¡ Oh, Lámaco; este hombre no cesa, horas y horas, de ultrajar a toda la ciudad.

LÁMACO.-¿Tú, vil mendigo, te atreves a tanto?

DICEÓPOLIS.-Heroico Lámaco, perdona que un mendigo, por empeñarse en hablar, haya dicho algunas necedades.

LÁMACO.-¿Qué has dicho contra nosotros? Habla.

DICEÓPOLIS.-Ya no lo recuerdo; tu armadura me acoquina; por piedad aparta de mi vista ese espantajo de tu escudo.

LÁMACO.-Sea.

DICEÓPOLIS.-Déjalo ahora cara al suelo.

LÁMACO. Ya está.

DICEÓPOLIS.-Dame ahora una pluma de tu casco.

LÁMACO.-Toma la pluma.

DICEÓPOLIS.-(Introduciéndose la pluma en la boca como para provocarse vómitos).

-Sostenme ahora la cabeza para que vomite; tu penacho me da náuseas.

LÁMACO.-¿Qué intentas? ¿Quiéres provocar el vómito con esa pluma?

DICEÓPOLIS.-¡Ah!, ¿es una pluma? Y dime, ¿de qué pájaro? ¿Acaso es una pluma del pájaro Fanfarrón?.

LÁMACO.-¡Me las vas a pagar!

DICEÓPOLIS.-De ningún modo, Lámaco; esto no se decide por la fuerza; ya que tanta fuerza tienes, ¿por qué no me circuncidas? Armas no te faltan.

LÁMACO.-¿Así te insolentas con todo un general, vil mendigo?

DICEÓPOLIS.-¿Yo, un mendigo?

LÁMACO.-Pues ¿quién eres?

DICEÓPOLIS.-¿Quién soy? Un buen ciudadano, exento de ambición, y, desde que hay guerra, un soldado voluntario; mientras que tú, desde que hay guerra, eres un soldado mercenario.

LÁMACO.-Fuí elegido por los votos de...

DICEÓPOLIS.-Tres petates. Eso es lo que me ha indignado y movido a pactar esta tregua, no menos que el ver en las filas a hombres encanecidos, mientras otros jóvenes como tú, escurriendo el bulto, se iban con embajadas, unos a Tracia, ganándose tres dracmas, como los Tisamenes, los Fenipos y los Hipárquidas, todos a cual peores; otros, con Cáres, a la Caonia, como los Géres y Teodoros, y los Diomeos, tan pagados de sí mismos; otros a Camarina, Gela y Catágela.

LÁMACO.-Fueron elegidos por el sufragio popular.

DICEÓPOLIS.-Entonces, ¿por qué todas las recompensas son para vosotros y para éstos (señalando el Coro)

ninguna?

Di, Maríledes, tú que tienes la cabeza encanecida por la edad, ¿has ido alguna vez de embajada? Dice que no, y sin embargo, es prudente y laborioso. Y vosotros, Dracilo, Eufórides y Prínides ¿conocéis a Ecbatana o la Caonia? Tampoco. Sin embargo, las han visitado el hijo de Cesira y Lámaco, de quienes, por no poder pagar su escote ni sus deudas, decían hace poco sus amigos: “!Agua va!”, como los que al anochecer vierten por las ventanas el líquido con que se han lavado los pies.

LÁMACO.-¡Pueblo insolente! ¿Habrás que tolerar tales insultos?

DICEÓPOLIS.-No; si Lámaco no cobrase sueldo.

LÁMACO.-Pues yo haré siempre la guerra a todos los peloponesios, los hostilizaré cuanto pueda, y les perseguiré con todas mis fuerzas terrestres y marítimas.

DICEÓPOLIS.-Pues yo les declaro a todos los peloponesios, megarenses y beocios, que pueden acudir a comprar y vender en mi mercado; sólo exceptúo a Lámaco.

(Queda solo el Coro).

EL CORIFEO.-Este hombre ha ganado su proceso. El pueblo, convencido, cambia de sentimientos acerca de la tregua. Quitémonos los mantos y vamos a los anapestos.

Desde que nuestro poeta dirige los coros cómicos nunca se ha presentado a hacer su propio panegírico; pero hoy, que ante los atenienses, tan precipitados en sus decisiones, sus enemigos le acusan falsamente de que se burla de la República e insulta al pueblo, preciso le es justificarse con sus volubles conciudadanos. El poeta pretende haberos hecho mucho bien, impidiendo que os dejéis sorprender por las palabras de los extranjeros y que os embauquen los aduladores y seáis unos chorlitos.

Antes, los diputados de las ciudades, cuando os querían engañar, empezaban por llamaros: “Coronados de violetas”, y al oír la palabra coronas, era de ver cómo no cabíais ya en vuestros asientos. Si otro adulándoos, decía: “La espléndida Atenas”, conseguía al punto cuanto deseaba, por haberos untado los labios con el elogio, como si fuéseis anchoas.

Desengañándoos, pues, os ha prestado el poeta eminentes servicios y ha difundido por las ciudades aliadas el régimen democrático. Por eso los pagadores de tributos de esas mismas ciudades acudirán deseosos de conocer al excelente poeta que no ha temido decir la verdad a los atenienses. La fama de su atrevimiento ha llegado tan lejos, que el Gran

Rey, interrogando a la embajada de los lacedemonios, preguntó primero cuál era la armada más poderosa, y, después, cuáles eran los más atacados por nuestro vate, y les aseguró que sería más feliz y conseguiría señaladísimas victorias la República que siguiese sus consejos.

Por eso los lacedemonios os brindan con la paz y reclaman a Egina; no porque den gran importancia a aquella isla, sino por despojar de sus bienes al poeta; pero vosotros no le abandonéis; en sus comedias brillará siempre la justicia, y abogará siempre por vuestra felicidad, no con adulaciones ni vanas promesas, fraudes, bajezas ni intrigas, sino dándoos buenos consejos y proponiéndoo lo que sea mejor.

Después de esto, ya puede Cleón urdir y maquinan contra mí cuanto se le antoje. La honradez y la justicia estarán de mi lado, y nunca la República verá en mí. como en él, un cobarde e inmundo invertido.

EL PRIMER SEMICORO.-¡Ven, infatigable Musa acarniense, brillante y devoradora como el fuego! Semejante a la chispa que, sostenida por un suave viento, salta de los tizones de encina mientras unos asan sobre ellos sabrosos pececillos y otros preparan la salmuera fresca de Tasos o amasan la blanca harina.

¡Ven, Musa, impetuosa, intencionada y agreste, y presta inspiración a tu conciudadano!

EL JEFE DEL PRIMER SEMICORO.-Nosotros, decrépitos ancianos, acusamos a la ciudad. Vemos desamparada nuestra vejez, sin que se nos alimente en recompensa digna de los méritos que contrajimos en las batallas navales; en cambio, sufrimos mil vejámenes; nos enredáis en litigiosas contiendas y luego permitís que sirvamos de juguete a oradores jovenzuelos; ya nada somos: mudos e inservibles, como flautas rajadas, un bastón es nuestro único apoyo, o nuestro Poseidón, por decirlo así. En pie ante el Tribunal, balbuciendo algunas palabras inconexas, sólo vemos de la justicia la bruma que la rodea, mientras el abogado contrario, deseando captarse las simpatías de la juventud, lanza sobre el demandado un diluvio de palabras precisas y seguras, y luego de haberlo rendido le interroga, le dirige preguntas insidiosas y le turba, le aflige y despedaza, como le sucedió al anciano Titón.

El pobre calla; se retira castigado con una pena pecuniaria; llora y solloza, y dice a sus amigos: “El dinero con que pensaba comprar mi ataúd, tengo que darlo para pagar esta multa.”

EL SEGUNDO SEMICORO.-¡Es justo arruinar de ese modo a un anciano, a un hombre encanecido, que sobrellevó con sus comañeros tantas fatigas, que vertió por la República sudores ardientes, varoniles y copiosos, y que en Maratón peleó como un héroe? Nosotros, que de jóvenes perseguimos en Maratón a los enemigos, somos ahora perseguidos por hombres malvados y que al fin tendrán su merecido. ¿Qué responderá a esto Marpsias?

¿Es justo que un hombre encorvado por la edad, como Tucídides, cual si se hubiera perdido en los desiertos de Escitia, sucumba en sus litigios con Cefisodemo, abogado locuaz? Os aseguro que sentí la más viva compasión y hasta lloré, viendo maltratado por un arquero a ese anciano, a Tucídides digo, que, por Deméter, cuando estaba en la plenitud de sus fuerzas, no hubiera tolerado fácilmente que se le atravesara nadie, ni aún la misma Deméter, pues primero hubiera derribado a diez Evatlos, y luego aterrado con sus gritos a los tres mil arqueros, y matado con sus flechas a toda la parentela de ese mercenario.

Mas ya que no queréis dejar descansar a los viejos, decretad, el menos, la división de las causas: que el viejo desdentado litigue contra los viejos; y un charlatán invertido como el hijo de Clínias contra los jóvenes. Es necesario, no lo niego, perseguir a los malvados; pero en todos los procesos sea el anciano quien condene al anciano, y el joven al joven.

Un mercado organizado por Diceópolis

DICEÓPOLIS.-(Saliendo y marcando los límites de un recuadro con ayuda de una cuerda).

-Estos son los límites de mi mercado. Todos los peloponesios, megarenses y beocios pueden concurrir a él, con la condición de que me vendan a mí sus mercancías y no a Lámaco. Nombro agoránomos de mi mercado, elegidos a suerte, estos tres zurriagos del Lepreo. Que no entre aquí ningún delator ni ningún habitante de Fásos. Voy a traer la columna sobre la cual está escrito el tratado, para colocarla a la vista de todos.

(Entra un megarense con dos muchachas.)

EL MEGARENSE.-¡Mercado de Atenas, grato a los megarenses, salud! Juro por Zeus, protector de la amistad, que deseaba verte como el hijo a su madre. Hijas desdichadas de un padre infortunado, mirad si encontráis alguna torta. Escuchadme, por favor, y hagan eco mis palabras en vuestro famélico vientre. ¿Qué preferís? ¿Ser vendidas o morir de hambre?

LAS MUCHACHAS.-¡Ser vendidas! ¡Ser vendidas!

EL MEGARENSE.-También me parece lo mejor. Pero ¿habrá algún necio que os compre siendo una carga manifiesta? Aunque se me ocurre un ardid digno de Megara. Os voy a disfrazar de cerditos y diré que os traigo al mercado. Poneos estas pezuñas y procurad parecer de buena casta, pues si volvéis a casa ya sabéis, por tonante Zeus, que sufriréis los horrores del hambre. Ea, colocaos estos hocicos de cerdo y meteos en este serón. Procurad gruñir bien, gritando como los cerdos que van a ser sacrificados a Deméter.

Yo voy a llamar a Diceópolis. ¡Diceópolis! ¿Quiéres comprar cerditos?

DICEÓPOLIS.-¿Qué es esto? ¡Un megarense!

EL MEGARENSE.-Venimos al mercado.

DICEÓPOLIS.-¿Cómo lo pasáis por allá?

EL MEGARENSE.-Sentados siempre junto al fuego y muertos de hambre.

DICEÓPOLIS.-Por Zeus, que debe ser muy agradable, teniendo al lado una flautista. ¿Y qué más hacéis los megarenses?

EL MEGARENSE.-Hacemos lo que podemos. Cuando yo salí para venir al mercado, nuestras autoridades dictaban las medidas adecuadas para que la ciudad se arruine lo antes posible.

DICEÓPOLIS.-Es el mejor sistema para resolver vuestras dificultades de una vez para siempre.

EL MEGARENSE.-Así es.

DICEÓPOLIS.-¿Qué más ocurre en Megara? ¿Qué precio tiene el trigo?

EL MEGARENSE.-Alcanza tanta estimación y precio como los dioses.

DICEÓPOLIS.-¿Traes sal?

EL MEGARENSE.-¿Cómo, si os habéis apoderado de todas nuestras salinas.

DICEÓPOLIS.-¿Y ajos?.

EL MEGARENSE.-¿Qué ajos? Si siempre que invadís nuestras tierras arrancáis todas las plantas como si fuéseris ratones de campo.

DICEÓPOLIS.-¿Qué traes, pues?

EL MEGARENSE.-Traigo estos cerditos, para los sacrificios.

DICESPOLIS.-¡Ah, muy bien! ¿A verlos?

EL MEGARENSE.-¡ Mira éste qué hermoso! Tómalo a peso si quieres. ¡Qué gordo y hermoso es este!

DICEÓPOLIS.-Y éste ¿qué es?

EL MEGARENSE.-¿No le ves? Otro gorrino.

DICEÓPOLIS.-¿Qué dices ahí? ¿De dónde?

EL MEGARENSE.-No es un hermoso cerdito?

DICEÓPOLIS.-A mí no me lo parece.

EL MEGARENSE.-¿Que no? ¡Tu incredulidad es asombrosa! ¡Decir que no es un cerdito! Apostemos si quieres, un celemín de sal mezclada con tomillo a que esto es lo que los griegos llaman un cerdito.

DICEÓPOLIS.-Si; un cerdito de los que pertenecen a la especie humana.

EL MEGARENSE.-Si, por Diócles, puesto que me pertenecen ¿A quién crees tú que pertenecen? ¿Quieres oír como gruñen?

DICEÓPOLIS. Bueno; no hay inconveniente.

EL MEGARENSE.-Gruñe pronto, cochinito. ¿A qué te callas, desdichado? Te volveré a casa, por Hermes.

UNA MUCHACHA.-Crrr... Crrr...

EL MEGARENSE.-¿ES o no un cerdito?

DICEÓPOLIS.-Ahora lo parece; pero bien alimentado estará mejor.

EL MEGARENSE.-Dentro de cinco años, te lo aseguro será como su madre.

DICEÓPOLIS.-Pero tal como está no sirve para el sacrificio.

EL MEGARENSE.-¿Y por qué?

DICEÓPOLIS.-Porque no tiene cola.

EL MEGARENSE.-Aún es muy joven; cuando crezca tendrá una cola grande, gorda y colorada. Pero si es para criarlo aquí tienes al otro, que es muy hermoso.

DICEÓPOLIS.-Se parecen como hermanos o, mejor dicho, como hermanas.

EL MEGARENSE.-Las dos son hijas del mismo padre y de la misma madre. Cuando se engorde y se cubra de pelos será la mejor víctima que pueda ofrecerse a Afrodita.

DICEÓPOLIS.-A Afrodita no se le sacrifican cerditos.

EL MEGARENSE.-Que no se le sacrifican cerditos o cerditas a Afrodita? Precisamente es la única diosa a quien le agradan. La carne de estos animales es riquísima, sobre todo cuando se la clava en el asador.

DICEÓPOLIS.-¿Ya no necesitan mamar de la madre?

EL MEGARENSE.-Ni del padre, por Poseidón.

DICEÓPOLIS.-¿Qué come ésta de preferencia?

EL MEGARENSE.-Lo que le des. Puedes preguntárselo a ella misma.

DICEÓPOLIS.-¡Gorriñ! ¡Gorriñ!

LAS MUCHACHAS.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS.-¿Os gustarán los garbanzos?

LAS MUCHACHAS.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS. ¿Y los higos? ¿Te gustan los higos de Fibalís?

LA PRIMERA MUCHACHA.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS.-¿Y tú, también comerás higos?

LA SEGUNDA MUCHACHA.-Crrr... Crrr...

DICEÓPOLIS.-¡Cómo ha gruñido por los higos! Traedle algunos y vamos a ver si los come. ¡Sopla! ¡Con qué afán los devoran, Heracles venerado! Parece que son de Tracia. Pero es imposible que se hayan comido todos los higos.

EL MEGARENSE.-Todos, menos uno que he cogido yo.

DICEÓPOLIS.-A fe mía que es una bonita pareja. ¿Por cuánto me la vendes?

EL MEGARENSE.-Este, por una ristra de ajos, y el otro, si te gusta, por un quénice de sal.

DICEÓPOLIS.-Trato hecho. Espérame aquí.

EL MEGARENSE.-¡ La cosa marcha! Hermes, protector del comercio: concédeme que pueda vender lo mismo a mi mujer y a mi madre!

UN SICOFANTE.-¡ Buen hombre! ¿De dónde eres?

EL MEGARENSE.-Soy un megarense, vendedor de cerdos.

EL SICOFANTE.-Pues yo denuncio como enemigos a tus lechoncillos y a tí.

EL MEGARENSE.-¡ Vaya! ¡Aquí tenemos otra vez a la fuente de todos nuestros males!

EL SICOFANTE.-Te arrepentirás de haber venido. Deja pronto ese serón.

EL MEGARENSE.-(Gritando) ¡Diceópolis! ¡Diceópolis!! Que me denuncia un no sé quien...

DICEÓPOLIS.-¿Quién te denuncia Agorámonos, ¿por qué no arrojáis del mercado a los delatores? - ¿Cómo quierosalumbrarnos sin linterna?.

EL SICOFANTE.-¿No tengo el derecho de denunciar a los traidores?

DICEÓPOLIS.-Pero será a costa de tu pellejo, si no te largas a otro sitio con tus delaciones.

EL MEGARENSE.-¡Qué peste para Atenas!

DICEÓPOLIS.-Tranquilízate megarense; aquí tienes el precio de tus lechoncillos; toma los ajos y la sal. Adiós y buena suerte.

EL MEGARENSE.-Ya no es costumbre tener buena suerte entre nosotros.

DICEÓPOLIS.-Cierto, he dicho una tontería. ¡Que la culpa recaiga sobre mí!

EL MEGARENSE.-Id, lechoncillos míos, y, a ver si lejos de vuestro padre, hay quien os dé de comer tortas con sal.

CORO.-Este hombre

(por Diceópolis)

es muy feliz. ¿No has oído cuán provechosa le ha sido su determinación? Se gana la vida sentado tranquilamente en su mercado, y si se presenta Cresias o algún otro delator, les tratará como merecen. Nadie te engañará en la compra de comestibles; Prépis no restregará contra tí sus posaderas de invertido; Cleónimo no te dará empujones; cruzarás por entre la multitud vestido de fiesta sin temor de que te salga al encuentro el pleitista Hipérbolo, ni de que, al pasear por el mercado, se te acerque Cratino, pelado a la manera de los libertinos, o aquel canallesco Artemon, en cuyas axilas se esconden chivos apestados.

Tampoco se burlarán de tí en el Agora ni el granuja Pauson ni Lisístrato, oprobio de los colarginenses; ése, que impregnado de todos los vicios, como el paño en la púrpura que le tiñe, padece hambre y frío más de treinta días al mes.

UN TEBANO.-(Que entra seguido de un criado.)

-¡Por Heracles! ¡Cómo me duele el hombro! - Isménico, descarga con cuidado el poleo; y vosotros, flautistas tebanos, soplad con vuestras flautas de hueso por el agujero mayor de esa piel de perro.

DICEÓPOLIS.-¡Callad, malditos! ¿Si habrán echado raíces en mi puerta semejantes moscones? ¿De dónde vendrán esos discordantes flautistas, dignos discípulos de Quéris?

EL TEBANO.-Por lolao, ¡con qué placer les vería irse al infierno! Desde Tebas vienen soplando detrás de mí, y me han arrancado todas las flores del poleo. Extranjero, ¿quieres comprarme aves o saltamontes?

DICEÓPOLIS.-Salud, pequeño beocio, devorador de canecillos. ¿Qué traes?

EL TEBANO.-Cuanto de bueno hay en Beocia: orégano, poleo, esterillas, mechas para

lámparas, ánades, grajos, francolines, pollas de agua, reyezuelos, mergos...

DICEÓPOLIS.-De modo que entras en el mercado como el huracán que abate las aves contra el suelo.

EL TEBANO.-También traigo gansos, liebres, zorras, topos, erizos, gatos, píctidas, nutrias, anguilas del Cópais...

DICEÓPOLIS.-¡Oh, qué deliciosísimo bocado acabas de nombrar! Si traes anguilas, déjame que las salude.

EL TEBANO.-Sal, tú, la mayor de las cincuenta vírgenes Copaidas, a regocijar con tu presencia a este extranjero.

DICEÓPOLIS.-¡Querida mía, por tanto tiempo deseada, al fin has venido a satisfacer los deseos de los coros cómicos y los del mismo Moricos! Esclavos, traedme el fuego y el aventador. Mirad, muchachos, esta hermosa anguila, que al fin viene a visitarnos después de seis años de espera. Saludadla, hijos míos. Llevadla adentro. Como te guisen con acelgas ni aún la muerte podrá separarme de tí.

EL TEBANO.-¿Y cuánto me vas a pagar por ella?

DICEÓPOLIS.-Esta me la darás por derechos de entrada. ¿Quieres vender alguna otra cosa?

EL TEBANO.-Claro que sí; quiero venderlo todo.

DICEÓPOLIS.-Vamos a ver: ¿cuánto pides? ¿O prefieres cambiar por otras tus mercancías.?

EL TEBANO.-Conforme, me llevaré a Atenas lo que no hay en Beocia.

DICEÓPOLIS.-Entonces querrás anchoas del Falero y cacharros.

EL TEBANO.-¿Anchoas y cacharros? De sobra los tenemos. Sólo quiero llevarme cosas que no hay allí y aquí se encuentran en abundancia.

DICEÓPOLIS.-Ahora comprendo; llévate un delator bien empaquetado, como si fuese una vasija.

EL TEBANO.-¡Por los Dioscuros! Ese sí que sería un negocio redondo: cargar con un mico lleno de malicias.

DICEÓPOLIS.-Muy oportunamente llega Nicarco a delatar a alguno.

EL TEBANO.-Muy chiquito de talla es ese.

DICEÓPOLIS.-Si; pero todo veneno.

NICARCO.-¿De quién son estas mercancías?

EL TEBANO.-Mías; y juro por Zeus que las traigo de Beocia.

NICARCO.-Pues bien, yo las denuncio como mercancías procedentes del enemigo.

EL TEBANO.-¿Qué furia te mueve a declarar la guerra a las aves?

NICARCO.-Y también te denunciaré a tí.

EL TEBANO.-Pero, ¿qué daño te he hecho yo?

NICARCO.-Te lo diré en atención al público: traes mechas del país enemigo.

EL TEBANO.-¿Eres por tanto, un denunciador de mechas?

NICARCO.-Una sola puede prenderle fuego al arsenal marítimo.

EL TEBANO.-¡Una mecha incendiar el arsenal! ¿Cómo?

NICARCO.-Cualquier beocio enciende una mecha, la ata a un insecto alado y, aprovechando un momento en que el Bóreas sople con violencia, la lanza sobre la flota por medio de un tubo; si el fuego prende en cualquier navío, es seguro que se abrasará en seguida toda la flota.

DICEÓPOLIS.-¡Pero qué sinvergüenza! ¿De modo que para reducir a cenizas la escuadra bastan una mecha y un insecto?

(Le da varios golpes).

NICARCO.-¡Sedme testigos!

(Favor)

DICEÓPOLIS.-Tápale la boca; dame bálago y mimbres para envolverle y podermele llevar como una vasija sin que se rompa en el camino.

EL CORIFEO.-Buen hombre, ata bien tan delicada mercancía, no se te quiebre en el camino.

DICEÓPOLIS.-Eso a mi cargo queda, aunque deja oír un crujido como si se hubiera rajado en el horno. ¡Crujido odioso a los inmortales!

EL CORO.-¿Qué hará con él?

DICEÓPOLIS.-Me servirá para todo: de recipiente de los males, de mortero para majar pleitos, de linterna para espiar a los recaudadores y de barreño donde se enturbien todas las cosas.

EL CORIFEO.-Pero ¿quién se atreverá a usar un vaso cuyos crujidos resuenan incesantemente en la casa?

DICEÓPOLIS.-Es sólido, amigo mío, y no se quebrará fácilmente si se le cuelga de los pies, cabeza abajo.

EL CORIFEO.-(Al tebano).

-En suma, es un buen negocio para tí.

EL TEBANO.-(Poniéndose a recoger toda su mercancía).

Si; pero me llevo todas mis cosas.

EL CORIFEO.-Muy bien, noble extranjero, llévate tus cosas y echa al sicofante encima para llevártelo adonde te plazca.

DICEÓPOLIS.-Trabajo me ha costado empaquetar a ese granuja. Ea, amigo, toma tu vasija y llévatela.

EL TEBANO.-Ismánico, cárgatela sobre los hombros.

DICEÓPOLIS.-Procura llevarla con cuidado. Aunque no llevas nada bueno, sin embargo, es fácil que salgas ganancioso con tu carga; serás feliz por gracia de los delatores. (Vase el Tebano).

UN CRIADO.-(Enviado por Lámaco).

-¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.-¿Quién va? ¿Qué me quieres?

EL CRIADO.-Lámaco te suplica que le des, mediante este dracma, algunos tordos para celebrar la fiesta de las copas, y que por otros tres le vendas una anguila del Cópais.

DICEÓPOLIS.-¿Quién es ese Lámaco que desea la anguila?

EL CRIADO.-Pues bien, Lámaco el terrible, el invencible, el que lleva una Gorgona en el escudo y sobre cuyo casco se agita un triple penacho de plumas.

DICEÓPOLIS.-Pues a ese Lámaco no le venderé nada, aunque me dé su escudo; en vez de comer pescado que se entretenga en agitar sus penachos. Si se alborota, llamaré a los agoránomos. Y, ahora, me voy y me llevo la mercancía.

“... al rumor de las alas vivas de los mirlos y de los tordos.”

EL PRIMER SEMICORO.-¿No veis, ciudadanos, la extremada prudencia y discreción de ese hombre, que, después de haber pactado sus treguas, puede comprar cuantas cosas suelen traer los mercaderes, útiles unas a la casa y gratísimas otras al paladar?

Todos los bienes penetran por sí mismos en su morada. Nunca admitiré en mi casa al belicoso Polemo; jamás cantará en mi mesa el himno de Armodio, porque es un ser cuya embriaguez es temible. Arrojándose sobre nuestros bienes, descargó sobre nosotros todos los males, la ruina, la destrucción y la muerte; en vano le decíamos amablemente: “bebe, acompáñanos en la mesa, acepta esta copa de amistad”, porque entonces atizaba con más violencia el incendio de nuestros rodrigones y derramaba el vino de nuestras copas.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Abundante mesa es la de Diceópolis; orgulloso de su suerte, arroja en los umbrales de su casa esas plumas, indicio de su regalada vida.

¡Oh, Paz, compañera de la bella Afrodita y de sus amigas las Gracias! ¿Cómo he podido desconocer tanto tiempo tu sin par belleza?

¡Ojalá me despose contigo un Amor coronado de rosas como el que está allí pintado!. ¿Me crees acaso demasiado viejo? Pues si me enlazo a tí podré, aunque anciano, hacer tres cosas en obsequio tuyo: plantarte ante todo una larga hilera de jóvenes vides; y luego, al lado, tiernos retoños de higuera y, finalmente, a pesar de mis años, un vigoroso sarmiento, todo ello rodeado de un campo de olivos, con cuyo aceite podamos mutuamente ungimos en las Neomenias.

UN HERALDO.-Se hace saber: que conforme a la costumbre patria, vais a beber en vuestras copas al son de las trompetas; el que primero haya apurado su vaso recibirá en premio el odre de Ctesifon.

DICEÓPOLIS.-Muchachos, mujeres, ¿no habéis oído? ¿Qué hacéis? ¿No habéis oído el

pregón? Coced las viandas, asadlas; retirad pronto las liebres de los asadores; tejed las coronas; dadme asadorcillos para los tordos.

CORO.-Celebro tu suerte, amigo mío, y más que todo, esa tu discreción admirable, por la cual gozas de tan delicioso banquete.

DICEÓPOLIS.-Pero ¿qué diréis cuando veáis cómo se asan mis tordos?

EL PRIMER SEMICORO.-También creo que tienes razón en eso.

DICEÓPOLIS.-(A un criado).

-Atiza el fuego.

EL PRIMER SEMICORO.-¿Véis cómo dispone su comida, y qué cocinero es, tan hábil y experimentado?

UN LABRADOR.-(Que entra miserablemente vestido). ¡Desgraciado de mí!

DICEÓPOLIS.-¡Por Heracles! Y éste ¿quién es?

EL LABRADOR.-Un desdichado.

DICEÓPOLIS.-Pues sigue tu camino.

EL LABRADOR.-¡Ah, excelente hombre! Ya que las treguas se han pactado sólo para tí, cédeme un poco de tu tratado de paz, aunque no sea más que por cinco años.

DICEÓPOLIS.-¿Cuál es la desgracia que te aflige?

EL LABRADOR.-Estoy arruinado; he perdido una yunta de bueyes.

DICEÓPOLIS.-¿Y Cómo?

EL LABRADOR.-Me la quitaron los beocios en la toma de Fijé.

DICEÓPOLIS.-¡ Oh, triple infortunio! ¿Y aún vas vestido de blanco?

EL LABRADOR.-Esos bueyes, ¡oh, poderoso Zeus, me tenían en la más deliciosa abundancia?

DICEÓPOLIS.-¿Y qué necesitas ahora?

EL LABRADOR.-Tengo los ojos enfermos de tanto llorar. Si algún interés te merece Dérceles de Filé frótame pronto los ojos con el bálsamo de la paz.

DICEÓPOLIS.-Pero, desdichado, yo no soy médico público

EL LABRADOR.-Hazlo, por piedad, para ver si puedo recobrar mis bueyes.

DICEÓPOLIS.-Me es imposible; vete con tus lágrimas a los discípulos de Pítalo.

EL LABRADOR.-Ponme siquiera una gota de paz en esta cañita.

DICEÓPOLIS.-Ni la más pequeña gota. Vete a gemir a otra parte.

EL LABRADOR.-Desdichado de mí, que me he quedado sin mi pareja de bueyes de labranza!

EL SEGUNDO SEMICORO.-Este hombre ha conseguido con su tregua muchas ventajas, de las cuales, al parecer, no quiere hacer partícipe a nadie.

DICEÓPOLIS.-(A un criado).

-Echa miel en las salchichas y pon a freír los calamares.

EL SEGUNDO SEMICORO.-¿Oís cómo levanta el tono?

DICEÓPOLIS.-Asadme esas anguilas.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Nos vas a matar de hambre, a nosotros y a todos los vecinos con tus voces y con el olorcito.

DICEÓPOLIS.-¡Que esté bien dorado ese asadito!

UN PARANINFO. (entrando).

- ¡Dicéopolis!

DICEÓPOLIS.-¿Quién me llama?

EL PARANINFO.-Un recién casado te envía esta parte de su convite de boda.

DICEÓPOLIS.-Quienquiera que sea, es muy amable.

EL PARANINFO.-Te suplica que, en cambio, le echés en este vaso de alabastro una copita de paz para que pueda eximirse de hacer la guerra y quedarse en casa disfrutando de los placeres del amor.

DICEÓPOLIS.-Llévate, llévate tus viandas y nada me des, pues no le cedería una gota por mil dracmas. (Designando a una mujer que acompaña al paraninfo)

EL PARANINFO.-Es la doncella de honor. Quiere ha blarte a ti solo, de parte de la novia.

DICEÓPOLIS.-(A la doncella de honor)

Vamos, ¿qué tienes que decirme?... (La mujer le cuchichea al oído) ¡Qué pretensión tan extravagante! La novia quiere obtener de mí que pueda guardar con ella el miembro de su hombre. ¡Qué le voy a hacer! Traedme el tratado.

Haré una excepción por ella puesto que es una mujer y no es responsable de la guerra. Acerca el frasco, hija mía. ¿Sabes la manera de emplearlo? Dile a la desposada que cuando se haga la leva de los soldados, unte con esto el miembro de su marido.

(Al criado que le ha traído el tratado.)

Llévate el tratado. Traed el cacillo para que llene de vino las copas.

EL CORO.-Ahí se acerca uno con el entrecejo fruncido, como si nos fuera a anunciar alguna desgracia .

EL MENSAJERO.-(Llamando a la puerta de Lámaco). ¡Aquí las fatigas, aquí las batallas con todos los Lámaco!

LÁMACO.-¿Quién llama a esta puerta con adornos guerreros?

EL MENSAJERO.-El Estado Mayor te ordena que, reuniendo a toda prisa tus batallones y penachos, partas hoy mismo, a pesar de la nieve, a custodiar la frontera. Se ha sabido que los beocios piensan invadir nuestro territorio, con ocasión de estarse celebrando la fiesta de las Copas y de las Ollas.

DICEÓPOLIS.-¡Ah los generales! ¡Si su calidad estuviera en razón de su cantidad!

LÁMACO.-Sea como sea, me resulta muy penoso no poder celebrar la fiesta.

DICEÓPOLIS.-¡ Compadecemos a esas pobres tropas que deben librar esos combates lamáquicos!

LÁMACO.-¡Por vida de ..! ¿Te atreves a burlarte de mí?

DICEÓPOLIS.-¿Quieres batirte contra un Gerión de cuádruple penacho?.

LÁMACO.-¡Vaya noticia la que me ha traído el mensajero!

DICEÓPOLIS.-¡Oh! ¡Oh! ¿Qué tendrá que decirme a mí este otro que llega corriendo?

EL OTRO MENSAJERO.-¡Diceópolis!

DICEÓPOLIS.-¿Qué me quiere

EL OTRO MENSAJERO.-Corre al festín y lleva una cesta y una copa, pues te invita el sacerdote de Dionysos; pero apresúrate, los convidados te esperan. Ya está todo preparado: los triclinios, los cojines, los tapetes, las coronas, los perfumes y los postres; hay allí mujeres y galletas, pasteles, tortas de sésamo, rosquillas y hermosas bailarinas, delicias de Harmodio; pero corre, no pierdas tiempo.

LÁMACO.-¡Maldito sea mi sino!

DICEÓPOLIS.-¿Cómo se te ocurrió pavonearte con la gran Gorgona de tu escudo? Cerrad la puerta y que pongan mis vituallas en el cesto.

LÁMACO.-¡ Esclavo! Tráeme mi saco de viaje.

DICEÓPOLIS.-¡Esclavo! Tráeme la cesta.

LÁMACO.-Trae sal mezclada con tomillo y cebollas.

DICEÓPOLIS.-Y a mí, peces; me cansan las cebollas.

LÁMACO.-Tráeme tocino rancio envuelto en una hoja de higuera.

DICEÓPOLIS.-Coge también una hoja de higuera pero envuelve con ella aquel picadillo tan sabroso.

LÁMACO.-Tráeme las dos plumas de mi casco.

DICEÓPOLIS.-A mí los pichones y los tordos.

LÁMACO.-¡ Qué hermosa y qué blanca es esta pluma de avestruz!

DICEÓPOLIS.-¡Qué hermosa y qué dorada está la carne de este pichón!

LÁMACO.-¿Acabarás, buen hombre, de burlarte?

DICEÓPOLIS.-¿Acabarás tú, buen hombre, de mirar de reojo mis tordos?

LÁMACO.-(A su criado)

Tráeme el estuche que contiene mi triple cimera.

DICEÓPOLIS.-Tráeme ese pastel de liebre.

LÁMACO.-¡Cómo han devorado las polillas mis penachos!

DICEÓPOLIS.-¡Cómo voy a devorar pastel de liebre antes del banquete!

LÁMACO.-¿Acabarás, buen hombre, de dirigirme la palabra?

DICEÓPOLIS.-¿Yo? Yo no te hablo; disputo hace rato con mi criado (Dirigiéndose a su criado) ¿Quieres apostar, y Lámaco decidirá la cuestión, si los saltamontes son mejores que los tordos?

LÁMACO.-Estás muy insolente.

DICEÓPOLIS.-Dice que son más sabrosos los saltamontes.

LÁMACO.-Esclavo, descuelga la lanza y tráemela.

DICEÓPOLIS.-Esclavo, descuelga las morcillas y tráemelas.

LÁMACO.-(Tirando de un extremo de la vaina mientras que el criado tira del otro).

DICEÓPOLIS.-(Imitando el juego con una morcilla) Ten tú también firme y no la sueltes.

LÁMACO.-Saca las abrazaderas de mi escudo.

DICEÓPOLIS.-Saca del horno los panecillos, que son las abrazaderas de mi estómago.

LÁMACO.-Tráeme el disco del escudo con la cabeza de Gorgona.

DICEÓPOLIS.-Tráeme el disco de aquel pastel con queso.

LÁMACO.-La verdad es que tienen poca gracia esas burlas.

DICEÓPOLIS.-La verdad es que resultan deliciosos estos manjares.

LÁMACO.-Echa aceite en el escudo para frotarlo. Veo en él la imagen de un viejo que será acusado de cobardía.

DICEÓPOLIS.-Echa miel al pastel. Veo en él la imagen de un viejo que hace rabiar al penachudo Lámaco.

LÁMACO.-Muchacho, tráeme mi coraza de campaña.

DICEÓPOLIS.-Muchacho, tráeme la copa; es mi coraza contra la sed.

LÁMACO.-Con esto, podré responder a los golpes.

DICEÓPOLIS.-Con esto podré responder a las copas.

LÁMACO.-Sujeta esas correas a mi escudo.

DICEÓPOLIS.-Sujeta los platos en la cesta.

LÁMACO.-Cogeré el saco de viaje y lo llevaré yo mismo.

DICEÓPOLIS.-Yo cogeré este manto y me marcharé.

LÁMACO.-Toma el escudo y anda. ¡Caracoles! ¡Está nevando! Mal tiempo para la fanfarria.

DICEÓPOLIS.-Recoge las viandas. Tengo que cenar. (Salen ambos).

EL CORIFEO.-Idos los dos y buena suerte en vuestras expediciones. ¡Qué caminos tan diversos seguís! Aquél beberá, coronado de flores; tú harás centinela medio helado; aquél dormirá con una hermosa muchacha que le friccionará el sistema.

EL CORO.-¡Qué Zeus confunda al hijo de Psácas, a Antímaco, poetastro infeliz, que, siendo corega en las fiestas Leneas, me mandó a casa sin cenar! ¡Ojalá le vea yo algún día ávido de comerse un calamar, y cuando esté ya frito, chirriando en la sartén, servido en la mesa aderezado con sal, en el momento de llevarlo a la boca, un perro se lo arrebate y escape con él!

Además de ese mal, le deseo otra aventura nocturna: que al volver febril a su casa, después de la equitación, se tropiece con Orestes borracho, y éste, enfurecido, le rompa la cabeza, y que pensando tirarle una piedra, coja en la oscuridad un excremento reciente y, al lanzarlo con ímpetu como si fuera un guijarro, yerre el golpe y le pegue a Cratino!.

UN CRIADO DE LÁMACO.-¡Esclavos de Lámaco, pronto, pronto, calentad agua en un pucherillo! Preparad trapos, unguento, lana virgen y vendas para atarle el tobillo. Al saltar una zanja se ha herido con una estaca, se ha dislocado un pie y se ha roto la cabeza contra una peña; la Gorgona saltó del escudo, y al ver el héroe su formidable penacho caído entre las piedras, declamó estos versos terribles:

Brillante objeto, ya no volverán a verte mis ojos, El sol se extingue para mí; ya no seré quien fuí..

Dicho esto, cae en una zanja, se levanta, se arroja sobre los fugitivos, y le dan una lanzada

LÁMACO.-¡Ay, ay, ay! ¡Qué agudos dolores! ¡Qué frío! Me muero, triste de mí, herido por una lanza enemiga. Pero aún será más terrible mi desgracia si Diceópolis, al verme en tal estado, se burla de mi infortunio.

DICEÓPOLIS.-(Con una mujer de cada brazo)

¡Ay, ay, ay! ¡Qué firmes al tacto vuestros senos! Verdaderas manzanas. Dadme un beso, tesoros; un beso dulce y voluptuoso. Pues yo he sido el que he bebido la primera copa.

LÁMACO.-¡Oh, suerte funesta! ¡Oh, dolorosas heridas!

DICEÓPOLIS.-Hola, salud, caballero Lámaco.

LÁMACO.-¡ Infeliz de mí!

DICEÓPOLIS.-(A una de las mujeres)

¿Por qué me besas?

LÁMACO.-¡Ay, como sufro!

DICEÓPOLIS.-(A la otra mujer)

¿Por qué me mordisqueas?

LÁMACO.-¡ Infortunado! ¡Qué duro escote pagué en el combate!

DICEÓPOLIS.-Pues qué, ¿se paga escote en la fiesta de las copas?

LÁMACO.-¡Oh, Pean! ¡Pean!.

DICEÓPOLIS.-¿Pero es que hoy se celebran las fiestas de Apolo?

LÁMACO.-¡Levantadme, levantadme esta pierna! Tirad de ella hacia vosotros, amigos.

DICEÓPOLIS.-Y vosotras dos cogedme el miembro por en medio y tirad hacia vosotras, amiguitas.

LÁMACO.-La herida de la cabeza me da vértigos y voy a desvanecerme.

DICEÓPOLIS.-Yo quiero irme a la cama; lo tengo bien en forma y voy a beneficiarme de estas amistades.

LÁMACO.-Llevadme a casa de Pítalo y ponedme en sus expertas manos.

DICEÓPOLIS.-Y a mí llevadme ante los jueces. ¿Dónde está el rey? Dadme el odre señalado como premio.

LÁMACO.-La terrible lanzada me ha llegado al hueso.

DICEÓPOLIS.-(Mostrando la copa que acaba de vaciar) Mirad esta copa vacía.
¡Victoria! ¡Victoria!

EL CORO.-¡ Victoria! buen hombre, pues así lo deseas, clamemos ¡Victoria!

DICEÓPOLIS.-Y la he vaciado de un trago aunque estaba llena de vino puro.

EL CORO.-¡ Victoria, valiente héroe! Recoge tu odre y ven.

DICEÓPOLIS.-Seguidme cantando: ¡Victoria! ¡Viva el glorioso vencedor!

EL CORO.-¡Victoria! ¡Viva el glorioso vencedor! y que vivan el odre y el bebedor.

FIN

Los caballeros

Aristófanes

PERSONAJES:

PRIMER SERVIDOR, personificando a Demóstenes.

SEGUNDO SERVIDOR, personificando a Nicias.

UN CHORICERO, llamado Agorácrito.

EL PAFLAGONIO, personificando a Cleón.

DEMOS, personificando al Pueblo Ateniense.

Los CABALLEROS, que componen el Coro.

(La escena representa un rincón del Mercado, junto a la casa de Demos).

PRIMER SERVIDOR.-*(Llevando la máscara del general Demóstenes)* ¡Qué calamidad ¡Qué los dioses confundan a ese Paflagonio (1) y a sus malditos consejos! Desde que, en n vi hora, se introdujo en esta casa (2), no cesa de apalea a los criados.

SEGUNDO SERVIDOR.-*(Llevando la máscara del general Nicias).*-Asi perezca él y toda la ralea de ese puerco calumniador.

PRIMER SERVIDOR.-¿Cómo te va, pobre amigo mío?

SEGUNDO SERVIDOR.-Mal, lo mismo que a ti.

PRIMER SERVIDOR. Pues ven acá: mezclemos nuestros gemidos, imitando los gemebundos cantos de Olimpo (3).

Los DOS SERVIDORES.-Mumu, mumu, mumu, mumu...

PRIMER SERVIDOR.-¿De qué sirve gemir? ¿No sería mejor buscar otro medio de aliviar nuestra suerte, y dejarnos de llantos?

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Pero qué medio?

PRIMER SERVIDOR.-Dilo tú.

SEGUNDO SERVIDOR.-No; habla tú; es un honor que te corresponde.

PRIMER SERVIDOR.-No; por Apolo, has de ser tú el que propongas. No vaciles. Después te diré lo que pienso.

SEGUNDO SERVIDOR.-NO me atrevo. ¿Cómo lo haría para decirlo con la sutileza de Eurípides? “Ojalá me dijese lo que debo decirte”.

PRIMER SERVIDOR.-¡Quita, quita, no me llenes de verdolagas (4). Más vale que inventes un canto de libertad. SEGUNDO SERVIDOR.-Di, pues, de un soplo: Vamos.

PRIMER SERVIDOR.-Sea; ya digo vamos.

SEGUNDO SERVIDOR.-Añade nos vamos.

PRIMER SERVIDOR.-NOS.

SEGUNDO SERVIDOR.-Perfectamente. Ahora, repite cada vez más aprisa vamos nos...

PRIMER SERVIDOR.-Vamos nos, vamos nos, vamos nos, nos vamos...

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Eh! ¿No es delicioso? ¡Estupendo! ¿verdad?

PRIMER SERVIDOR.-Sin duda; pero temo que esto no presagie nada bueno para mi piel.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Y por qué?

PRIMER SERVIDOR. Porque de las prisas vienen las caídas.

SEGUNDO SERVIDOR.-En el actual estado de cosas, creo que lo mejor será acercarnos a la estatua de un dios para invocar su favor.

PRIMER SERVIDOR.-¿La estatua de un dios? ¡Déjate de bromas? ¿Tú crees realmente en los dioses?

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Yo? ¡Naturalmente!

PRIMER SERVIDOR.-¿Y en qué te fundas?

SEGUNDO SERVIDOR.-En que me detestan. ¿No crees que es un argumento suficiente?

PRIMER SERVIDOR.-Me has convencido: hay que pensar en otra cosa. ¿Quieres que someta la cuestión al público?

SEGUNDO SERVIDOR.-No estará mal; pero antes pidamos a los espectadores que con la expresión de su fisonomía manifiesten si les son gratos nuestros argumentos y palabras.

PRIMER SERVIDOR.-Empiezo, pues. Tenemos un amo selvático, devorador de habas,

irascible, pesado y algo sordo; se llama Demos. Es originario de Pnyx. El mes último compró un esclavo, un zurrador paflagonio, lo más intrigante y calumniador que puede imaginarse. El tal Paflagonio, conociendo el carácter del viejo, empezó, como perro zalamero, a hacerle la rosca, a adularle, a acariciarle y a sujetarle con sus correillas, (5) diciéndole: “¿Dueño mío!, véte al baño, que ya es bastante trabajo el sentenciar un pleito; toma un bocadillo, echa un trago, come, cobra los tres óbolos (6). ¿Quieres que te sirva la comida?” Y arrebatando después lo que cada uno de nosotros había dispuesto para sí, se lo ofrecía generosamente al viejo. Últimamente, yo le había preparado en Pilos (7) un pastel lacedemonio; pues bien, no sé de qué manera se las arregló ese bribón; pero el caso es que me lo escamoteó y se lo ofreció al amo como cosa suya. Nos aparta cuidadosamente del anciano Demos y no nos permite servirle. Armado de su mosquero de correas, se coloca junto a su señor, cuando cena, y espanta a los oradores y pronuncia oráculos, y le ha llenado al viejo la cabeza de profecías. Cuando le ve ya decrepito, pone manos a la obra. Acusa y calumnia a todos los de la casa y nos muelen a golpes. El mismo Paflagonio corre alrededor de los criados, les pide, les acosa, les arranca regalos, diciéndoles: “¿Veis cómo por mi causa le sacuden a Hilas? ¡Si no hacéis lo que quiero, moriréis hoy mismo!” Y nosotros le damos cuanto nos pide, pues, si no, pateados por el viejo, nos aflojaríamos el vientre ocho veces más. Tratemos, pues, cuanto antes, amigo mío, del camino que debemos seguir, y donde poner nuestra esperanza.

(1) Cleón, Aristófanes le llama Paflagonio, no porque fuese de Paflagonia, sino para indicar su pronunciación tartajosa.

(2) Es decir, desde que se mezcló en la administración de la República.

(3) Músico, cuyas melodías con acompañamiento de flauta, expresaban el dolor.

(4) Alusión al oficio de la madre de Eurípides.

(5) Cleón era hijo de un curtidor y había ejercido el oficio de su padre.

(6) Salario que percibían los jurados.

(7) Alusión a la victoria de Pilos, que se atribuyó a Cleón, aunque quien lo había hecho todo era Demóstenes

SEGUNDO SERVIDOR.-Nuestro mejor recurso será el “vámonos” ‘de antes.

PRIMER SERVIDOR.-Pero si nada puede hacerse sin que lo vea ese maldito Paflagonio: pone los ojos en todo. Tiene un pie en Pilos y el otro en la Asamblea. Esta gran separación de sus piernas hace que sus nalgas caigan sobre Caonia mientras sus dos manos están pidiendo en Etolia y su imaginación robando en Clopidia.

SEGUNDO SERVIDOR.-En estas condiciones, no nos queda más que morir.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces arréglatelas para que muramos con la mayor gallardía posible.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Y cómo morir con gallardía? Lo mejor sería beber sangre de toro. La muerte de Temístocles es la más envidiable. (8)

PRIMER SERVIDOR.-Nada de sangre; mejor será que echemos un trago de vino en honor del Buen Genio. Probablemente, esto nos dará alguna buena idea.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Ah! ¡Vino! Luego se trata de beber. Pero, ¿qué buena idea puede ocurrírsele a un hombre ebrio?

PRIMER SERVIDOR.-¡Pues claro que sí! Eres un grifo de palabras. ¿Te atreves a acusar al vino de que turba la razón? ¿Acaso hay nada de más eficaces resultados? Escucha: los hombres, cuando beben, son ricos, afortunados en sus negocios; ganan los pleitos y son felices y útiles a sus amigos. Ea, tráeme pronto una copa de vino para que riegue mi espíritu y te dé alguna idea ingeniosa.

(8) Según una tradición, Temístocles había muerto envenenado, bebiendo sangre de toro.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Ay de mí! ¿Qué vamos a sacar con beber?

PRIMER SERVIDOR.-Muchas ventajas; pero trae la copa; voy a recostarme aquí. Si llego a alegrarme, ya verás como inundo estos contornos de conceptos, sentencias y argumentos.

SEGUNDO SERVIDOR.-*(Trae uncí jarra de vino y una copa)*. Ha habido suerte. Nadie me ha visto robar el vino de casa.

PRIMER SERVIDOR.-¿Qué hace el Paflagonio?

SEGUNDO SERVIDOR.-Harto de vino y panes denunciados, el muy bribón ronca tendido sobre sus cueros.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces échame vino con mano pródiga, como si fuera para una libación.

SEGUNDO SERVIDOR.-Toma; y bebe en honor del Buen Genio.

PRIMER SERVIDOR.-Hagamos, pues, una libación con el vino del Genio de Pramnio, Oh, mi querido Genio; esta idea no es mía, tú eres quien me la inspira.

SEGUNDO SERVIDOR.-Dime, por favor, lo que sea.

PRIMER SERVIDOR.-Entra en la casa mientras duerme, escamotéale los oráculos al Paflagonio y tráemelos.

SEGUNDO SERVIDOR.-Lo haré, aunque mucho me temo que esa idea te la haya inspirado un Genio Malo.

PRIMER SERVIDOR.-Anda, En tanto, llenaré yo mismo la copa. Tal vez este riego haga germinar en mi cerebro alguna buena idea.

SEGUNDO SERVIDOR.-*(Volviendo con los oráculos)* ¡Con qué furia ronca y se desahoga el Paflagonio! Así es que le he sustraído sin dificultad aquel sagrado oráculo que guarda con tantas precauciones.

PRIMER SERVIDOR.-¡Tu destreza no tiene rival! Dámelo para que lo lea. En tanto,

échame vino a toda prisa.-Veamos lo que dice. ¡Oh, que precioso hallazgo! Dame, dame pronto la copa.

SEGUNDO SERVIDOR.-Toma. ¿Qué dice el oráculo?

PRIMER SERVIDOR.-Lléname otra.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Cómo! ¿El oráculo dice: “Lléname otra”?

PRIMER SERVIDOR.-¡Oh, Bacis! (9).

SEGUNDO SERVIDOR.-Pero ¿qué es ello?

PRIMER SERVIDOR.-Dame pronto la copa.

SEGUNDO SERVIDOR.-Por lo visto, ese Bacis usaba y abusaba de la copa.

PRIMER SERVIDOR.-¡Maldito Paflagonio! Por eso guardabas hace tanto tiempo este oráculo, por miedo a lo que le concierne.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Cómo?

PRIMER SERVIDOR.-La profecía anuncia cómo ha de perecer.

SEGUNDO SERVIDOR.-Pero ¿cómo?

PRIMER SERVIDOR.-¿Cómo? El oráculo dice expresamente que primero habrá un vendedor de estopas que tomará en mano el gobierno de la ciudad.

SEGUNDO SERVIDOR.-Comprendido lo del vendedor. ¿Y después? Te escucho.

PRIMER SERVIDOR.-SU sucesor será un tratante en carneros.

SEGUNDO SERVIDOR.-Ya van dos comerciantes. ¿Qué ocurrirá con el segundo?

PRIMER SERVIDOR.-Mandaré hasta que aparezca otro individuo aun más repugnante. Caerá entonces, reemplazándole un Paflagonio, comerciante en cueros, ladrón, alborotador y de voz ensordecedora como la del torrente Cicloboro.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Está escrito, pues, que un tratante en cueros derribará a un tratante en carneros?

PRIMER SERVIDOR.-Absolutamente.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Infeliz de mí! ¿Dónde podremos encontrar otro comerciante?

PRIMER SERVIDOR.-Aún hay otro, que ejerce un oficio maravilloso.

SEGUNDO SERVIDOR.-¿Quién? Por favor, ¿quién es? PRIMER SERVIDOR.-¿Lo digo?

SEGUNDO SERVIDOR.-Si, por Zeus.

PRIMER SERVIDOR.-¡Un choricero! será quien le derribe.

SEGUNDO SERVIDOR.-¡Un choricero! ¡Nobilísimo oficio, por Poseidón! Pero ¿dónde hallaremos a ese hombre?

PRIMER SERVIDOR.-Busquémosle. Pero héle ahí que viene al mercado como por una gracia celeste. ¡Oh choricero, bendito del cielo! ¡Acércate, amigo mío! Te nos apareces como el salvador de la ciudad.

EL CHORICERO.-(Que llega con su mercancía).-¿Qué ocurre? ¿Por qué me llamáis?

PRIMER SERVIDOR.-Ven aquí a enterarte de toda la extensión de tu felicidad y de la magnificencia de tu suerte.

SEGUNDO SERVIDOR.-Descárgalo de su mercancía y ponle al corriente del Oráculo. Yo, me vuelvo a casa para vigilar al Paflagonio.

PRIMER SERVIDOR.-Vamos, deja tus mercancías, y adora después a la tierra y a los dioses.

EL CHORICERO.-Ya está ¿qué sucede?

PRIMER SERVIDOR.-¡ Mortal bienaventurado! ¡Mortal opulento que hoy no eres nada y mañana lo serás todo! ¡Oh tú, que has venido al mundo para felicidad de los atenienses!

EL CHORICERO.-¿Por qué, buen hombre, te burlas de mí y no me dejas lavar estas tripas ni vender estos chorizos?

PRIMER SERVIDOR.-¿Qué tripas? ¡Insensato! Mira allí. ¿Ves esas filas de ciudadanos? (10)

EL CHORICERO.-Las veo.

PRIMER SERVIDOR.-Estás destinado a ser el soberano absoluto de todos esos súbditos. Serás el jefe del mercado, y de los puertos y de la Asamblea; pisotearás al Senado; destituirás a los generales, les cargarás de cadenas, los reducirás a prisión y establecerás tu mancebía en el Pritáneo.

EL CHORICERO.-¿Yo?

PRIMER SERVIDOR.-Si, tú; y aun no lo ves todo. Súbete sobre ese tablero y mira todas las islas de alrededor.

EL CHORICERO.-Las veo.

PRIMER SERVIDOR.-Bueno; mira ahora los puertos y los barcos mercantes.

EL CHORICERO.-En efecto.

PRIMER SERVIDOR.-¿Puede haber fortuna mayor? Dirige ahora el ojo derecho hacia Caria y el Otro hacia Cartago.

EL CHORICERO.-¿De modo que mi fortuna será quedarme bizco?

PRIMER SERVIDOR.-No; tú podrás traficar con todo eso. Porque llegarás a ser, como el oráculo lo dice, un gran personaje.

EL CHORICERO.-¿Quieres decirme, cómo yo, que soy un choricero, puedo llegar a lo que se llama un personaje?

PRIMER SERVIDOR.-Por eso mismo llegarás a serlo; porque eres un canalla audaz,

salido de la hez del pueblo.

EL CHORICERO.-No me creo digno de alcanzar un poder semejante.

PRIMER SERVIDOR.-¿Cómo es eso? ¿De qué te crees indigno? Albergarás todavía algún buen sentimiento. ¿Pertenece acaso a una clase honrada?

EL CHORICERO.-No, por los dioses; pertenezco a la canalla.

PRIMER SERVIDOR.-Entonces, oh mortal afortunado, estás ricamente dotado para la política.

EL CHORICERO.-Pero, buen amigo, yo no he recibido la menor instrucción; sólo sé leer, y eso mal.

PRIMER SERVIDOR.-Precisamente único que te perjudica es saber leer, aunque sea mal. Para gobernar al pueblo no hacen falta hombres provistos de buena cultura y de buena educación. Se necesitan ignorantes que, además, sean unos granujas. No desprecies lo que los dioses te prometen en sus predicciones.

EL CHORICERO.-Veamos; ¿cómo se expresa ese oráculo?

PRIMER SERVIDOR.-Se expresa muy bien, por los dioses, y con alegorías sabiamente enigmáticas. Pero cuando el águila pelambreira, de ganchudas uñas, por la cabeza sujete al estúpido dragón bebedor de sangre, entonces la salmuera con ajos de los Paflagonios perecerá, y el Númen concederá a los tripicalleros, insigne gloria; a no ser que prefieran seguir vendiendo embutidos” (11)

EL CHORICERO.-¿Qué tiene eso que ver conmigo? Explícamelo.

(10) Señalando a los espectadores.

(11) Parodia del estilo ampuloso e intrincado de los oráculos.

PRIMER SERVIDOR.-El águila pelambreira es nuestro Paflagonio.

EL CHORICERO.-¿Y qué significa lo de “ganchudas uñas”?

PRIMER SERVIDOR.-Eso quiere decir que con sus manos todo lo arrebató y se lo lleva.

EL CHORICERO.-¿Y lo del dragón?

PRIMER SERVIDOR.-Eso está clarísimo. El dragón es largo y el chorizo también. Y el chorizo y el dragón se llenan de sangre. Así es que el dragón, dice el oráculo, podrá vencer al águila pelambreira si no se deja engañar por palabras.

EL CHORICERO.-Me gusta ese oráculo; lo que no veo es cómo podré yo ser capaz de gobernar al pueblo.

PRIMER SERVIDOR.-Muy fácilmente. Haz lo mismo que ahora: embrolla y revuelve los negocios como acostumbras a hacer con los despojos, y hazte agradable al pueblo. Bastará para ello hacerle una pequeña cocina de palabras. Tus cualidades son las únicas para ser

un demagogo a pedir de boca: voz terrible; natural; perverso; impudencia de plazuela; en fin, cuanto se necesita para actuar en política. El oráculo de Delfos confirma esas predicciones. Ea, ponte una corona, bebe en honor del dios de los brutos y trata de hacerle frente al Paflagonio.

EL CHORICERO.-¿Y quién me ayudará? Los ricos le temen y el pobre pueblo tiembla en su presencia.

PRIMER SERVIDOR.-Si, pero hay mil honrados Caballeros que le detestan y que te defenderán; en tu auxilio vendrán todos los ciudadanos buenos y probos, todos los espectadores sensatos y yo con ellos, y hasta los mismos dioses. No temas; ni siquiera verás su rostro, pues ningún artista se ha atrevido a esculpir su máscara. Se le reconocerá muy bien sin embargo puesto que el público está compuesto de gente inteligente.

SEGUNDO SERVIDOR.-(Desde dentro) Ahí tenéis al Paflagonio que sale.

EL PAFIAGONIO.-(Saliendo) No quedará impune, lo juro por mis grandes dioses, la conspiración que estáis tramando contra Demos desde no sé cuanto tiempo. ¿Qué hace aquí esta copa de Calcis? No cabe duda de que tratábais de sublevar a los calcidenses. Pereceréis, moriréis sin remedio, pareja de malvados.

PRIMER SERVIDOR.-(Al choricero) ¡No vayas a huír! Quédate, ilustre choricero. No abandones la empresa. Acudid, caballeros; llegó la hora. Simón, Panecio, colocaos en y el ala derecha. (Al Choricero) Ya se acercan. Persiste tú también y dale cara de nuevo. El polvo que levantan indica que el choque es inminente; resístele, acométele, hazle que, huya.

EL CORIFEO.-Hiere, hiere a ese canalla enemigo de los caballeros, recaudador sin conciencia, abismo de perversidad, mina de latrocinios y canalla y cien veces canalla; y siempre canalla, nunca me cansaré de decírselo, pues lo es más cada día. Pero sacúdele, síguele, zarandéale, expulsa a ese bribón; maldícele como nosotros y persíguele gritando. Cuidado no se te escabulla; mira que sabe los caminos por donde Eucrates se escondió bajo un montón de salvado.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, venerables jueces de la Cofradía de los Tres Obolos, a quienes yo alimento con mis justas e injustas denuncias, socorredme; estos hombres se han conjurado para derrotarme.

EL CORIFEO.-Y nos sobra razón, porque tú te apoderas de los bienes de todos y los consumes antes de que sean distribuidos; y después tanteas y oprimes a los que han de dar las cuentas, como se tantea un higo para ver si está verde o maduro; y cuando ves alguno de carácter débil y pacífico, le haces venir del Quersoneso, le agarras por la cintura, le echas los brazos al cuello, le metes la zancadilla y, después de arrojarlo al suelo, te lo tragas de un solo bocado. Tú siempre estás acechando a los ciudadanos sencillos y mansos como ovejas, honrados y enemigos de pleitos.

EL PAFLAGONIO.-¿Todos contra mí? Y sin embargo, caballeros, mientras que, por vuestra causa soy apaleado, yo iba a proponerle al Senado que se construya en la ciudad un monumento conmemorativo de vuestro valor.

EL CORIFEO.-¡Charlatán, farsante! Mira cómo se arrastre a nuestro alrededor y trata de engañarnos como si fuéramos unos viejos dengosos.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, ciudad! ¡Oh, Demos! ¿Qué fieras son esas que me dan patadas en el vientre?

EL CORIFEO.-Ved como escandaliza el hombre que no cesa de perturbar la ciudad.

EL CHORICERO.-Si así piensa acoquinarnos, voy a hincharle a puñetazos. Y si trata de eludirlos bajándose, apelaré a los puntapiés.

EL PAFLAGONIO.-Sólo con chillarles así, no tardaré en ponerles en fuga.

EL CORIFEO.-Si tus gritos son mayores, te llevarás el galardón; pero si su impudicia aventaja a la tuya, ganaremos nosotros.

EL PAFLAGONIO.-Yo denuncio a ese hombre, y sostengo que exporta para la flota peloponesia extractos de carne.

EL CHORICERO.-Y yo, acuso a éste de correr al Pritáneo con las tripas vacías y salir, también corriendo, con las tripas llenas.

PRIMER SERVIDOR.-Y, además, saca de allí cosas prohibidas: carne, pan y pescado, cosa que nunca consiguió ni el mismo Pericles.

EL PAFLAGONIO.-No esperaréis mucho para morir, vosotros dos.

EL CHORICERO.-Chillaré tres veces más que tú.

EL PAFLAGONIO.-Mis alaridos ahogarán los tuyos.

EL CHORICERO.-Y los míos a los tuyos.

EL PAFLAGONIO.-Cuando seas general, te calumniaré.

EL CHORICERO. Y yo te deslomaré como a un perro.

EL PAFLAGONIO.-Te enredaré con mis mentiras.

EL CHORICERO. Yo te cortaré el camino.

EL PAFLAGONIO.-¡Atrévete a mirarme cara a cara; pero sin bajar los Ojos!

EL CHORICERO.-También yo me he criado en el arroyo.

EL PAFLAGONIO.-Si resuellas, te hago trizas.

EL CHORICERO.-Si hablas, te chafo como a una m...

EL PAFLAGONIO.-Yo confieso que soy un ladrón; y tú no.

EL CHORICERO.-Sí, por Hermes, dios del comercio.

EL PAFLAGONIO.-Y yo niego, aunque me cojan con las manos en la masa.

EL CHORICERO.-No sabes más que imitar a los otros.

EL PAFLAGONIO.-Voy a denunciarte a los Pritáneos, por detención de tripas sagradas que no han pagado el diezmo.

EL CORO.-¡Infame, bribón, charlatán; todo el país está lleno de tu audacia, lo mismo que toda la asamblea, las oficinas de recaudación, los procesos, los tribunales! ¡Removedor de fango, tú has enturbiado la limpieza de toda la ciudad y ensordecido a Atenas con tus

estentóreas clamores: tú desde lo alto del poder acechas las rentas públicas, como desde un peñasco acecha el pescador los atunes!

EL PAFLAGONIO.-Ya veo donde se ha adobado esta conspiración.

EL CHORICERO.-Si tú no supieses adobar pieles, yo no sabría hacer embutidos; tú que vendías a los labradores la piel de un buey enfermo, curtida de suerte que parecía más grueso, y apenas la habían llevado un día, se estiraba dos palmos.

PRIMER SERVIDOR.-A mí me jugó la misma partida. ¡Cuánto se burlaron mis compañeros y vecinos! Antes de llegar a Pergaso (12) ya nadaba en mis zapatos.

EL CORO.-¿Puedes negar que desde el principio ejerciste audacia consejera única de los oradores? Pones tu confianza en ella para exprimir a los ricos extranjeros, aprovechándote de tu alta situación, por eso el hijo de Hipodamo (13) llora ante este espectáculo; pero ha aparecido, ¡cuánto me alegro!, otro hombre más bribón que tú, que te arrojará del puesto, y, a lo que parece, te vencerá en audacia, intrigas y maquinaciones. (Al Choricero) Tú que te has criado aquí (14), de donde salen los hombres que valen algo, demuéstranos cuán inútil es una educación honrada.

EL CHORICERO. Pues bien, vais a saber quién es ese ciudadano.

EL PAFLAGONIO.-¿No me dejarás hablar?

EL CHORICERO.-No, por cierto, pues soy tan granuja como tú.

PRIMER SERVIDOR.-Si eso no le convence, dile que tus padres también fueron unos granujas.

EL PAFLAGONIO.-¿Me dejarás hablar al fin?

EL CHORICERO.-No.

EL PAFLAGONIO.-Si.

EL CHORICERO.-No, por Poseidón. Y además, me voy a luchar hacia la izquierda para tener la palabra el primero.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, voy a estallar! ¡Estoy que exploto!

EL CHORICERO.-LO que es seguro es que no te dejaré...

PRIMER SERVIDOR.-Déjale, déjale que explote de una vez.

EL PAFLAGONIO.-¿Qué es lo que te da la audacia de querer disputar contra mí?

(12) Demo de Atenas.

(13) Hipodamo de Mileto, arquitecto celebre que contribuyó mucho al embellecimiento de Atenas. Su hijo Arqueptólemo, afiliado a la aristocracia, enemigo de Cleón y partidario de la paz, fue acusado de traición y condenado a muerte.

(14) Es decir, en el mercado, escuela de desvergüenza y malas artes.

EL CHORICERO.-Es que conozco el arte de hablar, como el de hacer morcillas.

EL PAFLAGONIO.-¡Hablar! Será bueno, si se te presenta algún asunto, ver cómo lo haces picadillo y lo embutes sin dificultad. ¿A que sé lo que te ha pasado? Lo mismo que a otros muchos. Sin duda has ganado un pleito contra algún infeliz extranjero domiciliado a fuerza de soñar con tu defensa toda la noche, de hablar a solas en las calles, de beber agua y ensayarte cien veces con gran molestia de tus amigos, y sin más te crees ya un elocuente orador. ¡Qué estupidez!

PRIMER SERVIDOR.-¿Y tú, qué licor has bebido para hacer callar con tu charlatanería a toda la ciudad?

EL PAFLAGONIO.-Y crees haberme encontrado un rival, a mí, que después de comer una tajada de atún asado y de beber una copa de buen vino, soy capaz de hacerles un corte de mangas a todos los generales de Pilos.

EL CHORICERO.-¡Y yo qué? Yo, que después de tragarme todos los callos de un buey y el vientre de un cerdo, y de beberme encima la salsa, sin siquiera enjugarme, soy capaz de insultar a todos los oradores y de volver turulato al mismo Nicias.

PRIMER SERVIDOR.-Lo que dices me gusta bastante en general; sólo me desagrada que pienses beberte toda la salsa, sin dejar nada a los otros.

EL PAFLAGONIO.-No será comiendo llobarros como pondrás en fuga a los milesios.

EL CHORICERO.-Lo que sí podré hacer es recobrar las minas devorando lomo de buey.

EL PAFLAGONIO.-Yo me arrojo sobre el Senado y lo derribo a viva fuerza.

EL CHORICERO.-Y si yo te sacudo el trasero te lo pongo como una morcilla.

EL PAFLAGONIO.-Si yo te cojo por la piel de las nalgas te saco por ahí la cabeza.

PRIMER SERVIDOR.-Si se la sacas por ahí, por Poseidón que aún quedarás tú peor.

EL PAFLAGONIO.-¡Te meteré en el cepo de madera!

EL CHORICERO.-¡Desconfía, cobarde!

EL PAFLAGONIO.-Haré sillas con tu piel.

EL CHORICERO.-Te desollaré para hacer con la tuya un zurrón de salteador.

EL PAFLAGONIO.-Te clavaré en el suelo para descuartizarte.

EL CHORICERO.-Te haré picadillo.

EL PAFLAGONIO.-Te arrancaré las pestañas.

EL CHORICERO.-Te rajaré el buche.

PRIMER SERVIDOR.-Metámosle, por Zeus, un palo en la cabeza, como hacen los cocineros; arranquémosle la lengua y, mirando a placer por el agujero del ano, veamos si tiene lamparones. (15)

EL CORO.-Hay, pues, cosas más ardientes que el fuego, y en la ciudad, palabras más desvergonzadas que la desvergüenza misma. Empújale, derríbale, no hagas las cosas a

medias; en cuanto consigas que flaquee en el primer encuentro, verás que es un cobarde. Nosotros le conocemos bien.

PRIMER SERVIDOR.-Siempre lo ha sido, y, sin embargo, ha pasado por valiente, sin más que con darse maña para recoger la cosecha ajena. Ahora deja que se sequen en las prisiones las espigas de Pylos y pretende venderlas. (16)

EL PAFLAGONIO.-No os temo mientras exista el Senado y que Demos continúe siendo un estúpido.

EL CORO.-Su desvergüenza es inaudita. ¡Ni siquiera se le muda el color! Si no te aborrezco, permita Zeus que sirva a Cratino de colchón (17) y que tenga que aprender a cantar toda una tragedia de Morsimo. (18)

¡Y tú, que como la abeja que vaga de flor en flor andas pidiendo regalos a todos en todas partes, ojalá los devuelvas con la misma facilidad que los adquieres! Entonces podremos cantar: “Brinda, brinda a la buena fortuna” (19). Entonces hasta el hijo de Julio, ese viejo acaparador de trigo, le cantará alegremente a Pean y a Dionysos.

EL PAFLAGONIO.-No, no; os aseguro que no me ganaréis en desvergüenza; de otra suerte, permita el cielo que no asista a los sacrificios de Zeus, protector del mercado.

EL CHORICERO.-Y yo juro por los infinitos puñetazos que por mil tunantadas diversas me han sacudido desde la niñez, y por mis cien cuchilladas, que espero vencerte en esta contienda, o si no, me será inútil esta corpulencia adquirida a fuerza de comer migajones destinados a limpiarse la grasa de los dedos (20).

(15) Operaciones que se practicaban con los cerdos para certificarse de su buen estado.

(16) Alusión a la victoria de Nos, conseguida en realidad por Demóstenes y cuya gloria se apropió Cleón.

(17) Celebre poeta cómico. Su afición al vino, le hizo contraer una incontinencia de orina.

(18) Trágico detestable.

(19) Así empezaba una canción de Simónides.

(20) En vez de servilletas se usaban rebanadas de pan para limpiarse los dedos.

EL PAFLAGONIO.-¡Migajones, como un perro! ¿Y tú, miserable, que te has alimentado como un perro, quieres reñir con un cinocéfalo? (21)

EL CHORICERO.-También yo cometía mis fraudes cuando chico. Engañaba a los cocineros diciéndoles: “Mirad, muchachos, ¿no véis?, ya viene la primavera, la golondrina”. Ellos miraban, y mientras tanto yo les atrapaba las mejores tajadas.

PRIMER SERVIDOR.-¡Astucia admirable! ¡Inteligencia precoz! Como los aficionados a comer ortigas, hacías tu cosecha antes de volver las golondrinas.

EL CHORICERO.-La mayor parte de las veces no me veían; pero si alguno lo notaba, escondía la carne entre las nalgas y juraba -por todos los dioses que nada tenía. Por lo cual un orador que me vio no pudo impedirse de exclamar, riendo: “Apostaría cualquier cosa a que ese muchacho llegará a gobernar la República”.

PRIMER SERVIDOR.-Y acertó en su pronóstico. Claro está que se fundaba en que mientras escondías el hurto entre las nalgas lo agravabas con un perjurio.

EL PAFLAGONIO.-Yo reprimiré tu audacia o más bien, la de los dos. Voy a precipitarme sobre ti con la violencia del huracán y revolveré los mares y la tierra.

EL CHORICERO.-Pero yo formaré con mis chorizos una balsa, y, encomendándome sobre ella a las olas propicias, te desearé todo el mal posible.

PRIMER SERVIDOR.-Y yo vigilaré en la sentina, por si acaso se produce una vía de agua.

EL PAFLAGONIO.-No, por Deméter; no has de disfrutar impunemente de los talentos que has robado a Atenas.

PRIMER SERVIDOR.-Cuidado, amaina un poco las velas; empieza a soplar un viento de calumnias y delaciones.

EL CHORICERO.-Y a mí me consta que has sacado diez talentos de Potidea (22)

EL PAFLAGONIO.-¿Quién? ¡Yo! ¿Quieres uno por callar?

PRIMER SERVIDOR.-Ya lo tomaría él. Con gusto lo tomaría. (Al Choricero) Larga la amarra; el viento cede.

EL PAFLAGONIO.-Tendrás cuatro procesos, a cien talentos cada uno. (23)

EL CHORICERO.-Y tú tendrás veinte por deserción, y más de mil por robo.

EL PAFLAGONIO. Yo digo que tú descienes de los que profanaron el asilo sagrado de Atenea.

EL CHORICERO.-Y yo, que tu abuelo fue uno de los satélites...

EL PAFLAGONIO.-¿De los satélites de quién? Di.

EL CHORICERO.-De Birsina, esposa de Hípías. (24)

EL PAFLAGONIO.-Eres un impostor.

EL CHORICERO.-Y tú un bandido.

PRIMER SERVIDOR.- (Al Choricero) ¡Dale duro!

EL PAFLAGONIO.-¡Ay, ay! Los conjurados me muelen á palos.

PRIMER SERVIDOR. Dale, dale duro; azotale el vientre con manojos de intestinos; castígale sin piedad.

EL CORIFEO.-¡Oh, admirable corpulencia! ¡Oh, esforzado corazón, salvador de la República y de los ciudadanos] ¡Con qué hábil oratoria has sabido vencerle! ¡Ojalá pudiéramos alabarte como deseamos.

EL PAFLAGONIO.-No se me ocultaba, por Démeter, está fábrica de intrigas; bien sabía

yo que aquí se encolaban todas.

EL CORIFEO.-¿Y tú no le dirás algún término de constructor de carretas?

EL CHORICERO.-Tampoco se me oculta lo que está fraguando en Argos. Finge que trata de conciliarnos su alianza, y celebra en tanto conferencias secretas con los lacedemonios. Sé para qué atiza este fuego: para forjar las cadenas de los cautivos.

PRIMER SERVIDOR.-¡Bravo, bravo! Forja tú mientras él encola.

EL CHORICERO.-Tienes quien te ayude en la obra; mas nunca, aunque me des todo el oro y plata del mundo y me envíes á todos mis amigos para que me calle, nunca conseguirás que yo oculte la verdad a los atenienses.

EL PAFLAGONIO.-Iré al punto al Senado y delataré vuestra conjura, vuestras reuniones nocturnas contra la República, vuestra convivencia con los medos y el Gran Rey y ese negocio con los de Beocia que tratáis de que cuaje.

EL CHORICERO.-Pues ¿qué precio tiene el queso de Beocia?

(21) Especie de mono.

(22) Ciudad tributaria de Atenas.

(23) El acusador debía fijar la multa a que había de ser condenado el reo, caso de probarse el delito.

(24) La mujer de Hípias, tirano de Atenas se llamaba Mirrina; pero Aristófanes le da el nombre de Birsina, empleando el radical de una palabra que significa cuero y aludiendo con ello al primer oficio de Cleón.

EL PAFLAGONIO.-¡Por Heracles que he de desollarte vivo! (Sale).

PRIMER SERVIDOR.-Ea, demuéstranos ahora ingenio y valor; tú que, como acabas de confesarlo, escondías en otro tiempo la carne entre las nalgas. Corre al Senado sin perder un instante, pues ése va a calumniarnos a todos, voci-ferando como acostumbra.

EL CHORICERO.-Voy allá, pero antes permitidme que deje aquí estas tripas y cuchillos. Es cuestión de un momento.

PRIMER SERVIDOR.-Lleva esa enjundia para untarte el cuello y poder escurrirte si la calumnia te agarra.

EL CHORICERO.-Buen consejo digno de un maestro de gimnasia.

PRIMER SERVIDOR. Toma y cómete también esos ajos.

EL CHORICERO.-¿Para qué?

PRIMER SERVIDOR.-Para que al combatir tengas más fuerza, amigo mío. Pero anda pronto.

EL CHORICERO.-Ya voy.

PRIMER SERVIDOR.-Procura morderle y derribarlo; arráncale la cresta y no vuelvas sin

haberte comido su papada.

EL CORIFEO.-Adiós y buena suerte. Trata de vencer, como deseamos. Que el Zeus del Agora te guarde y puedas volver aquí cubierto con los laureles de la victoria. (A los espectadores) En cuanto a vosotros, tened la amabilidad de escuchar nuestros anapestos, puesto que poseéis una competencia personal en todos los géneros de poesía.

Si alguno de vuestros antiguos poetas cómicos nos hubiera pedido que recitáramos sus versos en el teatro, le hubiera sido difícil conseguirlo; pero el autor de esta comedia es digno de que lo hagamos en su obsequio. Ya porque odia a los mismos que nosotros aborrecemos, ya porque, desafiando intrépido al huracán y las tempestades, no le atemoriza decir lo que es justo. Como muchos se le han acercado admirándose de que desde hace tiempo, no haya solicitado un Coro, y preguntándole la causa de ello, el poeta nos manda que os manifestemos el motivo. No ha sido sin razón, dice, el haber tardado tanto, sino por conocer que el arte de hacer comedias es el más difícil de todos, hasta el punto de que de los muchos que lo solicitan, pocos logran dominarlo. Sabe, además, desde hace tiempo cuán inconstante es vuestro carácter, y con qué facilidad abandonáis, apenas envejecen, a los poetas antiguos. No ignora, en primer lugar, la suerte que cupo a Mágnes cuando le empezaron a blanquear los cabellos. Aunque había conseguido muchas victorias en los certámenes cómicos; aunque recorrió dos los tonos y presentó en escena citaristas, aves, lidios y cínifes; aunque pintó el rostro del color de las ranas, no pudo sostenerse, sino que en la edad madura y no en la juventud le abandonásteis, porque con los años había perdido aquel ingenio que os hacía reír. También se acuerda de Cratino, que en sus buenos tiempos en el apogeo de su gloria, corría impetuosamente por los años, y desarraigando plátanos y encinas, los arrastraba con su adversario entonces no se podía cantar en los Banquetes otra cosa que Doro, la de las sandalias de higuera (25) y autores de himnos elegantes; (26) ¡tan floreciente estaba! Pero ahora, cuando le veis chochar, no os compadecéis de él; desde que a su lira se le caen las clavijas, se le saltan las cuerdas y se le pierden las armonías, el pobre anciano vaga lo mismo que Connas, ceñida la frente de una seca corona y muerto de sed, él que por sus primeros triunfos merecía beber en el Pritáneo, y en vez de delirar en la escena, presenciar perfumado el espectáculo, sentado junto a la estatua de Dionysos. ¿Y Crátes, cuántos insultos y ultrajes vuestros no sufrió, a pesar de que os alimentaba, a tan poca costa, masticando en su boca delicada los más ingeniosos pensamientos? Y sin embargo, éste fue el único que se sostuvo, ya cayéndose, ya levantándose.

Temeroso de esto nuestro autor, se ha contenido, repitiéndose a menudo: “Es preciso ser remero antes de ser piloto, y guardar la proa y observar los vientos antes de dirigir por sí mismo la nave”. En gracia de esta modestia, que le ha librado de decir necedades, tributadle un aplauso que iguale al estruendo de las olas; honradle en estas fiestas Leneas con jubilosas aclamaciones, para que, satisfecho de su triunfo, se retire con la frente radiante de alegría.

EL PRIMER SEMICORO.-Poseidón ecuestre, que te complaces oyendo al relincho de tus corceles y el resonar de sus ferrados cascos; potente numen a quien agrada ver las trirremes mercenarias hender rápidas los mares con azulada proa, y a los jóvenes, enardecidos por esa pasión que les arruina, dirigir sus carros en el reñido certamen, asiste a este Coro, deidad de áureo tridente, rey de los delfines, adorado en

Sunio y en Geresta, hijo de Uranos, protector de Formión (27), y ahora para Atenas, el más propicio de los dioses.

(25) Principio de un canto de Cratino, que era una sátira contra la venalidad y la delación.

(26) Principio de otro canto de Cratino.

(27) General ateniense, jefe de la escuadra y famoso por sus recientes victorias navales.

Queremos elogiar a nuestros padres, héroes dignos de su patria y de los honores del pueblo, que, vencedores siempre y en todas partes en combates terrestres y marítimos, cubrieron de gloria a la República; que nunca al encontrarlos enemigos se ocuparon en contarlos, pues su corazón estaba siempre dispuesto al ataque. Si alguno llegaba a caerse por casualidad en la batalla, limpiábase el polvo, y negando su caída, volvía a la carga con más ardor. Jamás los generales de entonces hubieran pedido a Cleéneto que se les alimentase a costa del Estado; pero ahora, si no tienen esta prerrogativa y la de asiento distinguido, se niegan a combatir. Nosotros deseamos pelear valientemente y sin sueldo por la patria y nuestros dioses; nada pedimos en pago, sino que cuando se haga la paz y cesen las fatigas de la guerra nos permitáis llevar largo el cabello y cuidar nuestro cutis.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Venerada Atenea, diosa tutelar de Atenas que reinas sobre la tierra más religiosa y fecunda en poetas y guerreros, ven y trae contigo a la victoria, nuestra compañera en los ejércitos y batallas, es fiel amiga del Coro, que combate a nuestro lado contra nuestros enemigos. Preséntate ahora; hoy más que nunca, sea como quiera, es preciso que nos otorgues el triunfo. Queremos también publicar lo bueno que sabemos de nuestros caballos; dignos son de alabanza. Muchas veces nos ayudaron en las excursiones y combates; mas nunca nos admiraron tanto con lo que en tierra hicieron como cuando se lanzaron intrépidamente a las naves con toda su carga de vasos de campaña, ajos y cebollas; y apoderándose de los remos, como si fueran hombres, gritaban: “¡Hippapai!” (28) ¿Quién remarará con más brío? ¿Qué hacemos? ¿No remarás tú, oh Sánfora” También bajaron a Corinto; los más jóvenes se hicieron allí un lecho con sus cascos e iban en busca de cobertores, y en vez de forraje de la Media, comían los cangrejos que se descuidaban en salir a la playa, y aun los buscaban en lo profundo del mar. Por eso Teoro dijo que un cangrejo había hablado así: “Terrible es, oh Poseidón, no poder, ni en el fondo del abismo ni en la tierra, ni en el mar, escapar de los Caballeros”.

EL CORIFEO.- (Al Choricero que acaba de regresar) ¡Oh, el más querido y valeroso de los hombres! ¡Qué inquietud nos diste durante tu ausencia! Pero ahora que te vemos volver sano y salvo, cuéntanos en qué quedó la cuestión.

EL CHORICERO.-¿Qué he de decir, sino que he conseguido la victoria en el Senado?

EL CORO.-¡Ahora es ocasión de prorrumpir todos en exclamaciones de júbilo! Tú, que hablas tan bien, pero que superas a las palabras con las obras, cuéntanoslo todo circunstanciadamente; con gusto emprenderíamos un largo viaje sólo por oírte. Por tanto, hombre excelente, habla sin miedo; todos nos alegramos de tu triunfo.

EL CHORICERO.-Pues escuchad, que la cosa merece la pena. En cuanto salió de aquí, le seguí pisándole los talones; apenas entró en el Senado, empezó con su voz estentórea a tronar contra los Caballeros, acumulándoles calumnias portentosas, acusándoles de conspiradores y amontonando palabras sobre palabras, que empezaban a ser creídas. El Senado le escuchaba, y tan fácilmente dio crédito a aquellas falsedades, que crecían prodigiosamente como la mala hierba, que ya lanzaba miradas severas y fruncía el entrecejo. Pero yo, cuando comprendí que sus palabras producían efecto y que conseguía engañar a su auditorio exclamé: “Oh, dioses protectores de la lujuria y del fraude, de las chocarrerías y desvergüenzas! (29) Y tú, plaza pública, en donde se educó mi niñez, dadme audacia, lengua expedita e impudente voz.” Cuando pensaba en ésto, un invertido soltó un pedo a mí derecha, y yo me prosterné en actitud de adoración; después, empujando la barrera con la espalda, grité abriendo una boca enorme: “Senadores: soy portador de buenas noticias y quiero ser el primero en anunciáros las: desde que estalló la guerra, nunca han estado más baratas las anchoas.” Al punto la serenidad brilló en todos los semblantes, y en seguida me ofrecieron una corona por la fausta nueva. Yo en cambio les enseñé en pocas palabras un secretó para comprar muchas anchoas por un óbolo; que era el recoger todos los platos a los fabricantes. Todos aplaudieron y me miraban con la boca abierta. Advirtiéndome esto el Paflagonio, que conoce muy bien el modo de engatusar al Senado, dijo: “Ciudadanos: propongo, ya que tan buenas nuevas acaban de anunciarnos, que para celebrarlas inmolemos cien bueyes a Atenea.” Y el Senado se puso otra vez de su parte; yo, viéndome entonces humillado y vencido, le cogí la vuelta, proponiendo que se sacrificasen hasta doscientos, y además mil cabras a Artemis (30), sí al día siguiente se vendían las sardinas a un óbolo el ciento; con esto el Senado se inclinó de nuevo a mí favor, y el Paflagonio, aturdido, empezó a decir necedades; los arqueros y Pritáneos le sacaron fuera y se formaron grupos en que se trataba de las anchoas. El les suplicaba que esperasen un momento: “Escuchad, exclamaba, lo que va a decir el enviado de Lacedemonia; viene a tratar de la paz.” Entonces gritaron todos a una: “¿Ahora de la paz? ¡Estúpido! ¿Después de enterarte de lo baratas que tenemos las anchoas? No necesitamos paz, siga la guerra.” Y mandaron a los Pritáneos que levantasen la sesión. En seguida saltaron las verjas por todas partes. Yo me escapé y corrí a comprar cuanto cilantro y puerros había en el mercado, y los distribuí luego gratis a todos los que lo necesitaban para sazonar las anchoas. Ellos no hallaban palabras con que elogiarme y me colmaban de caricias, hasta el punto de que por un solo óbolo de cilantro me he hecho dueño del Senado.

EL CORO.-Has conseguido cuanto te proponías como hombre favorecido por la fortuna. Aquel bribón ha tropezado con otro que le da quince y raya en tunantadas, astucia y zalamerías. Procura terminar el combate con igual felicidad; ya sabes hace tiempo que somos tus benévolos auxiliares.

EL CHORICERO.-Ahí viene justamente el Paflagonio turbando y arremolinando las olas delante de sí, como sí tratara de tragarme. ¡Dioses! ¡Qué audacia!

EL PAFLAGONIO.- (Entrando) ¡Que me muera sí no te hago añicos, por pocas de mis antiguas mentiras que me resten!

EL CHORICERO.-Me gusta oír tus amenazas y reírme de tus humos; de miedo que me das, bailo y grito: ¡quíquíquí!

EL PAFLAGONIO.-¡Por Deméter, perezca yo hoy mismo sí no te devoro!

EL CHORICERO.-¿Sí no me devoras? Así me muera sí no te sorbo de un solo trago y reviento después de haberte sorbido!

EL PAFLAGONIO.-Te mataré, lo juro por el asiento de honor que gané con la victoria de Pylos.

EL CHORICERO.-Ya salió el asiento de honor. ¡Bah!, pronto pienso verte relegado a los últimos bancos del teatro.

(28) Grito de los marineros.

(29) Todas estas divinidades que invoca el Choricero son inventadas por Aristófanes.

(30) Artemisa. Hermana de Apolo. En los cielos se la conocía como Febea y en los infiernos como Hécate.

EL PAFLAGONIO.-¡Juro por cuanto hay que jurar, me terte en el cepo!

EL CHORICERO.-Pero ¡qué furioso estás! Vamos, ¿qué te daré de comer? ¿Qué es lo que más te gusta? ¿Una bolsa?

EL PAFLAGONIO.-Te voy a arrancar las tripas con las uñas.

EL CHORICERO.-Ya te cortaré yo esas uñitas con que atrapas los víveres del Pritáneo.

EL PAFLAGONIO.-Te arrastraré ante el pueblo para que me haga justicia.

EL CHORICERO.-También yo te arrastraré y te haré muchos más cargos.

EL PAFLAGONIO.-¡Miserable! A ti no te cree, y yo me burlo de él cuando quiero.

EL CHORICERO.-¡Qué seguro estás de dominar al pueblo!

EL PAFLAGONIO.-Es que sé con qué cebo se le coge.

EL CHORICERO.-Y obras con él como las nodrizas, pues a pretexto de masticar antes la comida, te tragas tres veces más de lo que le das.

EL PAFLAGONIO.-¡Por Zeus; con mi destreza yo puedo ensanchar o estrechar el pueblo a mi gusto!

EL CHORICERO.-¡Vaya un ardid! Es cosa que hasta mi trasero sabe hacerla.

EL PAFLAGONIO.-Pobre hombre; no pienses que me has de jugar otra pasada como la del Senado; esta vez nos presentaremos ante la Asamblea.

EL CHORICERO.-No veo inconveniente. A tus órdenes. ¡Anda! Nada nos retiene.

EL PAFLAGONIO.-*(Llamando a la puerta de Demos).* ¡Demos, ven aquí!

EL CHORICERO.-¡Vamos, sal pronto, por Zeus, querido padrecito Demos!

EL PAFLAGONIO.-Ven aquí para ver de qué modo tan odioso me tratan.

DEMOS.-*(Apareciendo)* ¿Quiénes son estos alborotadores? ¡Fuera pronto de esta puerta!

Me habéis tirado el ramo de olivo (31) ¿Quién te maltrata, Paflagonio?

EL PAFLAGONIO.-Este y esos jóvenes que me apalean por tu causa.

DEMOS.-Pero ¿por qué razón?

EL PAFLAGONIO.-Porque te quiero, ¡oh Demos! y estoy enamorado de ti.

(31) Era una costumbre piadosa el colgar ramas de árboles a las puertas de la casa.

DEMOS.-(Al Choricero) Y tú ¿quién eres?

EL CHORICERO.-Yo soy su rival; te amo ya hace tiempo, y con otros muchos buenos y honrados ciudadanos sólo anhelo serte útil. Pero este nos lo impide, pues tú te pareces a esos jóvenes rodeados de amantes; no quieres a los buenos y honrados, y te entregas a los vendedores de lámparas (32) y a los zapateros, guarnicioneros y curtidores.

EL PAFLAGONIO.-Hace bien, porque yo sirvo a Demos.

EL CHORICERO.-¿En qué? Dime.

EL PAFLAGONIO.-¿En qué? Yo fui a Pilos, reemplacé a los generales cuando lo abandonaban y me traje a los prisioneros lacedemonios.

EL CHORICERO.-También yo, estando de paseo, robé de una tienda la olla con la comida que otro había puesto a cocer.

EL PAFLAGONIO.-Querido Demos, convoca cuanto antes a la Asamblea para que sepas quién de los dos te quiere más y decidas quién merece tus favores.

EL CHORICERO.-Bueno, bueno, decide entre los dos, con tal de que no sea en el Pnix (33).

DEMOS.-No puedo sentarme en otro sitio; vamos, pues; es preciso que sea en el Pnix.

EL CHORICERO.-¡ Maldita suerte! ¡Estoy perdido! Porque este viejo, que en su casa es el más discreto de los hombres, en cuanto se sienta en esos bancos de piedra se está con la boca abierta, como el que al colgar higos se le quedan los cabos en la mano.

EL PRIMER SEMICORO.-Ahora es necesario que despliegues todas las velas y desamarres todos los cables; ármate de valor y de astucia y de capciosos discursos para vencerle. El enemigo es flexible y hábil en presentar toda clase de obstáculos. Procura, pues, arrojarte sobre él con todas tus fuerzas.

EL CORIFEO.-Pon mucho cuidado y antes de que él te ataque levanta los pesos que has de arrojarle y adelanta tu nave.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh poderosa Atenea, protectora de la ciudad! Si después de Lisicles, Cinna y Salabacca soy yo el que más amo al pueblo ateniense, concédeme que, como hasta ahora, sea, por no hacer nada, alimentado a costa del Estado. Mas si te aborrezco y no combato por ti, aunque me vea aislado, que muera y me sierren vivo y corten en correas mi pellejo.

(32) Alusión a Hipérbolo.

(33) Lugar donde se reunía la Asamblea popular.

EL CHORICERO.-¡Y yo, Demos, si no es cierto que te amo y estimo, permita Zeus que sea cocido y hecho menudísimas tajadas! Si no crees mis palabras, consiento en ser rallado sobre este tablero, mezclado con queso para hacer un almodrote y arrastrado con un gancho al Cerámico (34).

EL PAFLAGONIO.-¡Oh Demos! ¿Cómo puede haber un ciudadano que te ame más que yo? Desde que soy tu consejero he enriquecido tu tesoro atormentando a éstos, apurando a aquéllos y pidiendo a otros, sin atender a ningún particular con tal de serte grato.

EL CHORICERO.-Todo eso, ¡oh Demos! nada tiene de extraordinario; yo haré lo mismo, pues robaré panes a otros para servírtelos. No creas que ése te ama y procura tu bien en consideración a tu persona, sino por calentarse a tu fuego. De otra suerte, ¿cómo no ve que tú, que en defensa de esta tierra desenvainaste en Maratón la espada contra los medos y alcanzaste de ellos aquella insigne victoria tantas y tantas veces ponderada, te sientas siempre sobre esas duras piedras? Nunca se le ha ocurrido, como a mi, ofrecerte un cojín, como éste que te traigo cosido con mis propias manos. Ea, levántate y siéntate sobre él cómodamente; así no estarán mortificados esos miembros que tanto trabajaron en Salamina.

DEMOS.-¿Quién eres, amigo mío? ¿Eres acaso de la raza de Harmodio? Tu obsequio es, en verdad muy popular y delicado.

EL PAFLAGONIO.-Eso es muy poco para que ya te muestres benévolo con él.

EL CHORICERO.-A fe que tú le has engañado con mucho menos cebo.

EL PAFLAGONIO.-Apuesto la cabeza a que no ha habido nunca uno que combata más que yo por ti, ¡oh Demos!, ni que más te ame.

EL CHORICERO.-!Cómo puedes amarle, cuando le ves hace siete años vivir en cuevas y miserables chozas y, lejos de compadecerte de él, le exprimes después de haberle secuestrado? Y cuando Arqueptólemo vino a proponernos la paz, la rechazaste y arrojaste de la ciudad a puntapiés a los embajadores encargados de pactar las treguas.

EL PAFLAGONIO.-Es para garantizarle la hegemonía sobre todos los griegos.

Porque en los oráculos se dice que si tiene paciencia llegará a cobrar en la Arcadia cinco óbolos por administrar justicia. Así es que yo lo alimentaré y cuidaré y, suceda lo que suceda, siempre te pagaré los tres óbolos.

EL CHORICERO.-No te afanas porque éste mande en Arcadia, sino por robar más y obtener muchos regalos de las ciudades tributarias; quieres que entre el remolino de la guerra Demos no vea tus canalleras, y que la necesidad, la miseria y el aliciente del estipendio le obligue a considerarte como su única esperanza. Pero si alguna vez logra

volver al campo, vivir en paz y reponer sus fuerzas con el trigo nuevo y las sabrosas olivas, conocerá los bienes de que le priva tu estipendio; entonces, irritado y feroz, te acusará ante los tribunales. Tú lo sabes y por eso le engañas con esperanzas quiméricas.

EL PAFLAGONIO.-¿No es intolerable que digas eso de mi y me calumnies ante los atenienses y ante Demos, cuando, ¡lo juro por Deméter! he prestado a la República más servicios que Temistocles?

EL CHORICERO.-¡Oh, ciudadanos de Argos! ¿Escuchas lo que dice? ¿Tú igual a Temistocles? Nuestra ciudad estaba ya henchida de riquezas, y él añadió tantas que se desbordaron como el agua de un vaso lleno hasta la boca; a los manjares de su espléndida mesa él añadió el Pire (35), y sin quitarnos los antiguos peces, nos procuró otros nuevos. ¡Tú igual a Temístocles, cuando no has hecho más que empequeñecer la ciudad, dividirla con murallas e inventar oráculos! El, sin embargo, fue condenado al destierro, y tú te regalas el cuerpo a nuestra costa.

EL PAFLAGONIO.-¿No es insufrible, ¡oh Demos!, tener que oír estos dicterios sólo porque te amo?

DEMOS.-*(Al Paflagonio)* Cállate ya, y basta de injurias; ya es excesivo el tiempo que llevo ciego ante tus secretos ardides.

EL CHORICERO.-Es un truhán de la peor especie, pequeño Demos mío. Ha cometido mil iniquidades mientras te ha tenido sorbido el seso. Se ha hecho pagar a peso de oro la impunidad de los concusionarios y metiendo el brazo hasta el codo en las cajas del Estado ha robado cuanto ha podido.

EL PAFLAGONIO.-¡No te has de regocijar! Yo probare que tú has robado treinta mil dracmas.

(34) Demo de Atenas, en que eran sepultados los guerreros muertos en el combate.

(35) Puerto de Atenas.

EL CHORICERO.-¿Por que te revuelves? ¿Por qué te alborotas siendo el hombre peor que existe para el pueblo ateniense? También yo probare, por Demeter, que recibiste de Mitilene más de cuarenta minas.

EL SEGUNDO SEMICORO.-Te felicito por tu elocuencia, ¡oh mortal que apareces como el mejor servidor de la humanidad! Si así continuas, serás el más grande de los griegos. Tú solo gobernarás la ciudad; armado del simbólico tridente, mandarás a los aliados y reunirás inmensas riquezas trastornando y confundiéndolo todo.

EL CORIFEO.-Pero no sueltes a ese hombre, ya que se ha dejado coger; fácil te será vencerle con semejantes pulmones.

EL PAFLAGONIO.-Todavía no, amigos, ¡por Poseidón!; aún no han llegado las cosas a ese extremo: me queda todavía por decir una hazaña tan ilustre que puedo tapar con ella la

boca a todos mis adversarios, mientras se conserve un resto de los escudos cogidos en Pilos. (36)

EL CHORICERO.-Párate en los escudos; ya me has dado un asidero. (37) Pues por precaución no debías, ya que tanto amas a Demos, permitir que, fueran suspendidos en el templo con sus abrazaderas. Pero lo que hay aquí, ¡oh Demos! es una maquinación para que no puedas castigarle, si alguna vez lo intenta. ¿Ves esa turba de jóvenes curtidores que le escolta, acompañada por esa otra de vendedores de miel y de quesos? Pues todos conspiran al mismo fin. Por tanto, si te encolerizas y le amenazas con el ostracismo, se apoderarán una noche de esos escudos y correrán a apropiarse de nuestros graneros.

DEMOS.-¡ Infeliz de mí! ¿Pero aún tienen las abrazaderas? ¡Infame, cuánto tiempo me has tenido engañado!

EL PAFLAGONIO.-Demos. amigo mío; no pienses que has de encontrar un amigo mejor que yo: yo solo he sofocado todas las conspiraciones; en cuanto existe la menor conspiración, yo te la denuncio a gritos.

EL CHORICERO.-Haces lo que los pescadores de anguilas. Si el lago está tranquilo, no cogen nada; pero cuando revuelven el cieno de arriba abajo. hallan buena pesca. Tú también pescas cuando revuelves la ciudad. Pero dime una sola cosa: tú que vendes tantos cueros y te jactas de amar tanto a Demos ¿le has dado nunca una suela para sus zapatos?

DEMOS.-¡No, por Apolo!

EL CHORICERO.-Y bien, ¿vas conociendo a ese hombre? Yo, en cambio, te he comprado este par de zapatos y te los doy para que los gastes.

DEMOS.-Ningún hombre, que yo sepa, ha sido mejor que tú para Demos; ni más celoso por el bien de la ciudad y de los dedos de mis pies.

EL PAFLAGONIO.-¿No es doloroso que des tanta importancia a un par de zapatos y te olvides de todo lo que he hecho en tu favor? Yo reprimí la prostitución masculina privando a Gritto de sus derechos cívicos.

EL CHORICERO.-¿Y no te fue algo violento, por así decirlo, inspeccionar los traseros y reprimir ese genero de prostitución? Aunque sólo lo hiciste por miedo de que se convirtiesen en oradores. En tanto, ves a este pobre anciano sin túnica, en el rigor del invierno, y no has sido capaz de darle una con dos mangas como ésta que yo le regalo.

DEMOS.-He aquí una idea que nunca se le ocurrió a Temístocles. No cabe duda de que las fortificaciones del Pireo son una gran cosa, pero a mí me parece mejor la ocurrencia de darme esta túnica.

EL PAFLAGONIO.-¡Ay de mí! ¡Con que zalamerías me suplantas!

EL CHORICERO.-No hago más que emplear tus procedimientos; hago como el bebedor que siente la necesidad apremiante de salir: coger las sandalias de su vecino. (38)

EL PAFLAGONIO.-Pues a zalamero no me has de ganar. Voy a cubrirte con este manto. (Al Choricero) Y, ahora, rabia.

DEMOS.-¡Puf! ¡Quita allá! Apesta a cuero.

EL CHORICERO.-Por eso te ha puesto el manto, con objeto de asfixiarte. También antes lo intentó: ¿te acuerdas de aquella corteza de benjuí que vendía tan barata?

DEMOS.-Sí que me acuerdo.

EL CHORICERO.-Procuró que se vendiese tan barata para que la compraseis y comiéseis, y después en el tribunal os matéseis los jueces unos a otros con vuestras ventosidades.

DEMOS.-¡Por Poseidón, que ya le oí decir lo mismo a un basurero!

(36) Los escudos cogidos al enemigo se colgaban en los templos como en acción de gracias, pero tomando la precaución de quitarles las correas o abrazaderas, para evitar el que pudieran utilizarse en alguna sedición.

(37) Juego de palabras que designa también la abrazadera o asa del escudo.

(38) Los antiguos se descalzaban para recostarse en los triclinios, sobre los cuales comían.

EL CHORICERO.-¿No fueron esas ventosidades las que os produjeron tantas inflamaciones?

DENLOS.-Fue, en verdad, una treta inmunda.

EL PAFLAGONIO.-¡Canalla! ¡Con que chocarrerías intentas desconcertarme!

EL CHORICERO.-La diosa me mandó que te sobrepujase en charlatanería.

EL PAFLAGONIO.-Pues no me vencerás. Yo prometo, ¡oh Demos! darte un buen plato: tu salario de juez sin trabajar nada.

EL CHORICERO.-Y yo te doy esta cajita con unguento para que te cures las úlceras de las piernas.

EL PAFLAGONIO.-Yo te rejuveneceré, quitándote los cabellos blancos.

EL CHORICERO.-*(A Demos)* Toma esta cola de liebre para enjugarte los ojillos.

EL PAFLAGONIO.-Cuando te suenes, Demos mío, límpiame los dedos en mi cabeza.

EL CHORICERO.-No; en la mía.

EL PAFLAGONIO.-En la mía. Me voy para que te nombren Trierarca y que te veas obligado a equipar una nave a tu costa; ya procurare darte la más vieja, y de ese modo no tendrán fin tus gastos y reparaciones. Las velas han de ser podridas.

EL CHORICERO.-Estás que hierves, buen hombre. Para, para, que te desbordas; apartemos esos tizones y tomemos un cucharón para retirar la espuma de tus amenazas.

EL PAFLAGONIO. Ya me las pagarás todas juntas; voy a hundirte a contribuciones, y hacer que te inscriban en el padrón de los ricos.

EL CHORICERO.-Yo no gastaré el tiempo en amenazas; sólo te deseo que cuando la sartén esté llena de calamares chirriantes' al fuego y tú disponiéndote a hablar por los milesios para ganar un talento si consigues que su proposición sea aprobada, al tratar de

engullirte a toda prisa la fritada, antes de acudir a la Asamblea, se presente cualquier importuno, y tú, por no perder el talento, te ahogues al tragar el almuerzo.

EL CORIFEO.-¡Muy bien, por Zeus, Apolo y Deméter!

DEMOS.-A mí también me parece fuera de duda que es un buen ciudadano, y de esos que en estos tiempos no se venden por un óbolo. Tú, Paflagonio, que tanto alardeas de quererme, me has irritado, y, por tanto, devuélveme mi anillo (39); pues desde este momento dejas de ser mi intendente.

(39) El anillo era el signo de mando.

EL PAFLAGONIO.-Tómalo. Sin embargo, bueno es que sepas que si me quitas el gobierno de tu casa, mi sucesor será peor que yo.

DEMOS.-No es posible que éste sea mi anillo, me parece, si no me engaña la vista, que el sello es diferente.

EL CHORICERO.-Dadme que yo lo vea. ¿Que representaba tu sello?

DENLOS.-Un trozo de grasa de buey cocida en una hoja de higuera.

EL CHORICERO.-Pues no es eso lo que veo.

DEMOS.-¿No es la hoja de higuera? Pues, ¿qué tiene?

EL CHORICERO.-Un cuervo marino, (40) con el pico abierto, arengando desde una piedra. (41)

DEMOS.-¡Desdichado de mi!

EL CHORICERO.-¿Qué te ocurre?

DEMOS.-Tíralo lejos; no es el mío, es el de Cleónimo. (42) Toma este y tú serás mi intendente.

EL PAFLAGONIO.-No hagas nada, dueño mío, antes de conocer mis oráculos.

EL CHORICERO.-También has de conocer los míos.

EL PAFLAGONIO.-Si le crees, tendrás que prestarte a sus rapiñas.

EL CHORICERO.-Si le crees, tendrás que prestarte a sus infamias.

EL PAFLAGONIO.-Mis oráculos dicen que reinarás en todo el mundo coronado de rosas.

EL CHORICERO.-Los míos, que vestido con una túnica de púrpura bordada a aguja, y ceñida la frente con una corona, perseguirás en un carro de oro a Esmicites (43) y a su dueño.

DEMOS.-Ve y trae los oráculos para que el Paflagonio los oiga.

EL CHORICERO.-De acuerdo.

DEMOS.-(Al Paflagonio) Trae tú también los tuyos. EL PAFLAGONIO.-Como quieras.

(40) *Ave voraz, símbolo de la codicia de Cleón.*

(41) *La tribuna desde la cual hablaban los oradores.*

(42) *Personaje famoso por su rapacidad.*

(43) *Rey de Tracia, aliado de los Persas.*

EL CHORICERO.-Como quieras. Por Zeus, ¿y por qué no? (Sale).

EL CORO.-Felicísimo será este día para la generación presente y para las generaciones venideras, si Cleón puede desaparecer; aunque he oído en el bazar de los pleitos sostener a ciertos carcamales que, si este hombre no hubiera alcanzado tanto poder, no faltarían en la ciudad dos utilísimos enseres: el mortero y la espumadera. (44)

Admiro también su grosera educación; los muchachos que con él asistían a la escuela, dicen que nunca pudo templar su lira más que al modo dórico, sin querer aprender ningún otro; por lo cual, irritado el maestro de música, le despidió diciendo:

“Ese mozuelo es incapaz de aprender otros tonos que aquellos cuyo nombre signifique regalar” (45).

EL PAFLAGONIO.-*(Que le trae un grueso paquete de oráculos a Demos)* Aquí tienes, mira: aún no los traigo todos.

EL CHORICERO.-*(Que trae otro paquete aún mayor, depositándolo en el suelo)* ¡Ah, no puedo resistir más! Y aún no los traigo todos.

DEMOS.-¿Qué es eso?

EL PAFLAGONIO.-Profecías. DEMOS.-¿Todo eso?

EL PAFLAGONIO.-¿Te admiras? Pues aún tengo, por Zeus, un arca llena.

EL CHORICERO.-Y yo un piso de mi casa y otras dos dependencias.

DEMOS.-Veamos de quien son esos oráculos.

EL PAFLAGONIO.-Los míos son de Bácsis.

DEMOS.-*(Al Choricero)* ¿Y los tuyos?

EL CHORICERO.-De Glánis, el hermano mayor de Bácsis.

DEMOS.-¿A qué se refieren?

EL PAFLAGONIO.-Se refieren a Atenas, a Pilos, a ti, a mi, a toda clase de cosas.

EL CHORICERO.-Pues los míos hablan de Atenas, de Lacedemonia, de caballas frescas, de los que venden en la plaza mal el grano, de ti, de mi. ¡Muérdete el rabo, Paflagonio!

DEMOS.-Leédmelos, leédmelos, y sobre todo aquel que tanto me agrada porque vaticina que seré un águila cerniéndome en las nubes.

EL PAFLAGONIO.-Escucha, pues, con atención: Erecteida, sigue la ruta profética. Que del templo de Apolo por el trípode délfico te dicta: vela por el sagrado can de agudos colmillos Que, ladrando siempre para ti con fuertes ladridos; Te traerá riquezas: vela por que no expire puesto que cien odiosos grajos croan por su pérdida.

DEMOS.-Por Deméter, no he entendido una palabra de toda esa jeringonza. ¿Qué tiene que ver Erecteo con los perros y los grajos?

EL PAFLAGONIO.-Apolo te recomienda bien claro que me conserves; yo soy el león que te defiende.

DEMOS.-¿Cómo te has convertido en león sin yo saberlo?

EL CHORICERO.-Te oculta de intento una parte esencial del vaticinio: el fatídico Lóxias (46) ordena, en efecto, que lo guardes, pero ha de ser encerrado en los muros de madera y férreas torres.

DEMOS.-¡Cómo! ¿El dios dice eso?

EL CHORICERO.-Te manda sujetarlo en un cepo de cinco agujeros.

DEMOS.-He aquí un oráculo que parece entrar en vías de realización.

EL PAFLAGONIO.-No lo escuches: los celos hacen croar a las cornejas. Ama siempre al azor; no olvides que te ha traído maniatados a los cuervos de Lacedemonia.

EL CHORICERO.-Ese peligro lo afrontó el Paflagonio en un momento de embriaguez: ¿y lo tendrás por una hazaña insigne, atolondrado Cecrópida? Una mujer llevará fácilmente un fardo si le ayuda a cargárselo un hombre; pero no combatirá en la guerra, porque si combatiera se le aflojaría el vientre.

EL PAFLAGONIO.-Pero fíjate bien en lo que dice de Pilos; escucha: Pilos está delante de Pilos...”

DEMOS.-¿Qué significa lo de delante de Pilos?

EL CHORICERO.-Lo que hay que entender es pyelos, o sea bañera. Y quiere decir que se llevará todas las bañeras de los baños.

DEMOS.-¿De modo que a partir de hoy ya no podré bañarme?

EL CHORICERO.-Así es, puesto que robará todas las bañeras. Pero he aquí un oráculo que también se refiere a cosas acuáticas. Te ruego que le prestes toda tu atención.

(44) Quiere decir que Cleón desempeñaba el mismo papel en la administración del Estado que el mortero y la espumadera en la cocina aplastando a sus enemigos y revolviendolo todo.

(45) Juego de palabras en que se alude a los regalos que Cleón admitía.

(46) Sobrenombre de Apolo, cuando profetizaba.

DEMOS.-Ya atiendo; pero antes dime cómo me he de arreglar para pagar el sueldo a los

marineros.

EL CHORICERO.-Egeida, cuidado con el maligno perrozorro. Dientes fríos y pies vivos, falaz y astuto. ¿Sabes lo que significa?

DEMOS.-Que ese perro-zorro es Filostrato. (47)

EL CHORICERO.-Pues no es eso: lo que significa es que Apolo te prohíbe que le des a ese individuo las naves que te pide en todo momento para ir a percibir los tributos.

DEMOS.-Pero ¿en qué se parece una trirreme y el perrozorro?

EL CHORICERO.-¿En qué se parece? La trirreme y el perro son muy veloces.

DEMOS.-Y ¿por qué al perro se añade el zorro?

EL CHORICERO.-Porque el zorro se asemeja a los soldé, dos en que roba las uvas de las viñas.

DEMOS.-Sea; pero ¿dónde encontrar el sueldo para esos raposillos?

EL CHORICERO.-Yo lo proporcionaré en el término de tres días. Pero escucha, por favor, este otro oráculo en que el hijo de Leto te previene contra los engaños de La Hueca.

DEMOS.-¿La Hueca? ¿Qué significa eso?

EL CHORICERO.-El oráculo, que sabe lo que dice, da a entender con ello la mano de ese individuo cuando la redondea y dice: lléname el hueco de esta mano.

EL PAFLAGONIO.-Es una interpretación falsa. Con esa palabra, Apolo quiere designar en realidad la mano de Diópito. (48) Pero aún tengo para ti otro oráculo que alude a las alas e indica que tú serás un águila y que reinarás en toda la tierra.

EL CHORICERO.-Yo tengo otro: profetizando que administrarás justicia en la tierra, en el mar Eritreo y en Ecbatana, y comerás manjares deliciosos.

EL PAFLAGONIO.-Yo he tenido un sueño en el que me ha parecido ver a la misma diosa derramando sobre Demos la salud y la riqueza.

EL CHORICERO.-Y yo, otro, por Zeus, y en el que me ha parecido ver a la misma Diosa descender de la Acrópolis con una lechuza sobre la cabeza; y derramar de un ancho vaso sobre tus cabellos, la ambrosía ¡oh Demos!, y sobre la de éste (por el Paflagonio) vinagre con sal.

(47) Proxeneta muy conocido.

(48) Orador fogoso y adivino, acusado de ladrón.

DEMOS.-¡Oh! ¡Oh! Nadie aventaja a Glanis en sabiduría. (Al Choricero) Me encomiendo a ti para que seas el báculo de mi vejez y me eduques como a un niño.

EL PAFLAGONIO.-Aún no; por favor, espera un instante; yo te daré todos los días cebada

para tu subsistencia.

DEMOS.-No quiero oír hablar de cebada; ya son muchas las veces que me habéis engañado; tú y Teófano.

EL CHORICERO.-Yo te daré la harina preparada y a punto.

EL PAFLAGONIO.-Yo, bollitos muy bien cocidos y peces asados; no tendrás más que comerlos.

DEMOS.-Apresuráos a cumplir lo que prometéis. Entregaré la dirección del Pnix al que me trate mejor.

EL PAFLAGONIO.-(Entrando en casa de Demos) Yo seré el primero.

EL CHORICERO.-(Echando a correr) ¡Ca!, el primero seré yo.

EL CORO.-¡Oh, Demos! Tu poder es muy grande; todos los hombres te temen como a un tirano; pero eres inconstante y te agrada ser adulado y engañado; en cuanto habla un orador te quedas con la boca abierta, y pierdes hasta el sentido común.

DEMOS.-No habrá un átomo de sentido común bajo vuestros cabellos si creéis que obro sin juicio; me hago el loco porque me conviene. A mí me gusta estar bebiendo todo el día, alimentar a un granuja que me gobierne y cuando ya está bien repleto, le reviento.

EL CORO.-Discretamente obras, si, según aseguras, haces las cosas con esa intención; si los engordas en el Pnix como públicas víctimas, y luego, cuando hay falta de provisiones, eliges el más gordo, lo matas y te lo comes.

DEMOS.-Considerad, pues, si veré claros los manejos de esos que se tienen por muy listos y creen engañarme. Yo los observo cuando roban, y finjo no ver nada; después les obligo a vomitar todo cuanto me han robado, echando por su garganta, a guisa de anzuelo, una acusación pública.

EL PAFLAGONIO.-(Al Choricero) ¡Afuera, en hora mala! ¡Lárgate de aquí! ¡Quítate de entre mis piernas!

EL CHORICERO.-¿Y por qué no te vas tú, desvergonzado?

EL PAFLAGONIO.-¡Oh, Demos! Hace ya tres siglos que estoy aquí con el solo deseo de servirte.

EL CHORICERO.-Y yo hace diez siglos, doce siglos, mil siglos, infinidad de siglos.

DEMOS.-Y yo hace treinta mil siglos, infinidad de siglos que devoro mi paciencia y que me dais tanto asco el uno como el otro.

EL CHORICERO.-¿Sabes lo que debes de hacer?

DEMOS.-Dímelo y así sabré.

EL CHORICERO.-Haz que hagamos carreras los dos; una competencia con igualdad de probabilidades, para ver quien es capaz de servirte mejor.

DEMOS.-Acepto la combinación. Poneos en línea.

EL PAFLAGONIO.-Ya estamos.

DEMOS.-Corred.

EL CHORICERO.-(Al Paflagonio) No me adelantarás.

DEMOS.-Estos dos adoradores van a darme un día bien divertido; sería tonto quejarse.

EL PAFLAGONIO.-¿Ves? Yo soy el primero que te traigo una silla.

EL CHORICERO.-Si; pero no una mesa; como ves, he madrugado.

EL PAFLAGONIO.-Mira, aquí tienes este bollito hecho con aquella harina de cebada que traje de Pilos.

EL CHORICERO.-Y yo estos panecillos que la misma Deméter ha amasado con su mano de marfil.

DEMOS.-¿Qué dedos tan largos tienes, venerada Atenea!

EL PAFLAGONIO.-Toma este puré de guisantes, cuyo hermoso color y buen gusto abre el apetito; lo ha preparado la misma Palas, heroína de Pilos.

EL CHORICERO.-(Ofreciendo una olla) Querido Demos, no hay duda que la diosa te protege; ahora suspende sobre ti esta olla colmada de rico caldo.

DEMOS.-¿Crees tú que hubiera podido vivir tanto tiempo en esta ciudad si la diosa no hubiese tenido realmente la olla suspendida sobre nosotros?

EL PAFLAGONIO.-Este plato de peces te lo regala la diosa, terror de los ejércitos.

EL CHORICERO.-Pero la Hija del Omnipotente también te envía esta carne en salsa y este delicioso plato de callos.

DEMOS.-Bueno es que se acuerde del peplo que la regalo.

EL PAFLAGONIO.-La diosa temible por la Gorgona de su casco te manda comer esta torta especial para que puedas alargar más fácilmente los remos.

EL CHORICERO.-Toma también esto.

DEMOS.-¿Y qué haré con estas tripas?

EL CHORICERO.-La diosa te las envía a propósito para que puedas componer las tripas de las naves; no pierde de vista nuestra escuadra. Bebe también este vaso con dos partes de vino y tres de agua.

DEMOS.-¿Delicioso, por Zeus! Este vino soporta perfectamente sus tres partes de agua.

EL CHORICERO.-La misma Tritonia (49) ha hecho la mezcla.

EL PAFLAGONIO.-Acepta ahora de mi este trozo de succulenta tarta.

EL CHORICERO.-Pero yo te ruego que aceptes esta otra toda entera.

EL PAFLAGONIO.-Pero tú no tienes liebre que ofrecerle, y yo si.

EL CHORICERO.-¡Caramba! ¿Dónde podía procurarme una liebre? Ingenio mío, es preciso que inventes una buena jugarreta.

EL PAFLAGONIO.-¿Estás viendo, desgraciado?

EL CHORICERO.-¡Bah! Pero ¡calla! Ahí vienen unos delegados que me traen varios sacos de dinero.

EL PAFLAGONIO.-¿Dónde, dónde? (Deja su plato para ir a ver) EL CHORICERO.-¿Qué puede importarte? ¿Qué interés puedes tú tener? (Se apodera del plato) Querido Demos: repara en este guisadito de liebre que te traigo.

EL PAFLAGONIO.-¡ Maldición! Me has robado. Eso es una estafa.

EL CHORICERO.-Por Poseidón, que lo mismo hiciste tú con los cautivos de Pilos.

DEMOS.-¿Quieres decirme, por favor, cómo se te ha ocurrido la idea de este robo?

EL CHORICERO.-La idea es de Atenea; el robo mío. Yo soy el que ha corrido el riesgo.

EL PAFLAGONIO.-Pero soy yo el que ha guisado el plato.

DEMOS.-Todo lo que tú quieras; pero yo no puedo agradecerse más que al que me lo sirve.

EL PAFLAGONIO.-¡Perra suerte! Mi descarado ha encontrado quien lo aventaje.

EL CHORICERO.-¿A qué esperas para decidir. ¡Oh Demos! ¿quién de los dos te ha servido mejor, a ti y a tu vientre?

DEMOS.-¿En qué prueba me apoyaría para demostrarles a los espectadores que soy un juez imparcial?

EL CHORICERO.-Voy a decírtelo. Anda, registra disimuladamente mi cesta y la del Paflagonio; mira lo que contienen, y después podrás juzgar con acierto.

DEMOS.- (Cogiendo la cesta del Choricero) Vamos a ver lo que hay dentro.

EL CHORICERO.-Ya ves, padrecito mío, que está vacía. Como que te lo he dado todo.

DEMOS.-En verdad puede decirse que es una cesta que piensa en Demos.

EL CHORICERO.-Acércate ahora a la del Paflagonio. ¿La ves?

DEMOS.-¿Cáspita y qué repleta está! Se guardó la torta más grande. A mí sólo me dio un trocito.

EL CHORICERO.-Siempre hizo lo mismo contigo; te daba un trocito de lo que cogía y él se guardaba la mejor parte.

DEMOS.-¡Ah, infame! ¿Así me robabas y así me engañabas mientras que yo te colmaba de regalos y de coronas?

EL PAFLAGONIO.-Pero yo cometía esos robos en interés del Estado.

DEMOS.-Quítate al instante esa corona para que se la ciña tu rival.

EL CHORICERO.-Quítatela pronto, bergante.

EL PAFLAGONIO.-De ninguna manera; poseo un oráculo de Delfos que designa al único hombre que puede suplantarme.

EL CHORICERO.-Si; y que incluso me designa a mi de manera suficientemente clara.

EL PAFLAGONIO.-Examinaré antes si las palabras del oráculo pueden referirse a ti; dime

en primer lugar, ¿a qué escuela acudiste de niño?

EL CHORICERO.-Me educaron a puñetazos en las cocinas.

EL PAFLAGONIO.-¿Qué dices? ¡Ah, este oráculo me mata!... Prosigamos...
¿Qué aprendiste con el maestro de gimnasia?

(49) Otro sobrenombre de Atenea.

EL CHORICERO.-A robar, a negar el robo y a mirar a los testigos cara a cara.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh Febo! ¡Oh Apolo, dios de Licia! ¿qué vas a hacer de mí? (Al Choricero) Y de adulto, ¿a qué te has dedicado?

EL CHORICERO.-A vender embutidos y a darme buena vicia.

EL PAFLAGONIO.-¡Oh desdicha! Estoy perdido; una tenue esperanza me sustenta. Dime esto no más: ¿vendías los chorizos en tu tienda, en el Mercado o en las puertas de la ciudad?

EL CHORICERO.-En las puertas, donde se venden los salazones.

EL PAFLAGONIO.-¡Se acabó! La predicción se ha cumplido. Arrastrad hasta su casa a este infeliz. Adiós, corona mía. Bien a mi pesar, te abandono; te dejo en las manos de un nuevo amo, no tan ladrón como yo, cierto, pero sí más afortunado.

EL CHORICERO. Zeus, dios de los griegos; es a ti a quien corresponde el honor de mi victoria.

PRIMER SERVIDOR.-Salud, ilustre triunfador; acuérdate de que yo te he hecho hombre. Bien poco te pido en recompensa: nómbrame escribano de actuaciones, como lo es ahora Fanos.

DEMOS.-(Al Choricero) Sea; pero al menos dime tu nombre.

EL CHORICERO.-Agorácrito, porque me crié en el ágora en medio de las disputas.

DEMOS.-Me pongo, pues, en manos de Agorácrito y le abandono a ese Paflagonio.

EL CHORICERO.-Y yo, querido Demos, prometo cuidarte con tal solicitud que tendrás que reconocer que nunca has visto un hombre más adicto a la ciudad de los papanatas.

EL CORO.-(A los espectadores) ¿Hay nada más hermoso que empezar y concluir nuestros cantos celebrando al conductor de rápidos corceles, en vez de herir con ultrajes gratuitos a los Lisítrato o a los Teomantis, privado hasta de hogar? Este, ¡oh mi querido Apolo!, siempre hambriento y bañado en lágrimas, no cesa de acariciar tu carcaj en el sagrado templo de Delfos para no perecer de inanición. Nada hay más odioso en la sátira que se ejerce contra los malvados. Para quien sabe razonar, esta sátira constituye un homenaje a la virtud. Si el personaje a quien es preciso decirle un buen número de duras verdades fuese solamente conocido, no necesitaría recordar el nombre de un amigo. No hay quien no conozca a Arignoto (50). Basta para ello saber distinguir lo blanco de lo negro y

reconocer la música ortiana. Pues bien; este Arignoto tiene un hermano cuya conducta no se parece en nada a la de su hermano; es Arifrades, un depravado, pero un depravado por principio de conducta. No se limita a ser un depravado, a ser un sujeto de la peor especie, cosa que no habría retenido mi atención; ha dado en el vicio con un nuevo hallazgo. Mancilla su lengua en innobles placeres, entregándose a lamer parajes inmundos y manchándose las barbas al restregarlas por ciertos recovecos. Aparte de esto, compone canciones del género de Polimnesto y frecuenta a Oinicos. A quien no experimente un asco invencible por semejante sujeto, jamás le invitaremos a beber con nosotros en la misma copa.

En el curso de mis meditaciones nocturnas, ¡cuántas veces me he preguntado donde podría saciar Cleónimo su voracidad! Dicen que un día, en que se estaba hinchando a placer en cierta mansión distinguida, nadie podía arrancarle de junto a las vituallas. Sus huéspedes le suplicaban, sin embargo, que lo dejara ya: “Vamos, señor, le decían, abrazados a vuestras rodillas os pedimos que salgáis y dejéis en paz nuestra mesa”.

También se cuenta que cierto día las trirremes se reunieron en asamblea deliberante. Una de ellas (era la más vieja) tomó la palabra: “¿Sabéis por acaso, mis jóvenes colegas, lo que ocurre en la ciudad? Dicen que se pide un centenar de nosotras a fin de aparejar hacia Cartago; la petición viene de un mal ciudadano llamado Hipérbolos el Vinagre”.

Esto les parece odioso e inadmisibles, y una de ellas que jamás había tenido aún contacto con hombres, tomó la palabra en estos términos: “Dios protector dice, me niego a dejarme gobernar por ese hombre; mejor prefiero envejecer aquí mi vida de carcoma”.

Tampoco me gobernará a mi, Nanfante, hija de Nauson, tan cierto, por los dioses, que soy de madera de pino. Si los atenienses adoptan ese proyecto, opino que nos vayamos a encontrar un refugio en el templo de Teseo o en el de las Sagradas Diosas. Al menos que, bajo nuestro pabellón, no se burle nadie de la ciudad. ¡Que se vayan, si quiere, a navegar a los infiernos botando al agua las cajas en que vendía sus linternas.

EL CHORICERO.-(Saliendo de la casa) Guardad silencio, plegad los labios y absteneos de citar testigos; ciérrense las puertas de los tribunales, delicias de esta ciudad, y retumbe en todo el teatro un jubiloso himno que celebre nuestras nuevas prosperidades.

(50) Músico muy estimado por los atenienses.

EL CORIFEO.-¡ Oh, tú, luz de la Sagrada Atenas, protector de nuestras islas, ¿qué fausta nueva nos anuncias? ¿Qué dicha es esa que llenará nuestras plazas con el humo de los sacrificios?

EL CHORICERO.-He modificado la condición de Demos, convirtiéndole de patán en señor.

EL CORIFEO.-Y ahora, ¿dónde está? ¡Oh inventor de cambio tan prodigioso!

EL CHORICERO.-Habita en la antigua Atenas, coronado de violetas.

EL CORIFEO.-¿Cuándo le veremos? ¿Qué vestido tiene? ¿Cómo es ahora?

EL CHORICERO.-Es lo que era antes, cuando tenía por comensales a Milcíades y Arístides. Vais a verle, pues ya resuenan las puertas de los Propileos. Regocijaos; saludad con ruidosas aclamaciones a la admirable y celebrada Atenas; miradla qué bella parece, recobrado su antiguo esplendor, y habitada por el ilustre Demos.

Cambio de decoración. Aparecen los Propileos.

EL CORIFEO.-¡Oh brillante Atenas, coronada de violetas! muéstranos al monarca de esta tierra y de la Grecia entera.

EL CHORICERO.-Vedle con los cabellos adornados de cigarras, con su espléndido traje primitivo, oliendo a mirra y a paz, en vez de apestar a marisco.

EL CORIFEO.-Salud, rey de los Griegos; contigo nos congratulamos; sobre ti ha derramado la Fortuna dones dignos de esta ciudad y de los trofeos de Maraton.

DEMOS.-*(Que acaba de entrar, dirigiéndose al Choricero)* ¡Oh queridísimo amigo! Acércate Agorácrito. ¡Cuánto bien me ha traído tu preparado culinario!

EL CHORICERO.-¿Yo? Pero, buen hombre, aún no sabes lo que eras antes y lo que hacías; de otra suerte me creerías un dios.

DEMOS.-Pues ¿qué hice antes? Dime, ¿cómo era?

EL CHORICERO.-Ante todo, cuando un orador, en la Asamblea, se dirigía a ti en estos términos: “¡Oh, Demos! yo soy tu amigo, yo te amo de veras, yo soy el único que velo por tus intereses”, al punto te levantabas del asiento y te pavoneabas arrogante.

DEMOS.-¿Yo?

EL CHORICERO.-Y después de engañarte, se marchaba.

DEMOS.-¿Qué dices? ¿Eso hicieron conmigo, sin que yo lo advirtiera?

EL CHORICERO.-No es extraño; tus orejas se extendían unas veces y otras se plegaban como un quitasol.

DEMOS.-¿A tal extremo de chochez y de imbecilidad había yo llegado?

EL CHORICERO.-Además, si dos oradores trataban, uno de equipar las naves, y el otro de pagar a los jueces su salario, siempre se retiraba vencedor el que hablo de sueldo, y derrotado el que propuso armar la escuadra. Pero ¿qué haces? ¿Por qué bajas la vista? ¿No puedes estarte quieto?

DEMOS.-Me avergüenzo de mis pasadas culpas.

EL CHORICERO.-Pero no te aflijas; no es tuya la culpa, sino de los que te engañaron. Ahora contéstame: si algún charlatán de abogado te dice: “Jueces, no tendréis pan si no condenáis a este acusado”, ¿qué le harás?

DEMOS.-Lo levantaré en alto y lo arrojaré al Báratro, (51) colgándole del cuello a Hipérbolo.

EL CHORICERO.-Perfectamente: veo que en esto andas acertado y discreto. Pero, y los otros asuntos de la ciudad, ¿cómo los arreglarás?

DEMOS.-En cuanto lleguen al puerto los remeros de los navíos de guerra les pagaré integro su sueldo.

EL CHORICERO.-Muy amable para la multitud de pequeños traseros usados en el frote.

DEMOS.-Después mandaré que ningún ciudadano inscrito en la lista de los hoplitas (52) pueda pasar por recomendación a otro orden; cada cual estará en la lista donde se le apuntó al principio.

EL CHORICERO.-Eso va derecho contra el escudo de Cleónimo.

DEMOS.-Ningún mozalbete, frívolo y necio, podrá hablar en la Asamblea.

EL CHORICERO.-¿Y dónde perorarán Clístenes y Estratón?

DEMOS.-Me refiero a esos jovenzuelos que frecuentan las perfumerías y donde charlan así: “¡Qué docto es Feax! (53) ¡Cuán acertada ha sido su educación! Se apodera del ánimo de sus oyentes y los conduce a su fin; es sentencioso, sabio y muy diestro en mover las pasiones y en dominar un tumulto”.

EL CHORICERO.-¿No dejarás, pues, que te sigan engañando esos charlatanes?

DEMOS.-No, por cierto; a todos les obligaré a irse de caza, en vez de hacer decretos.

EL CHORICERO.-Con esta condición, toma esta silla y este robusto muchacho para que la lleve; si te agrada, puedes sentarte sobre él. (54)

DEMOS.-¡Qué felicidad recobrar mi antiguo estado!

EL CHORICERO.-Eso lo podrás decir cuando te entregue las treguas por treinta años. ¡Hola, Treguas (55), presentáos pronto!

DEMOS.-¡Por Zeus! ¡Qué hermosas son! Dime, por los dioses, ¿puede tratarse con ellas? ¿Dónde las encontraste?

EL CHORICERO.-El Paflagonio las tenía escondidas para que tú no las encontrases. Yo te las doy; vete al campo y llévatelas.

DEMOS.-¿Qué castigo vas a imponer a ese Paflagonio por su mala conducta?

EL CHORICERO.-Uno pequeño. No le impondré más que el de que ejerza mi antiguo oficio: vender chorizos en las puertas y picar carnes de perros y burros. Cuando se embriague, que riña con las prostitutas; y no beba más agua que la de las bañeras.

DEMOS.-Muy bien pensado; solo merece eso, pasarse el tiempo peleándose con las hetarias y los mozos de los balnearios. En recompensa te convido a venir al Pritáneo para que ocupes el puesto de ese bribón. Ponte la túnica verde y sígueme. En cuanto a ese individuo, que se lo lleven a donde ha de ejercer su oficio, para que sirva de espectáculo a los extranjeros a quienes tanto maltrataba.

(51) *Precipicio donde eran arrojados los criminales.*

(52) *Genero de tropas de la infantería ateniense.*

(53) *Orador disertado considerado como pederasta.*

(54) Casi todas estas palabras y las de las contestaciones siguientes tienen un doble sentido obsceno.

(55) Aristófanes personifica aquí a las Treguas.

Las nubes

Aristófanes

Personajes

ESTREPSÍADES, agricultor ateniense.

FIDÍPIDES, su hijo.

UN ESCLAVO DE ESTREPSÍADES.

UN DISCIPULO DE SOCRATES.

SÓCRATES, el filósofo.

EL CORO DE NUBES, en figura de mujeres.

EL ARGUMENTO MEJOR, representado como un hombre mayor de porte antiguo.

EL ARGUMENTO PEOR, un joven con atuendo moderno.

EL ACREEDOR 1

EL ACREEDOR 2

QUEROFONTE, discípulo de Sócrates.

PERSONAJES MUDOS: Discípulos de Sócrates; Testigos del Acreedor 1º; Jantias, esclavo de ESTREPSÍADES; otros esclavos.

Primer acto

Hay dos casas, una grande, que pertenece a ESTREPSÍADES y otra pequeña, en la que viven SÓCRATES y sus discípulos. Ante la casa de ESTREPSÍADES, en primer plano, se simula un interior. Es todavía de noche. Ocupan sendas camas ESTREPSÍADES y su hijo FIDÍPIDES. El padre da vueltas en la cama y acaba por levantarse.

ESTREPSÍADES. ¡Ay, ay, Zeus soberano!, ¡qué larga es la noche! Es interminable. ¿Nunca se hará de día? La verdad es que he oído hace un rato cantar al gallo, pero los esclavos aún están roncando. Antes no hubiera pasado esto. ¡Maldita seas, guerra, maldita por tantas y tantas cosas, cuando ya ni siquiera puedo castigar a los esclavos!

Tampoco el chico este se despierta en toda la noche. ¡Mira cómo se tira pedos bien envuelto con cinco mantas! En fin, si os parece, vamos a roncar bien tapados. *(Se acuesta y se tapa.)* Nada, no puedo dormir, ¡pobre de mí!, mordido como estoy por los gastos, los pesebres y las deudas, por culpa de este hijo. Él, con su pelo largo, monta, guía el carro y sueña, todo con caballos. En cambio yo estoy hecho polvo cuando veo que la luna me trae otra vez el día veinte del mes, pues los intereses se acumulan .

(Hacia la casa.)

Chico, coge el candil y saca los apuntes de mis cuentas, para que mire a quién le debo dinero y calcule los intereses.

(Un esclavo trae un candil y las tablillas con las cuentas.)

A ver qué debo. «Doce minas a Parias». ¿De qué, doce minas a Parias? ¿Por qué se las pedí prestadas? Ya está: cuando compré el caballo señalado con la «coppa». ¡Pobre de mí!, ¡ojalá me hubiera señalado antes el ojo con una piedra!

FIDÍPIDES. *(Dormido.)*

Filón, estás haciendo trampa. Ve por tu calle.

ESTREPSÍADES. Ésa, ésa es la desdicha que me tiene hecho polvo: hasta dormido sueña con los caballos.

FIDÍPIDES. *(Dormido.)*

¿Cuántas vueltas a la pista van a dar los carros de guerra? .

ESTREPSÍADES. ¡Tú sí que me haces dar muchas vueltas a mí, a tu padre! Después de Parias, ¿en qué deuda me metí? «Tres minas por un carro pequeño y un par de ruedas a Aminias.»

FIDÍPIDES. *(Dormido.)*

Haz que el caballo se revuelque y luego llévatelo al establo.

ESTREPSÍADES. ¡Ay, amigo!, ¡a mí sí que me has revolcado... fuera de mi dinero: ya he perdido varios pleitos y otros acreedores dicen que me van a embargar por los intereses!

FIDÍPIDES. *(Despierto.)*

A ver, padre; ¿por qué te pones de mal humor y andas dando vueltas toda la noche?

ESTREPSÍADES. Me está picando entre las mantas... un demarco .

FIDÍPIDES. ¡Déjame dormir un poco, hombre!

(Se tapa otra vez y sigue durmiendo.)

ESTREPSÍADES. ¡Por mí, duerme! Pero para que te enteres: todas estas deudas serán tu problema. ¡Ay, ojalá hubiera reventado la casamentera que me empujó a casarme con tu madre! Yo llevaba una vida de agricultor muy agradable: sucio y mugriento, tumbado a la bartola, con un montón de rebaños, de miel de abejas y de aceitunas prensadas.

Pero me fui a casar con la sobrina de Megacles, hijo de Megacles, yo, un campesino, con una de ciudad: una señoritinga loca por el lujo, del estilo de Cesira. el día que me casé con ella, yo, acostado a su lado, olía a vino nuevo, a higos secos, a copos de lana y a abundancia, pero ella olía a perfume, a azafrán, a morreos, a despilfarro, a glotonería, a Afrodita Colíade y a Genetilide. Sin embargo, no diré que era una vaga, que ella tejía y tejía, así que yo le mostraba esta capa

(señala su capa)

tomándola como excusa para decirle: «Mujer, tejes demasiado apretado» .

ESCLAVO. *(El candil se apaga.)*

No nos queda aceite en el candil.

ESTREPSÍADES. ¡Rayos! ¿Por qué me encendiste el candil que chupa tanto? Ven aquí, que me las vas a pagar.

ESCLAVO. ¿Por qué te las voy a pagar?

ESTREPSÍADES. Porque le metiste una mecha de las más gruesas.

(El ESCLAVO se va.)

Más adelante, cuando nos nació este hijo, a mí y a la buena de mi mujer, nos empezamos a pelear por el nombre. Ella quería añadir «ipo» al nombre: Jantipo, Queripo o Calipides, mientras que yo quería ponerle Fidónides, por su abuelo. Pasaba el tiempo mientras tratábamos de decidirlo y, al fin, llegamos a un acuerdo y le pusimos FIDÍPIDES. Ella cogía a este tipo y le decía cariñosamente: «Cuando tú seas mayor y conduzcas la carroza hacia la Acrópolis como Megacles, con la túnica de lujo... ».

Yo, en cambio, le decía: «Más bien cuando traigas las cabras desde el Roquedal, como tu padre, vestido con la pelliza». Pero él no me hacía ni pizca de caso y así hizo que cayera sobre mis bienes una peste caballar . Llevo toda la noche pensando cómo salir de esto y, por fin, ahora acabo de encontrar un camino totalmente excepcional; si consigo convencerlo de que lo siga, me verá a salvo. Bueno, en primer lugar quiero despertarlo. ¿Cómo podría yo despertarlo suavemente?, a ver, ¿cómo? ¡Fidípides, Fidipidito!

FIDÍPIDES. ¿Qué pasa, padre?

ESTREPSÍADES. Bésame y dame tu mano derecha

FIDÍPIDES. *(Se incorpora y le alarga la mano.)*

Aquí la tienes. ¿Qué pasa?

(Las camas son retiradas del escenario.)

ESTREPSÍADES. Dime, ¿tú me quieres?

FIDÍPIDES. Sí, ¡por Posidón Hípico, aquí presente! (

Señala una estatua.)

ESTREPSÍADES. No, no por el Hípico, ni hablar, que ese dios es el culpable de mis desgracias. Pues si me quieres de verdad, de corazón, obedéceme, hijo.

FIDÍPIDES. ¿Y en qué tengo que obedecerte?

ESTREPSÍADES. Cambia de un plumazo tu estilo de vida y vete a aprender lo que yo te diga.

FIDÍPIDES. A ver, dime, ¿qué me mandas?

ESTREPSÍADES. ¿Me vas a hacer caso?

FIDÍPIDES. Te haré caso, ¡por Dioniso!

ESTREPSÍADES. Bien, pues mira aquí. ¿Ves esa puertecita y esa casita?

(Señala la casa de SÓCRATES.)

FIDÍPIDES. Sí. ¿Qué es eso en realidad, padre?

ESTREPSÍADES. Eso es el «caviladero» de los espíritus selectos. Ahí viven unos hombres que, al hablar del cielo, tratan de convencerte de que es una tapadera de horno, y de que está alrededor de nosotros, que somos los carbones. Si se les paga, ellos te enseñan a ganar pleiteando todas las causas, las justas y las injustas.

FIDÍPIDES. ¿Y quiénes son?

ESTREPSÍADES. No sé exactamente el nombre. Son «cavilopensadores», gente bien.

FIDÍPIDES. Bah, unos hijos de perra. Ya sé yo: te refieres a esos fantasmones, paliduchos y descalzos, entre los que están el desgraciado de Sócrates y Querefonte.

ESTREPSÍADES. Eh, eh, cállate. No digas niñerías. Si algo te importan los garbanzos de tu padre, hazte de su grupo, por favor, y manda los caballos a paseo.

FIDÍPIDES. Ni hablar, ¡por Dioniso!, ni aunque me dieras los faisanes que cría Leógoras

ESTREPSÍADES. Anda, ve, te lo pido por favor, hijo de mi alma; ve a que te enseñen.

FIDÍPIDES. ¿Y qué quieres que aprenda?

ESTREPSÍADES. Dicen que con ellos están los dos Argumentos, el Mejor, sea como sea, y el Peor. De esos dos Argumentos, dicen que el Peor gana los pleitos defendiendo las causas injustas. Así que, si me aprendes ese Argumento injusto, de lo que ahora debo por tu culpa, de todas esas deudas, no tendría que devolver ni un óbolo a nadie.

FIDÍPIDES. No te puedo obedecer, que ni me atrevería a mirar a la cara a los caballeros estando tan descolorido.

ESTREPSÍADES. ¡Por Deméter! Que conste que de lo mío no vas a probar bocado, ni tú, ni el caballo del tiro, ni el marcado con la s. Te echaré de casa, ¡a hacer puñetas!

FIDÍPIDES. Pues mi tío Megacles no va a consentir que yo me quede sin caballos. Hala, me voy adentro, y a ti, ¡ni caso!

(Entra en su casa.)

ESTREPSÍADES. Pues yo, desde luego, no voy a quedarme así, hecho polvo. Voy a encomendarme a los dioses e iré yo en persona al caviladero para que me enseñen. Pero a mí, con lo viejo, lo olvidadizo y lo burro que soy, ¿cómo me van a entrar esas exquisiteces y esas finuras de argumentos? No tengo más remedio que ir. ¿Por qué ando perdiendo el tiempo con estas cosas en vez de llamar a la puerta?

(Llama a la puerta del caviladero.) ¡Chico, chico!

DISCÍPULO. *(Abriendo la puerta.)*

¡Al cuerno! ¿Quién llama a la puerta?

ESTREPSÍADES. Estrepsíades, hijo de Fidón, de Cicina.

DISCÍPULO. ¡Un patán, por Zeus!: le has pegado una patada a la puerta de una forma tan increíble que has hecho abortar una idea recién inventada.

ESTREPSÍADES. Perdona, es que yo vivo lejos, en el campo. Anda, dime la idea abortada.

DISCÍPULO. No se nos permite decirla a los que no sean discípulos.

ESTREPSÍADES. Entonces, dímela con toda confianza, que yo, aquí donde me ves, vengo al caviladero para ser discípulo.

DISCÍPULO. Te lo voy a decir, pero hay que considerar estas cosas como misterios. Hace un momento preguntaba Sócrates a Querefonte cuántas veces podría saltar una pulga la longitud de sus pies, pues una mordió la ceja de Querefonte y luego saltó a la cabeza de Sócrates.

ESTREPSÍADES. ¿Y cómo consiguió medirlo?

DISCÍPULO. De una forma muy astuta. Fundió cera; después cogió la pulga y le sumergió los dos pies en la cera; cuando la pulga se enfrió, se le habían formado unas zapatillas persas; se las quitó, y medía con ellas la distancia.

ESTREPSÍADES. ¡Zeus soberano!, ¡qué finura de mente!

DISCÍPULO. ¿Pues qué dirías si te enteraras de este otro pensamiento de Sócrates?

ESTREPSÍADES. ¿Cuál? Por favor, cuéntamelo.

DISCÍPULO. Le preguntaba Querefonte de Esfeto si, en su opinión, los mosquitos cantan por la boca o por el culo.

ESTREPSÍADES. ¿Y qué dijo él sobre el mosquito?

DISCÍPULO. Decía que el intestino del mosquito es estrecho, y que por ser un conducto delgado el aire pasa por él con fuerza directamente hasta el culo. Después, como el ano

resulta ser un espacio hueco junto a un conducto estrecho, hace ruido por la fuerza del aire.

ESTREPSÍADES. Así que el ano de los mosquitos es una trompeta. ¡Tres vivas por esta investigación intestinal! Seguro que si lo acusaran saldría absuelto fácilmente el que conoce tan bien el intestino del mosquito.

DISCÍPULO. Pues hace un par de días se vio privado de un gran pensamiento por una salamanquesa.

ESTREPSÍADES. ¿De qué modo? Cuéntamelo.

DISCÍPULO. Investigaba el curso y los desplazamientos de la luna, y al estar con la boca abierta mirando hacia arriba como era de noche, un gecko le cagó desde el alero.

ESTREPSÍADES. ¡Qué gracioso el gecko ese que le cagó encima a Sócrates!

DISCÍPULO. Pues ayer por la noche no teníamos cena.

ESTREPSÍADES. ¡Ajá! y, ¿cómo se las ingenió para conseguir los garbanzos?

DISCÍPULO. Espolvoreó la mesa con una capa fina de ceniza, curvó un asador, lo usó como compás y... robó un manto del gimnasio .

ESTREPSÍADES. Entonces, ¿por qué seguimos admirando a aquel Tales? Abre, abre el caviladero, termina ya, y enséñame a Sócrates lo más aprisa que puedas, que quiero ser su discípulo. ¡Venga, abre la puerta!

(El DISCÍPULO abre la puerta. La máquina escénica trae al escenario a varios grupos de discípulos.)

¡Heracles!, ¿de dónde han salido estos animales?

DISCÍPULO. ¿Por qué te asombras? ¿A qué crees que se parecen?

ESTREPSÍADES. A los laconios capturados en *Pilos* , pero, ¿por qué razón están mirando al suelo esos de *ahí*?

(Señala a un grupo de discípulos.)

DISCÍPULO. Investigan lo que hay bajo tierra.

ESTREPSÍADES. Entonces buscan cebollas . No os preocupéis *(al grupo)* más por eso, que yo sé dónde las hay grandes y hermosas. ¿Y qué están haciendo esos otros, los que están tan encorvados?

(Señala otro grupo.)

DISCÍPULO. Ésos escrutan las tinieblas que hay más allá del Tártaro .

ESTREPSÍADES. ¿Y por qué su culo mira al cielo?

DISCÍPULO. Está aprendiendo astronomía por su cuenta.

(A los discípulos que están fuera de la casa.)

Venga, entrad, no sea que él os pille fuera.

ESTREPSÍADES. Aún no, aún no; que se queden, que quiero ponerlos al corriente de un

asuntillo mío.

DISCÍPULO. Es que no les está permitido pasar demasiado tiempo fuera al aire libre. *(Los discípulos mencionados entran en el caviladero.)*

ESTREPSÍADES.

(Va señalando algunos objetos.)

¡Por los dioses!, ¿qué es esto? Dime.

DISCÍPULO. Esto de aquí es astronomía.

ESTREPSÍADES. Yeso otro, ¿qué es?

DISCÍPULO. Es geometría.

ESTREPSÍADES. Y, ¿para qué sirve?

DISCÍPULO. Para medir la tierra.

ESTREPSÍADES. ¿La que se adjudica en parcelas? .

DISCÍPULO. No, toda la tierra.

ESTREPSÍADES. ¡Qué cosa más buena! Esa idea es democrática y útil.

DISCÍPULO. Yéste es un mapa de toda la tierra. ¿Ves? Aquí está Atenas.

ESTREPSÍADES. ¿Qué dices? No lo creo, porque no veo a los jueces en sesión.

DISCÍPULO. Puedes estar seguro de que este territorio es el Ática.

ESTREPSÍADES. ¿Y dónde están los de Cicina, mis vecinos?

DISCÍPULO. Están justamente aquí.

(Señalando la zona en el mapa.)

Y ésta, como ves, es Eubea, *situada* a lo largo del continente un buen trecho.

ESTREPSÍADES. Lo sé bien, pues la *situamos* fuera de juego nosotros con Pericles . Pero ¿dónde está Lacedemonia?.

DISCÍPULO. ¿Que dónde está? Ahí la tienes.

(Señalando.)

ESTREPSÍADES. ¡Qué cerca de nosotros! Planteaos de nuevo esto: apartarla de nosotros todo lo posible.

DISCÍPULO. No se puede.

ESTREPSÍADES. ¡Por Zeus! Ospesará entonces.

(SÓCRATES aparece en un cesto colgado del techo mediante una grúa.)

¡Anda! y ¿quién es ese hombre que está en la cuerda colgada del gancho?

DISCÍPULO. Es él.

ESTREPSÍADES. ¿El, quién?

DISCÍPULO. Sócrates.

ESTREPSÍADES. ¡Sócrates! Anda, llámamelo bien fuerte.

DISCÍPULO. Llámalo tú mismo, que yo no tengo tiempo.

(Entra en la casa.)

ESTREPSÍADES. ¡Sócrates, Socratillo!

SÓCRATES. ¿Por qué me llamas, efímera criatura?

ESTREPSÍADES. En primer lugar, dime qué haces, por favor.

SÓCRATES. Camino por los aires y paso revista al sol .

ESTREPSÍADES. ¿Así que «pasas» de los dioses desde un cesto en vez desde el suelo, si eso es lo que haces?

SÓCRATES. Nunca habría yo llegado a desentrañar los fenómenos celestes si no hubiera suspendido mi inteligencia y hubiera mezclado mi sutil pensamiento con el aire semejante a él. Si yo, estando en el suelo, hubiera examinado desde abajo las regiones de arriba, nunca habría desentrañado nada. Seguro, porque la tierra arrastra hacia así la sustancia del pensamiento. Eso mismo les pasa también a los berros.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo dices? ¿El pensamiento arrastra la sustancia hacia los berros? Anda, baja hasta mí, Socratillo, para que me enseñes las cosas por las que he venido.

SÓCRATES. *(Descendiendo del cesto.)*

Y, ¿para qué has venido?

ESTREPSÍADES. Quiero aprender a discursar, pues por culpa de los intereses y de los acreedores mal dispuestos, me veo despojado y saqueado: tengo todo embargado.

SÓCRATES. ¿Y cómo es que te has endeudado sin enterarte?

ESTREPSÍADES. Me hizo polvo una enfermedad hípica, que consume muchísimo. Pero anda, enséñame uno de tus dos Argumentos, aquél que no paga nada. Y cualquiera que sea la remuneración que me pidas, juraré por los dioses pagártela puntualmente.

SÓCRATES. ¿Que vas a jurar por los dioses? Para empezar, los dioses no son de curso legal entre nosotros.

ESTREPSÍADES. Entonces, ¿por qué cosa juráis? ¿Por unas monedas de hierro, como en Bizancio?

SÓCRATES. ¿Quieres saber con claridad en qué consiste exactamente lo divino?

ESTREPSÍADES. Sí, por Zeus, si puede ser.

SÓCRATES. ¿Y entablar diálogo con las Nubes, nuestras divinidades?

ESTREPSÍADES. Sí, sí.

SÓCRATES. Pues siéntate en el jergón sagrado.

(Señala un humilde jergón.)

ESTREPSÍADES. Vale, ya me siento.

SÓCRATES. Ahora coge esta corona.

(Le da una corona.)

ESTREPSÍADES. ¿Una corona para qué? ¡Pobre de mí!, no me sacrificuéis como a Atamante, Sócrates.

SÓCRATES. No; es que esto se lo hacemos a todos los que se inician.

ESTREPSÍADES. ¿Y qué voy a sacar yo en limpio?

SÓCRATES. En discursar te convertirás en un experto, en unas castañuelas, en harina de la más fina. ¡Pero estáte quieto!

(Lo espolvorea con harina muy molida.)

ESTREPSÍADES. ¡Por Zeus!, no me vas a tomar el pelo, que espolvoreado de esta manera me voy a convertir de verdad en harina.

SÓCRATES. Es preciso que el anciano guarde un silencio reverente y preste oídos a la plegaria. ¡Oh Rey soberano, inconmensurable Aire, que sostienes la tierra en el espacio, y tú, Éter brillante, y vosotras, Nubes, veneradas diosas del trueno y el rayo, levantaos, oh señoras, apareceos en las alturas al hombre que cavila!

ESTREPSÍADES. *(Mientras se tapa con la capa.)*

Aún no, aún no, hasta que me eche por encima ésta, no me vayan a mojar. ¡Si seré imbécil que he salido de casa sin llevar ni siquiera la gorra!

SOCRATES. Así pues, ¡oh Nubes muy venerables!, venid a mostraros a este hombre, ya sea que os encontréis en las sagradas cimas del Olimpo, batidas por la nieve, ya sea que con las Ninfas forméis un coro sagrado en los jardines de vuestro padre Océano, ya sea que con áureos jarros extraigáis agua en las bocas del Nilo, ya sea que habitéis en el lago Meotis o en la cima nevada del Mimante. Prestadme oídos aceptando el sacrificio y alegrándoos con los sagrados ritos.

(Comienza a oírse el canto del coro de nubes, sin que se haga visible. Al mismo tiempo se oyen truenos.)

CORO.

*Nubes imperecederas,
alcémonos, visibles en nuestra brillante apariencia húmeda,
desde nuestro padre Océano, de profundo estruendo,
hasta las cimas de altísimos montes
cubiertas de árboles, para que
contemplemos las atalayas que se divisan a lo lejos,
los frutos y la sagrada tierra bien regada,
el cadencioso martillo de los divinos ríos,*

*y el mar que con sordo fragor resuena;
pues el ojo incansable del Éter resplandece
con sus brillantes rayos.*

*Ea, sacudamos de nuestra forma inmortal
la lluviosa niebla, y contemplemos,
con mirada que mucho abarca, la tierra.*

SÓCRATES. Oh muy venerables Nubes, está claro que habéis escuchado mi llamada.

(A Estrepsíades.)

¿Has oído su voz y el rugido del divino trueno que inspira temor?

ESTREPSÍADES. Sí, y os adoro, ¡oh muy honorables!, y quiero tirarme pedos en respuesta a los truenos, de tanto que me asusto y tiemblo ante ellos. Y si es lícito, ahora mismo ya -y aunque no sea lícito también- voy a cagar.

SÓCRATES. Déjate de bromas y no hagas lo que esos malditos comediantes; estáte quieto y callado, pues un nutrido enjambre de diosas se aproxima cantando.

CORO. (No visible aún.)

*Doncellas portadoras de la lluvia,
vayamos a la espléndida tierra de Palas, para contemplar
el muy deseable país de Cécrope, rico en hombres
valerosos;
lugar sagrado de ritos indecibles, donde
un santuario que acoge a los iniciados
abre sus puertas en los Sagrados Misterios.
Allí se brindan presentes a los dioses celestiales,
templos hay de elevado techo, estatuas,
procesiones sacratísimas de los bienaventurados,
sacrificios y fiestas a los dioses, con ornamento de coronas,
en las estaciones más diversas,
y al llegar la primavera, el don de Bromio:
la porfía de los coros melodiosos
y la música de las flautas de grave sonido.*

ESTREPSÍADES. Por Zeus te lo pido, Sócrates, dime quiénes son las que entonan ese canto tan solemne. ¿No son alguna clase de heroínas, verdad?

SÓCRATES. Nada de eso. Son las Nubes celestiales, grandes diosas para los hombres inactivos, que nos facilitan el pensamiento, la dialéctica, la inteligencia, la expresión de invenciones novedosas, el circunloquio, el desconcertar al auditorio y el tenerlo a raya

ESTREPSÍADES. Entonces, por eso, al oírlas, mi alma ha remontado el vuelo y está deseando ya hablar sutilmente y decir finuras sobre el humo, rebatir una sentencia con una sentencilla sutil y oponerse a un argumento con el argumento contrario. Así que, si puede ser, quiero verlas ya a las claras.

SÓCRATES. Pues mira por este lado, en dirección al monte Parnes, que ya las diviso descendiendo lentamente.

ESTREPSÍADES. A ver, ¿por dónde? Señálamelo.

SÓCRATES. Por ahí

(Señalando a un lado)

viene un gran número de ellas atravesando navas y bosques, por ahí, por ese lado.

ESTREPSÍADES. *(Mirando en la dirección indicada.)*

¿Qué, qué? Yo no las veo.

SÓCRATES. Allí, junto a la entrada lateral.

ESTREPSÍADES. Sí, ahora ya, por donde dices, empiezo a verlas.

(Entra el coro de nubes, representadas por mujeres.)

SÓCRATES. Ahora ya no tienes más remedio que verlas, a no ser que tengas unas legañas tan grandes como calabazas.

ESTREPSÍADES. Sí, por Zeus. ¡Oh venerables! Ya ocupan todo.

SÓCRATES. ¿Y la verdad es que no sabías que son diosas, ni creías en ellas?

ESTREPSÍADES. Desde luego que no, por Zeus. Yo las tomaba por niebla, rocío y vapor.

SÓCRATES. Por Zeus, es que no sabes que ellas apacientan a muchísimos «listillos», adivinos de Turios, profesores de medicina, gandules melenudos con sellos de ónice. Y a los moduladores de canciones de los coros ditirámicos, embaucadores aéreos, a esos seres ociosos que nada hacen, los apacientan porque componen poesías para ellas.

ESTREPSÍADES. Entonces por eso componen aquello de «ímpetu destructor de las húmedas nubes que culebrea resplandeciente», «mechones de Tifón» «de cien cabezas», «tempestades de violento fuelle» y también «aéreos seres húmedos, aves de curvas garras que se mecen en el aire» y «aguaceros de las nubes llenas de rocío», y como recompensa por ello engullen filetes de opíparos y sabrosos mújeles, y «pajariles» carnes de zorzal.

SÓCRATES. Sí, por causa de ellas. Y con razón, ¿no?

ESTREPSÍADES. A ver, dime: si de verdad son nubes, ¿qué les ha pasado, que parecen mujeres mortales? Porque aquéllas de allí

(Señala al cielo)

no son así.

SÓCRATES. Bueno, pues, ¿cómo son?

ESTREPSÍADES. No lo sé bien, pero se parecen a copos de lana esponjados y no a mujeres, ¡por Zeus!; eso, ni una pizca. En cambio, éstas de aquí tienen nariz.

SÓCRATES. A ver, contéstame a lo que voy a preguntarte.

ESTREPSÍADES. Di lo que quieras, sin más.

SÓCRATES. Alguna vez, al mirar para arriba, ¿has visto una nube parecida a un centauro, a un leopardo, a un lobo o a un toro?

ESTREPSÍADES. Sí, por Zeus. Y eso, ¿qué?

SÓCRATES. Se convierten en todo lo que quieren. Así que si ven a un melencólico, un bruto de esos muy velludos, como el hijo de Jenofanto, para burlarse de su pasión adoptan la forma de centauros.

ESTREPSÍADES. Y si ven a un ladrón del erario público, a Simón, ¿qué hacen?

SÓCRATES. Para proclamar su condición se convierten de golpe y porrazo en lobos.

ESTREPSÍADES. Claro, por eso ayer, al ver ellas a Cleónimo el arrojaescudos, como le echaron la vista encima a un tío tan cobarde, se convirtieron en ciervos.

SÓCRATES. Y ahora, como han visto a Clístenes, ¿ves tú?, por eso se han convertido en mujeres.

ESTREPSÍADES.

(Al CORO.)

¡Bienvenidas, entonces, señoras! Y ahora, si alguna vez lo hicisteis para otro, reinas todopoderosas, emitid también para mí vuestra voz tan descomunal como el propio cielo.

CORO. ¡Salud, anciano cargado de años, cazador de palabras artísticas!, y tú

(A SÓCRATES),

¡sacerdote de las naderías más sutiles!, explícanos lo que quieres. Pues a ningún otro de los eruditos de hoy en día en temas celestes atenderíamos, excepto a Pródico: a él, por su sabiduría y su inteligencia, y a ti, porque caminas con paso arrogante por las calles, lanzas miradas de reojo, soportas descalzo muchas cosas desagradables y presumes a costa nuestra.

ESTREPSÍADES. ¡Oh Tierra, qué voz!, ¡qué sagrada, venerable y portentosa!

SÓCRATES. Es que verdaderamente éstas son las únicas diosas. Todo lo demás son

pamplinas.

ESTREPSÍADES. Pero Zeus, según vosotros, a ver, por la Tierra. ¿Zeus Olímpico, no es un dios?

SÓCRATES. ¿Qué Zeus? No digas tonterías. Zeus ni siquiera existe.

ESTREPSÍADES. Pero, ¿tú qué dices? Pues, ¿quién hace llover? Esto, acláramelo antes de nada.

SÓCRATES. ¡Ésas, claro! Y te lo demostraré con pruebas de gran peso. A ver: ¿dónde has visto tú que alguna vez llueva sin nubes? Sin embargo, lo que tendría que ser es que él hiciera llover con el cielo despejado y que éstas estuvieran ausentes.

ESTREPSÍADES. ¡Por Apollo!, con lo que acabas de decir le has dado un buen apoyo al asunto éste. Y la cosa es que yo antes creía a pies juntillas que Zeus orinaba a través de una criba. Pero explícame quién es el que produce los truenos, eso que me hace a mí temblar de miedo.

SÓCRATES. Éstas producen los truenos al ser empujadas por todas partes.

ESTREPSÍADES. A ver, a ti que no se te pone nada por delante: ¿cómo?

SÓCRATES. Cuando se saturan de agua y por necesidad son forzadas a moverse, como están llenas de lluvia necesariamente son impulsadas hacia abajo; entonces, chocan unas contra otras y, como pesan mucho, se rompen con gran estrépito.

ESTREPSÍADES. Pero el que las obliga a moverse, ¿quién es? ¿No es Zeus?

SÓCRATES. Ni mucho menos; es un torbellino etéreo.

ESTREPSÍADES. ¿Torbellino? No me había dado cuenta de eso, de que Zeus no existe y de que en su lugar reina ahora Torbellinos. Pero aún no me has explicado nada del estruendo y del trueno.

SÓCRATES. ¿No me has oído? Las nubes, al estar llenas de agua, te digo que chocan unas con otras y hacen ruido porque son muy densas.

ESTREPSÍADES. Vamos a ver: eso, ¿quién se lo va a creer?

SÓCRATES. Te lo voy a explicar poniéndote a ti como ejemplo. En las Panateneas, cuando ya estás harto de sopa de carne, ¿no se te revuelven las tripas y de pronto se produce un movimiento en ellas que empieza a producir borborismos?

ESTREPSÍADES. Sí, por Apollo, y al momento provoca un jaleo horrible y un alboroto; y la dichosa sopa produce un ruido y un estruendo tremendo, como un trueno; primero flojito, «papax, papax», después más fuerte «papapapax», y cuando cago, talmente un trueno, «pa papapax», como hacen ellas.

SÓCRATES. Pues fíjate qué pedos tan grandes han salido de ese vientre tan pequeño. Y el aire éste, que es infini to, ¿cómo no va a ser natural que produzca truenos tan grandes?

ESTREPSÍADES. Por eso incluso los nombres de las dos cosas, «trueno» y «pedo», son parecidos. Otra cosa: el rayo con su fuego brillante, ¿de dónde viene -explícamelo-, el rayo que, cuando nos atiza, a unos los achicharra, y a otros los chamusca dejándolos vivos? Pues está claro que Zeus lo lanza sobre los perjuros.

SÓCRATES. Tú, ¡imbécil, chapado a la antigua, que hueles a tiempos de Crono!, ¿cómo es que, si fulmina a los perjuros, no abrasó a Simón, a Cleónimo ni a Teoro?, y desde luego que son perjuros. Sin embargo, fulmina su propio templo, y Sunio, «promontorio de Atenas», y las grandes encinas: y eso, ¿por qué? Pues claro está que la encina no es perjura.

ESTREPSÍADES. No sé. Pero lo que dices tiene visos de verdad. Bueno, pues ¿qué es exactamente el rayo?

SÓCRATES. Cuando un viento seco al elevarse queda encerrado en las nubes, las infla desde dentro como a una vejiga, y después necesariamente las rompe, y sale disparado violentamente por causa de la densidad, y por el roce y el ímpetu del movimiento se incendia a sí mismo.

ESTREPSÍADES. Por Zeus, a mí una vez me pasó exactamente lo mismo en las Diasias. Yo estaba asando un estómago para mis parientes, pero, por descuido no lo rajé. Entonces se fue hinchando, y después, de golpe, explotó, llenándome de mierda los ojos y quemándome la cara.

CORIFEO. ¡Humano que deseas de nosotras la elevada sabiduría!, ¡qué dichoso llegarás a ser entre los atenienses y entre los griegos todos!: si tienes buena memoria, eres capaz de pensar, y en tu alma reside la fortaleza; si no te fatigas al estar de pie ni al caminar, si no te molesta en exceso pasar frío ni estás demasiado ansioso por el de sayuno, si prescindes del vino de los ejercicios gimnásticos y de los demás disparates, y si consideras que lo mejor es lo que cuadra a un hombre inteligente vencer en la actuación y en la deliberación, así como en las porfías de la lengua.

ESTREPSÍADES. Pues lo que es por tener un alma dura, un pensamiento que se mantiene despierto en la cama, y un estómago ahorrador, hecho a las privaciones y que se apañe con ajedrea a la hora de la comida, descuida, por todo ello yo podría sin miedo ofrecerme para servirte de yunque.

SÓCRATES. ¿Así que desde luego ya no considerarás dios a ningún otro que a los que nosotros consideramos: el Vacío que nos rodea, las Nubes y la Lengua, esos tres?

ESTREPSÍADES. Ni siquiera hablaría con los demás dioses ni lo más mínimo, aunque me topara con ellos; ni les haría sacrificios, ni vertería libaciones, ni pondría incienso en sus altares.

CORIFEO. Así pues, dinos, sin miedo, qué hemos de hacer por ti. Pues no dejarás de conseguirlo en caso de que nos respetes y nos veneres, y al mismo tiempo trates de ser avisado.

ESTREPSÍADES. Señoras, os pido entonces esta insignificancia: que yo sea, por cien estadios de distancia, el que mejor discurree de todos los griegos.

CORIFEO. Pues eso lo obtendrás de nosotras, hasta tal punto que, de cara al futuro y desde este mismo momento, nadie en la Asamblea hará prosperar mayor número de mociones que tú

ESTREPSÍADES. No hagáis que proponga mociones importantes, que no quiero eso; quiero solamente volver la justicia en mi provecho y escurrirme de mis acreedores.

CORIFEO. Entonces conseguirás lo que deseas, pues tus aspiraciones no son grandes. Ea, ponte sin miedo en manos de nuestros ministros.

ESTREPSÍADES. Tal haré, confiando en vosotras, pues la necesidad me apremia por culpa de los caballos marcados con la «coppa» y del matrimonio que me hizo polvo. Así pues, ahora, para todo lo que quieran hacerme, les entrego a ellos este cuerpo mío, para recibir golpes, pasar hambre, sed, estar roñoso, sufrir un frío terrible o ser desollado para convertirme en odre; todo, siempre que yo me vea libre de las deudas, y a los hombres dé la impresión de ser osado, hábil de lengua, atrevido, caradura, repugnante, urdidor de mentiras, de palabra pronta, muy ducho en pleitos, un código de leyes ambulante, una castañuela, un zorro, el ojo de una aguja, un tipo flexible como el cuero, un hipócrita, un tío pegajoso, un farsante, un bribón que merece pálos, un hijo de perra, un tipo retorcido, un incordio, un hombre al que no se le escapa nada. Si me han de llamar esas cosas los que se topen conmigo, hagan de mí estos ministros todo lo que gusten. Y si quieren, por Deméter, que me sirvan convertido en salchichas a los caviladores.

CORO.

*El temple arrogante de este individuo no está falto
de audacia, sino dispuesto a todo.*

(A ESTREPSÍADES.)

*Ten por seguro que si aprendes de mí
estas cosas, una fama que llegará al cielo
tendrás entre los mortales.*

ESTREPSÍADES. ¿Qué me pasará?

CORO.

*Junto a mí llevarás, para siempre,
la existencia más envidiable de todas.*

ESTREPSÍADES. ¿Acaso entonces yo he de ver con eso algún día?

CORO.

*Sí, tanto que a tu puerta se sentará siempre mucha gente, deseosa de comunicarse contigo
y entablar diálogo para consultarte asuntos y pleitos de muchos talentos, materias dignas
de tu caletre.*

CORIFEO. (A SÓCRATES.)

Tú trata de impartir al viejo las enseñanzas previas que tengas intención de darle; agita su mente y pon a prueba su inteligencia.

SÓCRATES. (A ESTREPSÍADES.)

A ver, tú, descríbeme tu carácter, para que, conociendo cómo es, sobre esa base pueda yo aplicar contra ti nuevos ingenios.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo? Por los dioses; ¿es que intentas sitiarme?

SÓCRATES. No, lo que quiero es enterarme de algunos detalles sobre tu persona, como, por ejemplo, si tienes buena memoria.

ESTREPSÍADES. Se comporta de dos maneras, por Zeus. Cuando se me debe algo tengo muy buena memoria, pero cuando yo, pobre de mí, soy el deudor, me vuelvo muy olvidadizo.

SÓCRATES. A ver, ¿tienes dotes para discursar?

ESTREPSÍADES. Para discursar, no; pero para estafar, sí.

SÓCRATES. Pues así, ¿cómo podrás aprender?

ESTREPSÍADES. Descuida, lo haré bien.

SÓCRATES. Pues ándate listo para que cuando yo lance algunas enseñanzas sabias sobre las cosas celestes, tú las cojas al vuelo.

ESTREPSÍADES. Pero, ¿cómo? ¿Tengo que comerme la sabiduría como un perro?

SÓCRATES. Este hombre es un ignorante y un bárbaro. Anciano, me temo que necesita unos palos. A ver ¿qué haces si alguien te pega?

ESTREPSÍADES. Recibo los golpes, y, después, espero un poco y reúno testigos; después otra vez dejo pasar un momento, y pongo un pleito.

SÓCRATES. Venga, deja ahí tu capa.

ESTREPSÍADES. ¿He hecho algo malo?.

SÓCRATES. No, es que es costumbre entrar desnudo.

ESTREPSÍADES. Pero si yo no voy a entrara llevarme objetos robados.

SÓCRATES. Déjala ahí, ¿qué tonterías andas diciendo?

ESTREPSÍADES. (Se quita la capa.)

Bueno, pues dime: en caso de que yo esté atento y aprenda con gana, ¿a cuál de tus discípulos llegaré a parecerme?

SÓCRATES. Tus características no se van a distinguir nada de las de Querefonte.

ESTREPSÍADES. ¡Ay, pobre mí! ¡Voya ser medio cadáver!.

SÓCRATES. ¿No dejarás de decir bobadas y vendrás de una vez conmigo aquí dentro, deprisa?

ESTREPSÍADES. Pues ponme primero en las manos un pastel de miel, que tengo miedo de bajar ahí dentro como si fuera la cueva de Trofonio.

SÓCRATES. Venga, ¿por qué te paras a escudriñar junto a la puerta?

(Ambos entran en el caviladero.)

CORO.

*Entra con buen pie
por causa de tu valor.
Que la buena fortuna acompañe
a este humano, pues, siendo ya
de avanzada edad,
impregna su naturaleza
de ideas novedosas
y se dedica a la sabiduría.*

CORIFEO. Espectadores, con franqueza os expondré toda la verdad, ¡por Dioniso que me ha sustentado desde antiguo! Que no sea yo el vencedor ni me tengan por sabio si no es verdad que yo, por consideraros a vosotros espectadores inteligentes y creer que ésta era la mejor de mis comedias, juzgué apropiado que vosotros fuerais los primeros en saborearla, siendo como ha sido la pieza que más trabajo me ha dado. Pero me tuve que retirar derrotado por hombres vulgares sin que yo mereciera eso.

Así que os echo en cara esto a vosotros los instruidos, por quienes yo me tomé tanto trabajo. Pero ni aun así os traicionaré nunca voluntariamente, a vosotros los inteligentes. Pues desde el momento en que aquí mismo unos varones, a los que es agradable incluso mencionar, hablaron muy bien de mis dos muchachos, del reprimido y del maricón, y yo - como era todavía una joven soltera y no me era lícito tener hijos - expuse la criatura, y otra muchacha la recogió, y vosotros, por vuestra parte, la criasteis con generosidad, desde entonces tengo yo garantías seguras de vuestro juicio favorable.

Así que ahora esta comedia, a la manera de aquella Electra, ha venido con ánimo de buscar, por si en alguna parte encuentra espectadores tan instruidos; pues reconocerá, si lo ve, el mechón de pelo de su hermano. Observad que es de condición humilde. En primer lugar, no ha venido trayendo cosido a su vestido un cuero colgando, rojo en la punta y grueso, para diversión de los niños, tampoco se burló de los calvos ni bailó el kordax. Ni siquiera hay un personaje anciano que, llevando la voz cantante, golpee con su bastón a cualquiera que esté a su alcance, disimulando así los chistes desafortunados. No se lanzó esta pieza al escenario con antorchas, ni gritó «¡socorro, socorro!».

Por el contrario, ésta ha venido confiando en sí misma y en sus versos. Y yo, sí, yo, siendo un poeta del mismo talante, no me doy tufo, ni trato de engañaros trayendo a escena dos y tres veces las mismas cosas. Muy al contrario, yo estrujo mis sesos para presentar en cada ocasión innovaciones, que en nada se parecen unas a otras, y son todas ellas ingeniosas.

Yo, cuando Cleón era muy poderoso, le golpeé en el vientre, y no tuve la osadía de saltar

sobre él cuando yacía derribado. En cambio, esos otros, en cuanto Hipérbolo les permitió hacer presa en él, golpean una y otra vez a ese individuo desdichado y también a su madre. En primerísimo lugar Éupolis llevó a rastras su *Maricás*, haciendo un refrito de nuestros *Caballeros*, tan mediocre como mediocre es él, añadiéndole además, por culpa del Kórdax, una vieja borracha, personaje que ha creado Frínico tiempo atrás, aquella a la que trataba de engullir el monstruo marino.

Después también Hermipo compuso una pieza sobre Hipérbolo, y luego ya todos los demás van en masa contra Hipérbolo, imitando mis comparaciones con las anguilas. Así pues, el que se ría con las piezas de éstos, que no se deleite con las mías. Pero si disfrutáis conmigo y con mis hallazgos, en tiempos futuros os tendrán por gente de buen juicio.

CORO.

*De entre los dioses al que gobierna
en las alturas, Zeus, gran señor,
en primer lugar a mi danza convoco;
y al muy poderoso Guardián del Tridente,
el que estremece salvajemente
la tierra y el salino mar.
Y al de gran fama, nuestro padre,
el Éter muy venerable, que a todos los seres alimenta.
Y al Auriga, que con sus rayos
muy brillantes abraza la llanura
de la tierra, entre los dioses
y entre los mortales divinidad poderosa.*

CORIFEO. ¡Inteligentes espectadores, prestad atención aquí! Pues por haber sido injustos con nosotras, os criticamos cara a cara. De todos los dioses somos las que más beneficiamos a vuestra ciudad, y sin embargo, somos las únicas a las que no ofrecéis sacrificios ni libaciones, y eso que velamos siempre sobre vosotros.

Pues si se hace una expedición militar sin pizca de sentido, entonces tronamos o llovemos. Después, cuando al curtidor odiado por los dioses, a Paflagón, lo ibais a elegir general, nosotras arqueamos las cejas y armamos mucho estruendo: con el relámpago, un trueno rasgó el aire, la luna abandonó su curso, y el sol, replegando a toda prisa la mecha hacia su interior, afirmaba que no os alumbraría si Cleón era general.

Y, sin embargo, elegisteis a ese individuo. Se dice que las malas decisiones son propias de esta ciudad, pero también que los errores que cometéis, los dioses los truecan en beneficios. Fácilmente os vamos a exponer que también eso os resultará conveniente: si

declaráis a Cleón el cuervo culpable de cohecho y de robo, y después le apretáis el cuello con el cepo, aunque desde luego os habéis equivocado, de nuevo los asuntos volverán a la situación anterior, tomándose en muy provechosos para la ciudad.

CORO.

*Junto a mí también tú, Febo,
señor de Delos, que habitas Cinto,
el peñasco de elevadísima cima:
Y tú, la bienaventurada que habitas la morada
rica en oro de Éfeso, en la cual las hijas
de los lidios te veneran fervientemente.
Y nuestra diosa local,
la que maneja la égida, Atenea, protectora de la ciudad.
Y el que posee el monte Parnaso,
y brilla con antorchas
descollando entre las bacantes delficas,
Dioniso, amante de la fiesta.*

CORIFEO. Cuando estábamos dispuestas para emprender viaje hacia aquí, la Luna se encontró con nosotras y nos encargó, en primer lugar, saludar a los Atenenses y a sus aliados; nos dijo después que estaba enfadada, pues ha sufrido malos tratos, siendo así que ella os beneficia a todos vosotros, no con palabras, sino de manera patente.

En primer lugar os ahorra no menos de una dracma al mes en antorchas; tanto es así que todos, cuando salís por la noche, decís: «Chico, no compres antorchas, que Selene ilumina lo suficiente». Afirma que también os beneficia en otras cosas; pero vosotros no lleváis nada bien la cuenta de los días, sino que los alborotáis de arriba a abajo, hasta el punto de que, según dice, los dioses la amenazan una y otra vez cuando se les defrauda una comida y se vuelven a casa sin haber tenido parte en la fiesta que les tocaba según el cómputo de los días.

Resulta también que cuando toca ofrecer sacrificios, vosotros aplicáis torturas y os sentáis a juzgar, y muchas veces que nosotros los dioses practicamos el ayuno guardando luto por Memnón o Sarpedón, vosotros hacéis libaciones y os reís. Por esas razones, cuando Hipérbolo fue elegido por sorteo «recordador sagrado», nosotros los dioses le arrebatamos la corona», pues así se enterará mejor de que es preciso que los días de la vida se computen de acuerdo con la luna.

(SÓCRATES sale del caviladero.)

SÓCRATES. ¡Por Respiración, por Vacío, por Aire!, no he visto en parte alguna un

hombre tan palurdo, tan falto de recursos, tan tonto y tan olvidadizo. Incluso tratando de aprender unas ideas de poca monta, las ha olvidado antes de llegar a aprenderlas. Sin embargo, voy a llamarlo aquí fuera a pleno día.

(Llama hacia el caviladero.)

¿Dónde está Estrepsíades? ¿Saldrás ya trayéndote la cama?

ESTREPSÍADES. *(Al tiempo que sale trayendo una cama.)* Es que no me dejan sacarla fuera las chinches.

SÓCRATES. Ponla en el suelo de una vez y presta atención.

ESTREPSÍADES. Ya está.

SÓCRATES A ver, entre las cosas de las que nunca has recibido enseñanzas, ¿cuál quieres aprender ahora en primer lugar? Dime: ¿las medidas, las palabras o los ritmos?

ESTREPSÍADES. Las medidas, desde luego; que el otro día un comerciante de harina me estafó dos quénices

SÓCRATES. No te estoy preguntando eso, sino qué medida consideras más hermosa, el trímetro o el tetrámetro

ESTREPSÍADES. Para mí ninguna es más importante que el «tetraquénice»

SÓCRATES. Dices bobadas, hombre.

ESTREPSÍADES. Haz una apuesta conmigo a que el «tetraquénice» no es un «tetrámetro».

SÓCRATES. ¡Vete al cuerno! ¡Qué bruto eres y qué duro de mollera! Pero quizá puedas aprender algo de los ritmos.

ESTREPSÍADES. ¿De qué me servirán los ritmos para ganarme el pan?

SÓCRATES. En primer lugar, para que seas refinado en las reuniones, y distingas qué tipo de ritmo es enoplio y qué tipo es dactílico o digital.

ESTREPSÍADES. ¿El digital? Por Zeus, ése lo conozco.

SÓCRATES. Pues dilo.

ESTREPSÍADES. Antes, cuando yo era niño, era éste de aquí.

(Levanta el dedo corazón)

SÓCRATES. Eres un patán y un imbécil.

ESTREPSÍADES. No, estúpido, es que de esas cosas no quiero aprender ninguna.

SÓCRATES. Entonces, ¿cuál?

ESTREPSÍADES. Aquello otro, aquello; el argumento más injusto de todos.

SÓCRATES. Pero tienes que aprender otras cosas antes que eso; por ejemplo, qué cuadrúpedos son propiamente masculinos.

ESTREPSÍADES. Yo bien conozco los cuadrúpedos masculinos, si no me he vuelto majareta: carnero, macho cabrío, toro, perro, ave

SÓCRATES. ¿Y los femeninos?

ESTREPSÍADES. Oveja, cabra, vaca, perra, ave.

SÓCRATES. ¿Ves lo que te pasa? Llamas a la hembra ave, y al macho le llamas lo mismo.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo, a ver?

SÓCRATES. ¿Que cómo? Ave y ave.

ESTREPSÍADES. Es verdad, por Posidón. Pues ¿cómo tengo que llamarles ahora?

SÓCRATES. «Ava» a una, y al otro «avo».

ESTREPSÍADES. ¿Ava? Muy bien, ¡por Aire! Tanto que sólo por esa enseñanza te llenaré de grano toda la «amasadero»

SÓCRATES. Vaya , otra vez. Ése es otro ejemplo. Le llamas la «amasadero» en masculino, cuando es un femenino.

ESTREPSÍADES. ¿Qué dices? ¿Que yo le llamo «amasadero» en masculino?

SÓCRATES. Sí señor, como también a Cleónimo.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo es eso? Dime.

SÓCRATES. Lo mismo vale para ti «amasadero» que Cleónimo.

ESTREPSÍADES. Pero, tío, Cleónimo nunca tuvo amasadero, sino que amasaba con un mortero redondo Bueno, en lo sucesivo, ¿cómo debo llamarle?

SÓCRATES. ¿Que cómo? «La amasadera», igual que dices «la Sóstrata»

ESTREPSÍADES. ¿La «amasadera», en femenino?

SÓCRATES. Bien dicho.

ESTREPSÍADES. Y lo de antes ¿tendría que haber sido «Cleónima nunca tuvo amasadera»?

SÓCRATES. Además, tienes que aprender todavía qué nombres de persona son masculinos y cuáles son femeninos.

ESTREPSÍADES. Yo bien sé cuáles son femeninos.

SÓCRATES. Pues dilo.

ESTREPSÍADES. Lisila, Filma, Clitágora, Demetria.

SÓCRATES. Y ¿qué nombres son masculinos?

ESTREPSÍADES. Muchísimos: Filóxeno, Melesias, Aminias.

SOCRATES. Pero, imbécil, éstos no son masculinos.

ESTREPSÍADES. ¿Para vosotros no son masculinos?

SÓCRATES. Nada de eso, porque si te encontraras con Aminias, ¿cómo le llamarías?

ESTREPSÍADES. ¿Que cómo? Así: ¡Oye, oye, Aminia!.

SÓCRATES. ¿Ves? Le llamas mujer, «*la Aminia*».

ESTREPSÍADES. ¿Y no tengo razón, si ésa no ha hecho el servicio militar? Pero, ¿por qué tengo que aprender esas cosas que todo el mundo sabe?

SÓCRATES. Déjalo, ¡por Zeus! (*Señalando la cama.*)

Ahora échate aquí y...

ESTREPSÍADES. ¿Qué hago?

SÓCRATES. Imagínate alguno de tus asuntos.

ESTREPSÍADES. ¡No, por favor, ahí no! Si no me queda otro remedio, deja que los imagine en el suelo.

SÓCRATES. No hay otra salida más que ésa.

ESTREPSÍADES. (*Echándose en la cama.*)

¡Ay, pobre de mí! ¡Qué condena voy a pagar a las chinches en el día de hoy!

(*SÓCRATES entra en su casa.*)

CORO.

*Ahora piensa y examina con perspicacia,
contorsiónate de todas las maneras
y repliégate sobre ti mismo
Y rápidamente, cuando caigas en un callejón sin salida,
salta hacia otra idea de tu mente.
Y que el sueño, dulcísimo para el ánimo,
se aleje de tus ojos...*

ESTREPSÍADES. ¡Ay, ay, ay, ay!

CORO. ¿Qué te pasa? ¿Qué te duele?

ESTREPSÍADES. Me muero, ¡pobre de mí!

De la cama salen sigilosamente para morderme los corintios:

los costados me devoran,

la sangre me chupan,

las pelotas me arrancan,

el culo me atraviesan,

¡la vida me quitarán!

CORO. No te lo tomes tan a mal.

ESTREPSÍADES.

¿Cómo que no?,
si se me ha ido el dinero,
se me ha ido el color de la piel,
se me ha ido la sangre de las venas,
y se me han ido las zapatillas,
y, para colmo de desgracias,
aquí estoy papando moscas
a punto de irme a paseo yo también.

Segundo acto

(Llega SÓCRATES.)

SÓCRATES. ¡Tú!, ¿qué haces? ¿No estás pensando?

ESTREPSÍADES. Sí, por Posidón.

SÓCRATES. Y, ¿qué has pensado?

ESTREPSÍADES. Si en manos de las chinches quedará algo de mí.

SÓCRATES. ¡Que te parta un rayo!

(Vuelve a entrar en su casa.)

ESTREPSÍADES. Partido estoy ya, hombre.

CORIFEO. No flaquee; ahora tienes que cubrirte, pues has de discurrir un pensamiento estafador, un subterfugio.

ESTREPSÍADES. ¡Pobre de mí!, ¿quién podría echarme encima, en vez de pieles de cordero... una idea estafadora?

SÓCRATES. *(Saliendo de su casa.)*

Hale, en primer lugar voy a ver qué hace éste. Oye, ¿estás durmiendo?

ESTREPSÍADES. No, por Apolo, no, no.

SÓCRATES. ¿Tienes ya algo?

ESTREPSÍADES. Por Zeus, no tengo nada.

SÓCRATES. ¿Nada en absoluto?

ESTREPSÍADES. Nada, a no ser el cipote en mi mano derecha.

SÓCRATES. ¿Novas a cubrirte la cabeza y a pensar algo a toda prisa?

ESTREPSÍADES. ¿Sobre qué? Dímelo tú, Sócrates.

SÓCRATES. Di tú mismo lo que quieres discurrir en primer lugar.

ESTREPSÍADES. Has oído ya mil veces lo que yo quiero. Lo de los intereses, para no pagárselos a nadie.

SÓCRATES. Bien, pues cúbrete, desmenuza tu pensamiento, y dale vueltas al asunto cosa por cosa, analizando e investigando correctamente.

ESTREPSÍADES. ¡Ay, pobre de mí!

SÓCRATES. Estáte quieto; y si con alguno de los pensamientos no sabes seguir adelante, déjalo y márchate, y después dale vuelta otra vez con tu cabeza y sopésalo.

ESTREPSÍADES. *(Sale de la cama después de un momento.)*

¡Queridísimo Socratillo!

SÓCRATES. ¿Qué hay, viejo?

ESTREPSÍADES. Tengo una idea estafadora de los intereses.

SÓCRATES. Explícala.

ESTREPSÍADES. Pues, dime...

SÓCRATES. ¿Qué?

ESTREPSÍADES. Si yo comprara una hechicera tesalia y bajara de noche la luna, la encerrara en una caja redonda, como se guarda un espejo, y la vigilara estrechamente...

SÓCRATES. Y, ¿qué provecho ibas a sacar tú de eso?

ESTREPSÍADES. ¿Que cuál? Si la luna ya no saliera nunca mas en ninguna parte, yo no tendría que pagar los intereses.

SÓCRATES. ¿Por qué motivo?

ESTREPSÍADES. Porque el dinero se presta a interés mensual.

SÓCRATES. Muy bien. Ahora te voy a proponer otro asunto de astucia. Si se dictara contra ti una sentencia de cinco talentos, dime cómo podrías invalidarla.

ESTREPSÍADES. *(Pensando.)*

¿Cómo?, ¿cómo? No sé. Hay que estudiarlo.

SÓCRATES. No hagas girar siempre tu pensamiento alrededor de ti mismo; más bien

deja que vuelen por el aire tus ideas, como un abejorro atado por la pata con un cordel ·

ESTREPSÍADES. Ya he encontrado un medio astutísimo de invalidar la sentencia, tanto que tú vas a estar de acuerdo conmigo.

SÓCRATES. ¿Cuál es?

ESTREPSÍADES. ¿Tú, desde luego, has visto en las droguerías la piedra esa que es muy bonita y transparente, con la que se enciende el fuego?

SÓCRATES. ¿Te refieres al cristal?

ESTREPSÍADES. Exactamente. A ver, ¿qué tal si yo cogiera una y cuando el secretario hiciera inscribir mi sentencia en la tablilla, yo, poniéndome un poco lejos, así, por el lado que diera el sol, hiciera que se fundieran las palabras de mi sentencia?

SÓCRATES. Astuto, sí, ¡por las Gracias!

ESTREPSÍADES. ¡Ajajá! ¡Qué contento estoy de haber conseguido borrar una sentencia de cinco talentos!

SÓCRATES. Hala, a ver si pillas esto deprisa.

ESTREPSÍADES. ¿El qué?

SÓCRATES. Cómo rebatirías una acusación en contra tuya si estuvieras a punto de perder el pleito y no tuvieras testigos.

ESTREPSÍADES. Elemental y facilísimo.

SÓCRATES. Pues dilo.

ESTREPSÍADES. Ahí va: si yo, mientras aún estuviera en trámite otro pleito, antes de que citaran el mío, fuera corriendo y me ahorcara.

SÓCRATES. ¡Qué tonterías dices!

ESTREPSÍADES. Nada de eso, ¡por los dioses!, pues nadie me llevará a juicio si estoy muerto.

SÓCRATES. Estás desbarrando. Lárgate. Ya no te voy a enseñar más.

ESTREPSÍADES. ¿Por qué? Sí, Sócrates, ¡por los dioses!

SÓCRATES. ¡Pero si se te olvida al momento cualquier cosa que aprendes! A ver, ¿qué fue lo primero que te enseñaron ahora mismo? ¡Habla!

ESTREPSÍADES. A ver, a ver, ¿qué era lo primero, qué era lo primero? ¿Qué pieza era aquella en la que se amasa la harina? Pobre de mí, ¿cuál era?

SÓCRATES. Vete a freír espárragos, muérete, viejo torpe que te olvidas de todo.

ESTREPSÍADES. ¡Ay, ay! ¿Qué va a ser de mí, desgraciado? Porque será mi perdición si no aprendo a manejar la lengua. Vosotras, Nubes, aconsejadme algo bueno.

CORIFEO. Nosotras, anciano, te aconsejamos que si tienes un hijo ya crecido, lo envíes para que aprenda en tu lugar.

ESTREPSÍADES. Yo sí que tengo un hijo que es un perfecto caballero, pero, como no

quiere venir a aprender, ¿qué voy a hacer yo?

CORIFEO. ¿Y tú lo consientes?

ESTREPSÍADES. Claro, porque es fuerte y robusto, y procede de una estirpe de mujeres de altos vuelos, la familia de Cesira. Pero voy a ir a buscarlo y, si se niega, de todas todas lo echaré de mi casa. (A SOCRATES.)

Entra y espérame un poco.

CORO. (Mientras ESTREPSÍADES entra en su casa)

*¿Te das cuenta de que sólo por nosotras, las únicas
de todos los dioses, obtendrás en seguida
muchos beneficios? Pues éste está dispuesto
a hacer todo lo que le ordenes.*

(A SÓCRATES, al tiempo que éste entra en el caviladero.)

*Y tú, sabiendo que el hombre está majareta
y se encuentra muy exaltado,
chuparás todo lo más que puedas
en seguida; pues las cosas de este estilo suelen tener
resultados distintos de los esperados.*

(Salen de su casa ESTREPSÍADES y FIDÍPIDES.)

ESTREPSÍADES. ¡Por Niebla!, no te quedarás más tiempo aquí. Ve y cómete las columnas de Megacles

FIDÍPIDES. Padre, ¿qué te pasa, hombre? Tú no estás en tus cabales, ¡por Zeus Olímpico!

ESTREPSÍADES. ¿Ves, ves?, ¡Zeus Olímpico! ¡Qué necedad! ¡Crear en Zeus, a tu edad!

FIDÍPIDES. ¿Y por qué te ríes así, a ver?

ESTREPSÍADES. Porque me doy cuenta de que eres un crío y de que tus ideas son anticuadas. Sin embargo, acércate, para que amplíes tus conocimientos, pues voy a decirte una cosa que, cuando la hayas aprendido, serás todo un hombre. ¡Pero no se lo digas a nadie!

FIDÍPIDES. *(Se acerca a su padre.)*

Ya estoy aquí. ¿De qué se trata?

ESTREPSÍADES. Has jurado hace un momento por Zeus.

FIDÍPIDES. Sí.

ESTREPSÍADES. ¿Pues ves qué bueno es aprender? *No existe Zeus, Fidípides.*

FIDÍPIDES. Entonces, ¿quién hay?

ESTREPSÍADES. Gobierna Torbellino, que ha expulsado a Zeus.

FIDÍPIDES. Pero, bueno, ¿qué tonterías dices?

ESTREPSÍADES. Que te conste que es así.

FIDÍPIDES. ¿Quién lo dice?

ESTREPSÍADES. Sócrates el Melio, y Querefonte, que conoce bien las pisadas de las pulgas.

FIDÍPIDES. ¿Y tú estás ya tan chalado que haces caso a unos hombres biliosos? .

ESTREPSÍADES. Calla la boca, y no calumnies a unos hombres ingeniosos y sensatos. Por ahorrar, ninguno de ellos se corta nunca el pelo, ni se unge el cuerpo, ni va a los baños a lavarse. Tú, en cambio, despilfarras mi hacienda en baños como si yo estuviera muerto. Anda, ve a toda prisa y aprende tú en mi lugar.

FIDÍPIDES. Pero, ¿qué de bueno se puede aprender de esos hombres?

ESTREPSÍADES. ¿En serio? Todo lo que en la humanidad hay de sabiduría. Además, te darás cuenta de qué ignorante y lerdo eres. Hala, espérame aquí un poco.

(Entra en su casa.)

FIDÍPIDES. ¡Pobre de mí!, ¿qué voy a hacer, si mi padre está loco? ¿Lo haré comparecer ante el tribunal para que lo declaren incapaz, o comunicaré su demencia a los fabricantes de ataúdes?

(Sale ESTREPSÍADES de su casa con un esclavo que trae un gallo y una gallina.)

ESTREPSÍADES. A ver: tú, ¿cómo sueles llamar a éste? Di.

FIDÍPIDES. Ave.

ESTREPSÍADES. Bien; ¿y a ésta, cómo?

FIDÍPIDES. Ave.

ESTREPSÍADES. ¿A los dos lo mismo? Haces el ridículo. No les llames más de esa manera, sino que tienes que llamar a ésta, «ava», y a este otro, «avo».

FIDÍPIDES. ¿Ava? ¿Éstas son las cosas ingeniosas que acabas de aprender ahí dentro, en casa de los «hijos de la tierra»?

ESTREPSÍADES. Y otras muchas. Pero cada vez que aprendía algo, se me olvidaba en seguida por mis muchos años.

FIDÍPIDES. ¿Y también por eso es por lo que perdiste la capa?

ESTREPSÍADES. No la he perdido: la he gastado en pensamientos.

FIDÍPIDES. ¿Y en qué has empleado tus zapatillas, insensato?

ESTREPSÍADES. Como Pericles, las perdí «por pura necesidad». Pero venga, camina; vamos.

(Se dirigen hacia el caviladero.)

Ahora, hazle caso a tu padre y pórtate mal. También a mí me consta que una vez, cuando tú eras un crío balbuceante de seis años, te hice caso: con el primer óbolo que gané como jurado, te compré un carrito, en las Diasias.

FIDÍPIDES. Seguro que con el tiempo vas a lamentar esto.

(Va con su padre hacia el caviladero.)

ESTREPSÍADES. ¡Muy bien, que me has hecho caso! ¡Oye, oye, Sócrates, sal aquí!

(Sale SÓCRATES.)

Aquí te traigo a mi hijo; ya lo he convencido, que él no quería.

SÓCRATES. Es que todavía es un crío y no ha gastado su vida en las cuerdas y colgaduras de aquí.

FIDÍPIDES. Tú sí que resultarías una capa gastada si te colgaran .

ESTREPSÍADES. ¿No te irás a freír espárragos? ¿Cómo es que insultas a tu maestro?

SÓCRATES. Mira, «colgaran». ¡De qué manera tan infantil lo ha pronunciado, con los labios separados! ¿Cómo va a aprender éste la defensa en los tribunales, la citación o la persuasión altisonante? Y la verdad es que Hipérbolo las aprendió por un talento.

ESTREPSÍADES. No te preocupes, enséñale. Es ingenioso de nacimiento. Cuando era un niño así de pequeño, en casa modelaba en arcilla casitas, tallaba barcos, construía carritos de madera de higuera y hacía ranas de cáscaras de granada, no te imaginas cómo. Y mira que aprenda aquellos dos argumentos, el Mejor, sea como sea, y el Peor, el que defiende causas injustas y da al traste con el Mejor; y si no los dos, por lo menos el injusto, de todas todas.

SÓCRATES. Él va a aprender directamente de los propios argumentos. Yo estaré ausente.

ESTREPSÍADES. *(Mientras SÓCRATES se va.)*

Recuerda esto, que él pueda rebatir cualquier demanda justa.

(El ARGUMENTO MEJOR sale del caviladero)

ARGUMENTO MEJOR. *(Al ARGUMENTO PEOR, que está dentro.)*

Ven aquí déjate ver por los espectadores -aunque audacia tienes de sobra.

ARGUMENTO PEOR. *(Al tiempo que hace su aparición.)*

Vete a donde quieras, pues seguro que hablando en público acabaré contigo.

ARGUMENTO MEJOR. ¿Tú, acabar conmigo? ¿Y quién eres tú?

ARGUMENTO PEOR. Un argumento.

ARGUMENTO MEJOR. Sí, pero un argumento peor.

ARGUMENTO PEOR. Pero te voy a vencer a ti que presumes de ser mejor que yo.

ARGUMENTO MEJOR. ¿Valiéndote de qué astucia?

ARGUMENTO PEOR. Inventando nuevas máximas.

ARGUMENTO MEJOR. Sí, eso es lo que se lleva ahora, gracias a estos idiotas
(Señalando al público).

ARGUMENTO PEOR. No, que son inteligentes.

ARGUMENTO MEJOR. Acabaré contigo de mala manera.

ARGUMENTO PEOR. Di: ¿haciendo qué?

ARGUMENTO MEJOR. Presentando lo que es justo.

ARGUMENTO PEOR. Yo lo echaré abajo rebatiéndolo. Pues afirmo que la justicia ni siquiera existe.

ARGUMENTO MEJOR. ¿Que no existe, dices?

ARGUMENTO PEOR. Pues, a ver: ¿dónde está?

ARGUMENTO MEJOR. Junto a los dioses.

ARGUMENTO PEOR. Y si la justicia existe, ¿cómo es que Zeus no pereció por haber hecho prisionero a su padre?

ARGUMENTO MEJOR. ¡Uy, uy, esto va de mal en peor! Dame la palangana.

ARGUMENTO PEOR. Eres un viejo lleno de tufos y no estás al día.

ARGUMENTO MEJOR. Eres un maricón desvergonzado...

ARGUMENTO PEOR. Me estás echando rosas...

ARGUMENTO MEJOR. ... un bufón...

ARGUMENTO PEOR. ... y me coronas de lilas.

ARGUMENTO MEJOR. ... y eres de los que pegan a su padre.

ARGUMENTO PEOR. No te das cuenta de que me estás rociando de oro.

ARGUMENTO MEJOR. Desde luego, antes no era oro, sino plomo.

ARGUMENTO PEOR. Ahora, sin embargo, eso es para mí un elogio.

ARGUMENTO MEJOR. Eres un cara.

ARGUMENTO PEOR. Y tú, un carca.

ARGUMENTO MEJOR. Por tu culpa, ninguno de los jóvenes quiere ir a la escuela, y llegará el día en que los atenienses sepan a ciencia cierta qué clase de cosas les estás enseñando a ellos, los muy imbéciles.

ARGUMENTO PEOR. Estás de un sucio que da asco.

ARGUMENTO MEJOR. Sin embargo, a ti te va muy bien, y eso que antes mendigabas, haciéndote pasar por Télefo el Misio, y mordisqueando máximas Pandeleteas que sacabas de tu morral

ARGUMENTO PEOR. ¡Qué inteligencia...

ARGUMENTO MEJOR. ¡Qué locura...

ARGUMENTO PEOR. ... en lo que has dicho!

ARGUMENTO MEJOR. ... la tuya, y la de la ciudad que te nutre mientras echas a perder a sus jóvenes!

ARGUMENTO PEOR. No serás tú el que enseñe a éste, siendo como eres de la época de Crono

ARGUMENTO MEJOR. Sí lo seré, si hay que salvarlo y evitar que se ejercite solamente en charlatanería.

ARGUMENTO PEOR. (A FIDÍPIDES.)

Ven aquí y deja a ése con sus chaladuras.

ARGUMENTO MEJOR. Te arrepentirás si le pones las manos encima.

CORIFEO. Dejad ya de pelear y de insultaros. Haznos tú

(Al MEJOR)

una demostración de lo que enseñabas a los hombres de antes, y tú

(Al PEOR),

de la nueva educación, para que éste os oiga exponer vuestras razones contrapuestas, y vaya a la escuela que decida.

ARGUMENTO MEJOR. Eso es lo que quiero hacer.

ARGUMENTO PEOR. También yo quiero.

CORIFEO. Pues hala, ¿cuál de los dos hablará primero?

ARGUMENTO PEOR. Le cedo el privilegio a ése. Luego yo, basándome en lo que él diga, lo derribaré con disparos de palabritas y razonamientos nuevos. Finalmente, a la mínima cosa que diga, agujoneado por todo el rostro y los ojos por mis sentencias, como por obra de avispones, a manos de ellas morirá.

CORO.

*Ahora estos dos que confían
en el superingenio de sus argumentos,
de sus pensamientos, y de sus ideas*

*acuñadoras de sentencias,
nos harán ver cuál de ellos resultará
ser el mejor. Está totalmente
en juego la sabiduría,
sobre la cual para mis amigos
se presenta ahora el debate decisivo.*

CORIFEO. (Al ARGUMENTO MEJOR.)

Tú que a los hombres de antes coronaste copiosamente con buenas costumbres, lanza esa voz tuya en la que te complaces y explica tu naturaleza.

ARGUMENTO MEJOR. Voy a exponer cómo era la antigua educación, cuando yo florecía con la justicia por delante, y el buen comportamiento era la práctica habitual.

En primer lugar era de rigor que no se oyera ninguna voz de niño, ni siquiera un murmullo. Después, los muchachos del mismo barrio, para ir a casa del citarista, tenían que andar por las calles en grupo y con orden, y sin capa aunque cayeran copos de nieve como avena a medio moler.

Éste, por su parte, les enseñaba a aprender de memoria una canción (cuidando de que no juntaran los muslos), una canción como «Palas, terrible destructora de ciudades», o «Un grito que a lo lejos resuena», cantándola en el modo que sus padres transmitieron.

Y si alguno de ellos hacía el payaso o realizaba alguna inflexión de voz como las que hacen los de ahora, esas florituras al estilo de Frinis, lo molían a palos por dejar en nada a las Musas. Y cuando los muchachos se sentaban en casa del profesor de gimnasia, tenían que taparse con los muslos para que no enseñaran a los de fuera nada cruel.

Después, al levantarse, tenían que borrar sus huellas, y ocuparse de no dejar a sus amantes la impronta de su hombría. Ningún chico podía untarse entonces aceite por debajo del ombligo, así que florecía sobre sus partes íntimas un tenue vello cubierto de rocío como en los membrillos; ni podía, al caminar, poner una voz aterciopelada a su amante y hacerle guiños para ofrecerse a sí mismo.

Tampoco le estaba permitido echar mano de una cabeza de rábano al comer, ni picar el eneldo o el apio de sus mayores, ni tomar golosinas, ni reírse a hurtadillas, ni tener las piernas cruzadas.

ARGUMENTO PEOR. Antiguallas con olor a Dipolias, llenas de cigarras, de Cedides y de Bufonias.

ARGUMENTO MEJOR. Pero éstos son los procedimientos con los que mi educación formó a los hombres que lucharon en Maratón. En cambio, tú a los de ahora les enseñas a envolverse en la capa desde jovencitos, así que hacéis que yo me ahogue de rabia cuando, al llegar la ocasión de que bailen en las Panateneas, uno pone el escudo delante de su jamón, sin preocuparse de la Tritogenia.

Por eso tú, muchacho, escógeme sin miedo a mí, el Argumento Mejor, y serás versado en odiar la plaza pública, en aborrecer los baños públicos, en avergonzarte de lo vergonzoso, en irritarte si alguien se burla de ti, en levantarte del asiento si se acercan tus mayores, en no portarte mal con tus propios padres ni hacer ninguna otra cosa reprobable que pueda [deshonrar] la estatua del Honor; y en no abalanzarte a casa de una bailarina, no vaya a ser que cuando te quedes pasmado ante cosas así, te dé con una manzana una putilla y veas tu buena fama hecha pedazos, y en no contradecir a tu padre en nada ni, llamándole Jápeto, echarle en cara sus años, esos años en los que tú fuiste criado como un pajarillo.

ARGUMENTO PEOR. Si le haces caso en eso, muchacho, por Dioniso que te parecerás a los hijos de Hipócrates, y te llamarán papamoscas.

ARGUMENTO MEJOR. Así, con aspecto lozano y floreciente, emplearás el tiempo en ejercicios gimnásticos, y no charlando en la plaza pública de temas extravagantes y punzantes, como hacen los de ahora, ni viéndote arrastrado a juicio por un maldito asunto vicioso y controvertido; por el contrario, bajarás a la Academia y, bajo los olivos sagrados, echarás a correr, coronado de caña verde, con un buen colega de tu misma edad, y olerás a tejo, a despreocupación, y al álamo blanco, de hoja caduca, disfrutando en la estación primaveral, cuando el plátano susurra al olmo.

Si haces esas cosas que te digo y dedicas tu atención a ellas, tendrás siempre el pecho lustroso, la piel brillante, los hombros grandes, la lengua corta, el culo grande, el cipote pequeño.

En cambio, si practicas las mismas cosas que los de ahora, en primer lugar tendrás la piel pálida, los hombros pequeños, el pecho estrecho, la lengua larga, el culo pequeño, el jamón grande y la propuesta de decreto larga; y él te convencerá (*Señala* a PEOR)

de que consideres honesto todo lo que es ruin, y ruin lo que es honesto, y además de eso te contagiará el tomar por culo de Antímaco

CORO.

*¡Tú, que la excelsa sabiduría
muy renombrada cultivas,
cuán dulcemente en tus palabras
se encuentra la flor de la virtud!*

*Dichosos en verdad eran, desde luego,
los que vivían entonces, en tiempo de los antepasados.*

(Al ARGUMENTO PEOR.)

Frente a esto, tú, que posees una refinada inspiración,

*preciso es que digas algo novedoso,
pues el hombre se ha ganado el aplauso.*

CORIFEO. Hábiles planes parece que necesitas contra él, si es que has de aventajar al hombre y no hacerte acreedor de la burla.

ARGUMENTO PEOR. Desde hace rato me ahogaba yo en mis adentros de ganas de desbaratar todo eso con sentencias contrapuestas. Pues entre los hombres que discurren yo, precisamente por esto, recibí el nombre de Argumento Peor, porque fui el primerísimo al que se le ocurrió contradecir las costumbres establecidas y los litigios justos.

(A FIDÍPIDES.)

Y eso vale más que diez mil estáteres: que escoja los argumentos peores y que, encima, salga vencedor. Fíjate en cómo voy a refutar la educación de la que él es seguidor: éste dice en primer lugar que no te dejará bañarte en agua caliente.

(Al ARGUMENTO MEJOR.)

A ver, ¿con qué fundamento censuras los baños calientes?

ARGUMENTO MEJOR. Con el de que son algo muy propio de cobardes, y vuelven apocado al hombre.

ARGUMENTO PEOR. Alto ahí, pues ya te tengo cogido por la cintura con una llave de la que no te puedes escapar. Así que, dime, de los hijos de Zeus, ¿qué hombre consideras que es el de espíritu más intrépido, di, y el que ha llevado a cabo los mayores trabajos?

ARGUMENTO MEJOR. Yo, a ningún hombre tengo por mejor que a Heracles.

ARGUMENTO PEOR. Bueno, pues, ¿dónde has visto que alguna vez los «baños Heracleos» sean fríos? Y, a ver, ¿quién fue más viril que él?

ARGUMENTO MEJOR. Ésos, éstos son los asuntos en los que siempre los jóvenes están todo el día gastando palabras, y que hacen que estén llenos los baños públicos y vacías las palestras.

ARGUMENTO PEOR. Después, condenas que pasen el tiempo en el Ágora; yo, sin embargo, lo elogio. Pues si fuera algo nocivo, jamás Homero habría pintado a Néstor como «agoreta», ni a los sabios todos. Desde ahí paso ahora a la lengua, que éste dice que los jóvenes no tienen que ejercitarla; en cambio, yo digo que sí. Y dice también que hay que ser buena persona. ¡Dos males grandísimos! Pues ¿a quién has visto tú que por ser buena persona le haya sucedido en alguna ocasión algo de provecho? Dilo, y llévame la contraria con mencionarlo.

ARGUMENTO MEJOR. A mucha gente. Peleo, por ejemplo, consiguió su cuchillo por ese motivo.

ARGUMENTO PEOR. ¿Un cuchillo? ¡Qué ganancia tan especial consiguió el tío! Hipérbolo, en cambio, el del negocio de lámparas, ha conseguido muchísimos talentos por su falta de honradez, pero un cuchillo no, ¡por Zeus!, un cuchillo, no.

ARGUMENTO MEJOR. Además, Peleo se casó con Tetis por ser buena persona.

ARGUMENTO PEOR. Y después ella lo abandonó y se marchó, pues él no era ardiente, y no resultaba atractivo para pasar en su compañía la noche entera entre las ropas de la cama: a la mujer le gusta que la traten con lascivia.

Tú eres tan carcamal como Crono. Así que, tú, muchacho, mira todas las cosas que implica el ser buena persona, y de cuántos placeres vas a verte privado: jovenzuelos, mujeres, juego, manjares, bebidas, carcajadas.

Y, ¿de qué te vale vivir si te ves privado de estas cosas? Bien, de aquí voy a pasar a las necesidades imperiosas de la naturaleza. Tuviste un desliz, te enamoraste, te liaste con una casada, y después te pillaron: estás perdido, pues no eres capaz de discursar.

En cambio, si frecuentas mi trato, da rienda suelta a tu naturaleza, salta, ríete, no tengas nada por vergonzoso; pues si tienes la mala suerte de que te cojan en adulterio, responderás al marido así: que no has cometido nada malo. Después, echa la culpa a Zeus: que incluso aquél se deja vencer por el amor y las mujeres, y que tú, siendo mortal, ¿cómo podrías ser más fuerte que un dios?

ARGUMENTO MEJOR Y, ¿qué tal si por hacerte caso le meten un rábano por el culo y lo afeitan con la ceniza? ¿Podrá argumentar algún razonamiento para evitar que lo manden a tomar por culo?

ARGUMENTO PEOR. Y en caso de que sea de los que toman por culo, ¿qué de malo le va a pasar?

ARGUMENTO MEJOR. Pues, ¿qué mal peor que ése le podría llegar a pasar?

ARGUMENTO PEOR. Bien, ¿qué dirás si resultas vencido por mí en ese punto?

ARGUMENTO MEJOR. Me callaré, ¿qué otra cosa, si no?

ARGUMENTO PEOR. Pues a ver, dime: los abogados, ¿de qué grupo son?

ARGUMENTO MEJOR. De los que toman por culo.

ARGUMENTO PEOR. De acuerdo. A ver, y los trágicos, ¿de qué grupo son?

ARGUMENTO MEJOR. De los que toman por culo.

ARGUMENTO PEOR. Bien dicho. Y los políticos, ¿de qué grupo son?

ARGUMENTO MEJOR. De los que toman por culo.

ARGUMENTO PEOR. Luego, ¿te das cuenta de que lo que dices no vale nada? Además, de los espectadores mira a ver qué grupo es el más numeroso.

ARGUMENTO MEJOR. Ya estoy mirando.

ARGUMENTO PEOR. Bueno, ¿qué ves?

ARGUMENTO MEJOR. El más numeroso, con mucho, ¡por los dioses!, es el de los que toman por culo. Ése por lo menos sé que lo es, y aquél, y ese melenuado de ahí

(Señalando).

ARGUMENTO PEOR. Bueno, ¿qué dices ahora?

ARGUMENTO MEJOR. Nos damos por vencidos. Eh, jodidos, coged mi capa, por los dioses, que me paso a vosotros.

(Arroja la capa y entra en el caviladero.)

ARGUMENTO PEOR. (A ESTREPSÍADES)

Qué, ¿quieres coger a este hijo tuyo y llevártelo, o te le enseño a discursar?

ESTREPSÍADES. Enséñale y castígalo, y recuerda que tienes que dotármelo de una lengua bien afilada que por un lado sirva para pleitecillos; el otro lado de su mandíbula afílalo para asuntos de más envergadura.

ARGUMENTO PEOR. Descuida, te lo devolveré hecho un hábil sofista.

FIDÍPIDES. *(Aparte.)*

Más bien pálido, creo yo, y hecho un desgraciado.

CORO. (A FIDÍPIDES y ARGUMENTO PEOR, que van al caviladero.)

Andad ya. (A ESTREPSÍADES, que entra en su casa.)

Creo yo que te arrepentirás de eso.

CORIFEO. *(Al público.)*

Queremos proclamar las ventajas que los jueces obtendrán en caso de que favorezcan a este coro, como es de justicia. Pues en primer lugar si queréis labrar a su tiempo los campos en barbecho, lloveremos primero para vosotros, y para los demás después.

Además cuidaremos la cosecha y las viñas, de manera que ni la sequía ni la lluvia excesiva las sofoquen. Pero si alguien, siendo mortal, a nosotras, que somos diosas, nos ultraja, que preste atención a qué males sufrirá de nuestra parte: no recogerá vino ni ninguna otra cosa de su tierra.

Pues cuando los olivos y las viñas despunten, los brotes serán cortados de cuajo: con tales disparos de honda los golpearemos. Y si lo vemos haciendo ladrillos, llevaremos y destrozaremos las tejas de su tejado con granizos redondos. Y si se casa él, o uno de sus parientes o amigos, lloveremos toda la noche, así que quizá deseará encontrarse incluso en Egipto más que haber sido mal juez.

(ESTREPSÍADES sale de su casa.)

ESTREPSÍADES. Quinto, cuarto, tercero, detrás de ése el segundo, después, el que yo temo más que todos los días, el que me hace temblar y me pone enfermo, justo detrás de ése viene el día viejo y nuevo .

Pues todos aquellos con los que estoy en deuda juran que depositarán la cantidad consignada, y después me aniquilarán y me destruirán, y aunque yo pido cosas justas y moderadas, como «tío, esta parte no te la lleves ahora, esta otra aplázamela, esta otra perdónamela», ellos afirman que así nunca recobrarán su dinero, me reprochan que soy injusto, y dicen que pleitearán conmigo. Pues ahora, que pleiteen: poco me importa, si Fidípides ha aprendido a discursar bien.

Pronto lo sabré si llamo a la puerta del caviladero.

(Golpea la puerta.)

¡Chico! -digo-, ¡chico, chico!

SÓCRATES. *(A la puerta.)*

Saludo a ESTREPSÍADES.

ESTREPSÍADES. También yo a ti. Pero primero toma esto.

(Le da dinero.)

Pues de alguna manera hay que presentar los respetos al maestro. Y mi hijo, dime si ha aprendido aquel Argumento que hace un momento trajiste a escena.

SÓCRATES. Lo ha aprendido.

ESTREPSÍADES. ¡Fraudulencia todopoderosa, qué bien!

SÓCRATES. Así que podrás salir victorioso de cualquier pleito que quieras.

ESTREPSÍADES. ¿Aunque hubiera testigos presentes cuando recibí el préstamo?

SÓCRATES. Mucho más todavía: aunque sean mil los que estén presentes.

ESTREPSÍADES.

*Gritaré entonces en voz alta
mi grito: ¡Ah! llorad, prestamistas,
vosotros, el capital y los intereses de los intereses.
Pues ya nada malo podréis hacerme;
tal es el hijo criado
para mí en estas moradas,
brillando con lengua de doble filo;
baluarte mío, salvador de mi casa, perjuicio de mis enemigos,
que las grandes desdichas paternas hace desaparecer;
corre y llámalo para que desde dentro venga a mí.*

(Entra SÓCRATES en el caviladero.)

¡Hijo, muchacho, sal de la casa; escucha a tu padre!

(Sale SÓCRATES con FIDÍPIDES.)

SÓCRATES. Aquí lo tienes.

ESTREPSÍADES. ¡Querido, querido!

SÓCRATES. Márchate con él.

(SÓCRATES entra en el caviladero.)

ESTREPSÍADES. ¡Oh, oh, hijo!

¡Huy, huy! Qué contento estoy antes de nada de ver el color de tu piel. Ahora no hay más

que verte para saber que eres de los que niega y contradice, y sobre tu rostro florece realmente eso tan nuestro, el «¿qué quieres decir tú?», y el parecer que se sufre injusticia cuando se comete, incluso de las gordas, lo sé bien. Ahora trata de salvarme, ya que eres tú el que me perdió.

FIDÍPIDES. Y ¿qué es lo que temes?

ESTREPSÍADES. El día viejo y nuevo.

FIDÍPIDES. Así que ¿existe un día viejo y nuevo?

ESTREPSÍADES. Sí, ese en el que dicen que depositarán la cantidad consignada contra mí.

FIDÍPIDES. Entonces los que la depositen la perderán, pues no es posible que un día se convierta en dos días.

ESTREPSÍADES. ¿No se puede convertir?

FIDÍPIDES. ¿Pues cómo iba a poder? A menos que la misma mujer fuera a la vez una anciana y una joven.

ESTREPSÍADES. Sin embargo, eso es lo acostumbrado.

FIDÍPIDES. Porque no saben bien, creo yo, lo que la ley quiere decir.

ESTREPSÍADES. Y ¿qué quiere decir?

FIDÍPIDES. El antiguo Solón era por naturaleza amigo del pueblo.

ESTREPSÍADES. Eso por ahora no tiene nada que ver con el día viejo y nuevo.

FIDÍPIDES. Así que aquél situó la citación en dos días, o el día viejo y el día nuevo, para que los depósitos se hicieran en la luna nueva.

ESTREPSÍADES. ¿Para qué añadió el día viejo?

FIDÍPIDES. Amigo mío, para que los demandados comparezcan un día antes y así se lo quiten de encima de antemano y voluntariamente, y en caso de que no, para que el día de la luna nueva por la mañana estén un poco intranquilos.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo es que los magistrados no aceptan entonces los depósitos de la cantidad consignada el día de la luna nueva, sino el día-viejo-y-nuevo?

FIDÍPIDES. Es que me parece que les pasa lo mismo que a los catadores: para malversar lo más rápidamente posible los depósitos, para eso los cobraban un día antes.

ESTREPSÍADES. Muy bien. *(Al público.)*

Desgraciados, ¿qué hacéis ahí sentados como idiotas, para provecho de nosotros los inteligentes? ¡Vosotros sois solamente piedras, números, un estúpido rebaño de ovejas, y un montón de ánforas!

Para mí mismo y para mi hijo aquí presente, tengo que cantar un canto de alabanza por nuestra buena suerte.

«Afortunado Estrepsíades,
¡qué inteligente has nacido,
y qué hijo estás criando!»,
me dirán mis amigos
y mis vecinos
con envidia, cuando tú
ganes los pleitos por tu oratoria.
Pero primero quiero llevarte
dentro y festejarte.

(Entran ambos en la casa. Llega un acreedor con un testigo.)

ACREEDOR 1. *(Al testigo.)*

Además, ¿tiene un hombre que dejar que se pierda algo de lo que es suyo? Nunca; mejor hubiera sido no ruborizarse precisamente entonces, en vez de tener problemas: la cuestión es que ahora mismo te estoy arrastrando aquí para servirme de testigo por un dinero que es mío, y además de eso me haré enemigo de un vecino mío. Pero nunca mientras viva he de avergonzar a mi patria, sino que, por el contrario, voy a citar a Estrepsíades...

ESTREPSÍADES. *(Saliendo de su casa.)*

¿Quién anda ahí?

ACREEDOR 1. ... para el día-viejo-y-nuevo.

ESTREPSÍADES. *(Al público.)*

Tetomo por testigo de que ha dicho para dos días diferentes.

(Al acreedor.)

¿Por qué motivo?

ACREEDOR 1. Por las doce minas que recibiste para comprar el caballo gris moteado.

ESTREPSÍADES. El caballo. ¿No habéis oído? ¡Yo, que todos vosotros sabéis que odio lo que tiene que ver con los caballos!

ACREEDOR 1. ¡Por Zeus!, y además juraste por los dioses que ibas a pagármelas.

ESTREPSÍADES. No, ¡por Zeus!, es que entonces mi Fidípides aún no había aprendido el argumento invencible.

ACREEDOR 1. ¿Y ahora por esa razón pretendes hacer un protesto?

ESTREPSÍADES. ¿De qué otra manera sacaría yo provecho de lo que él aprendió?

ACREEDOR 1. ¿Y estás dispuesto a hacer el protesto jurando por los dioses allí donde yo

te lo indiqué?

ESTREPSÍADES. ¿Por qué dioses?

ACREEDOR 1. Por Zeus, por Hermes, por Posidón.

ESTREPSÍADES. ¡Sí, por Zeus! Y yo incluso pagaría un trióbolo por poder jurar.

ACREEDOR 1. ¡Ojalá revientes por tu descaro!

ESTREPSÍADES. *(Palpando el vientre de su oponente.)*

Frotado con sal podría servir éste.

ACREEDOR 1. ¡Ay, ay, cómo te burlas!

ESTREPSÍADES. Le cabrán seis congios.

ACREEDOR 1. ¡Por el gran Zeus y los dioses, no escaparás de mí impunemente!

ESTREPSÍADES. Me ha hecho muchísima gracia eso de «dioses»; además, jurar por Zeus es ridículo para los que tienen dos dedos de frente.

ACREEDOR 1. Te aseguro que tú con el tiempo rendirás cuenta de esto. Pero respóndeme si me pagarás el dinero o no, y déjame ir.

ESTREPSÍADES. Quédate quieto, que yo en seguida te daré una respuesta clara. *(Entra en su casa.)*

ACREEDOR 1. *(Al testigo.)*

¿Qué te parece que va a hacer? ¿Te parece que me pagará?

ESTREPSÍADES. *(Sale de la casa con una artesa.)*

¿Dónde está ese que me reclama el dinero? Di, ¿cómo se llama esto?

ACREEDOR 1. ¿Que cómo se llama? La amasadero.

ESTREPSÍADES. ¿Y tú reclamas el dinero, siendo así? No pagaría yo ni un óbolo a nadie que llamara la «amasadero» a la «amasadera»

ACREEDOR 1. ¿Que no vas a pagarme?

ESTREPSÍADES. No, que yo sepa. Así que ¿no vas acabar de irte a escape de mi puerta?

ACREEDOR 1. Me voy a ir, y después, para que te enteres, voy a depositar la cantidad consignada y si no ¡que me muera!

(Salen el ACREEDOR 1. y su testigo.)

ESTREPSÍADES. Pues perderás eso además de las doce minas, y no quiero que te pase eso sólo porque le llamaste como un tonto «la amasadero».

(Llega un 2. ACREEDOR.)

ACREEDOR 2. ¡Ay, ay de mí!

ESTREPSÍADES. ¡Anda! ¿Quién es ese que se lamenta? ¿No será una de las divinidades de Carcino la que hablaba?

ACREEDOR 2. ¿Que quién soy yo?, ¿por qué queréis saberlo? Un hombre desdichado.

ESTREPSÍADES. ¡Vuélvete por tus pasos!

ACREEDOR 2. «¡Oh divinidad cruel, oh fortuna que rompiste las ruedas de mi carro! ¡Oh Palas, cómo me has destruido!»

ESTREPSÍADES. Pues, ¿qué mal te ha hecho Tlempólemo?

ACREEDOR 2. No te burles de mí, amigo; por el contrario, dile a tu hijo que me pague el dinero que recibió, sobre todo porque estoy en mala situación.

ESTREPSÍADES. ¿Qué dinero es ése?

ACREEDOR 2. El que tomó prestado.

ESTREPSÍADES. Sí que estás hecho polvo, me parece a mí.

ACREEDOR 2. Sí, por los dioses, estaba guiando el carro y me caí.

ESTREPSÍADES. Entonces, ¿por qué dices tonterías como si te hubieras caído de un burro?

ACREEDOR 2. ¿Tonterías digo, si quiero recuperar mi dinero?

ESTREPSÍADES. No hay posibilidad de que estés sano otra vez.

ACREEDOR 2. ¿Eso, por qué?

ESTREPSÍADES. Me parece que tu cerebro ha sufrido algo así como una sacudida.

ACREEDOR 2. Y a mí me parece que tú, por Hermes, vas a ser citado a juicio por mí, si no pagas el dinero.

ESTREPSÍADES. Bueno, dime: ¿crees que Zeus llueve cada vez agua nueva, o que el sol arrastra desde abajo esa misma agua nuevamente?

ACREEDOR 2. No sé cuál de las dos cosas es, ni me importa.

ESTREPSÍADES. Anda, ¿y cómo va a ser justo que tú recuperes el dinero, si no sabes nada de meteorología?

ACREEDOR 2. Bueno, si no tienes dinero suficiente, al menos págame el interés.

ESTREPSÍADES. Ése, el interés, ¿qué animal es?

ACREEDOR 2. ¿Qué otra cosa va a ser sino que cada mes y cada día el dinero se hace siempre más y más, al pasar el tiempo?

ESTREPSÍADES. Bien dicho. Pues a ver: ¿crees que el mar es mayor ahora que antes?

ACREEDOR 2. No, por Zeus, es igual. Pues no es apropiado que sea mayor.

ESTREPSÍADES. Entonces, desgraciado, ¿cómo es que éste no se hace mayor con los ríos que afluyen a él, y tú sin embargo tratas de hacer tu dinero más grande? ¿No te expulsarás a ti mismo de la casa?

(A los de la casa.)

Tráeme la aguijada.

(Un esclavo la trae.)

ACREEDOR 2. De esto yo tomo testigos.

ESTREPSÍADES. *(Dándole con la aguijada.)*

¡Arre!, ¿por qué tardas? ¿No te mueves, caballo marcado con la «ese»?.

ACREEDOR 2. ¿No es esto el colmo del descaró?

ESTREPSÍADES. ¿Te moverás? Voy alanzar sobre tila aguijada y te pincharé en el culo, caballo lateral.

(El 2.ACREEDOR se va.)

¿Huyes? Ya sabía yo que te haría moverte con todas tus ruedas y tus tiros.

(ESTREPSÍADES entra en su casa.)

CORO.

*¡Lo que es amar los asuntos ruines! Pues el
viejo este, enamorado de ellos,
quiere retener
el dinero que pidió prestado.
Y no es posible que en el día de hoy no
le sobrevenga algún problema que
haga a este sofista apartarse
repentinamente de las vilezas
que se ha puesto a cometer.
Pues creo que él va a encontrar en seguida
lo que hace tiempo pedía,
que su hijo sea hábil
para argumentar sentencias contrarias
a lo que es justo, de manera que
salga victorioso contra todos los que
tengan trato con él, aunque sus argumentos
sean abominables; y quizá, quizá
va a desear
que su hijo esté mudo.*

(ESTREPSÍADES *sale de su casa perseguido por su hijo.*)

ESTREPSÍADES. ¡Ay, ay, vecinos, parientes, compañeros de demo. Ayudadme por favor, que me zurren! ¡Ay, pobre de mí, mi cabeza, mi mejilla!

(AFIDÍPIDES.)

¡Ah, granuja!, ¿le pegas a tu padre?

FIDÍPIDES. Sí, padre.

ESTREPSÍADES. ¿Veis que admite que me está pegando?

FIDÍPIDES. Ciertamente.

ESTREPSÍADES. ¡Granuja, parricida, sinvergüenza!

FIDÍPIDES. Dime otra vez esas mismas cosas y más aún. ¿Sabes que lo paso bien oyendo tantos insultos?

ESTREPSÍADES. ¡Maricón, que tienes un culo como una tinaja!

FIDÍPIDES. Rocíame con muchas rosas de esas.

ESTREPSÍADES. ¿A tu padre le pegas?

FIDÍPIDES. Y además, ¡por Zeus!, demostraré que te he pegado con todas las de la ley.

ESTREPSÍADES. ¡Sinvergüenza redomado!, ¿cómo va a ser legítimo pegarle a un padre?

FIDÍPIDES. Yo te lo haré ver, y además, te venceré con mis palabras.

ESTREPSÍADES. ¿Que vas a vencerme en esto?

FIDÍPIDES. De todas todas y con facilidad. Escoge cuál de los dos Argumentos quieres sostener.

ESTREPSÍADES. ¿Qué dos Argumentos?

FIDÍPIDES. El Mejor o el Peor.

ESTREPSÍADES. Por Zeus, sí que he hecho que te enseñaran bien a argumentar contra lo justo, amigo, si vas a ser convincente en eso de que es justo y adecuado que un padre sea golpeado por sus hijos.

FIDÍPIDES. Yocreo que ciertamente te convenceré, tanto que cuando me haya s oído ni siquiera vas a argumentar nada en contra.

ESTREPSÍADES. Desde luego, lo que vas a decir quiero escucharlo.

CORO.

*Tu labor, anciano, consiste en discurrir
cómo vas a derrotar a este hombre,
pues éste, si no confiara en algo, no
sería tan insolente:
hay algo con lo que él se envalentona.
Su arrogancia es bien clara.*

CORIFEO. Ya tienes que decirle al coro por qué empezó la discusión. Lovas a hacer de todas maneras.

ESTREPSÍADES. Sí que voy a decirte por qué comenzamos a insultarnos. Pues bien, después de que, como sabéis, hicimos fiesta, primero le dije que cogiera la lira y cantara una canción de Simónides, «Cómo fue esquilado el carnero» · Éste en seguida dijo que estaba anticuado eso de tocar la lira mientras se bebía como hace una mujer cuando muele cebada tostada.

FIDÍPIDES. ¿Y no tenías que haber sido aporreado y pisoteado justamente entonces?, ¡decirme que cantara, como si hicieras fiesta para las cigarras!

ESTREPSÍADES. También entonces ahí dentro, murmuraba cosas así como las de ahora; y de Simónides decía que es un mal poeta. Y yo, aunque a duras penas, me iba aguantando al principio. Pero más adelante le dije que por lo menos cogiera una rama de mirto y me recitara algo de Esquilo; y él me dijo en seguida: «Pues yo sí que considero a Esquilo el primero entre los poetas, en estar lleno de ruido y en ser incoherente, grandilocuente y fabricante de palabras pretenciosas como peñascos».

Y ¿cómo creéis que mi corazón palpitaba entonces? Pero yo, rumiando mi cólera, le decía: «Tú recita entonces algo de éstos, de los modernos, cualesquiera que sean sus pasajes ingeniosos».

Y en seguida él pronunció una parrafada de Eurípides: cómo un hermano, ¡dios que nos libras de males!, jodía a una hermana hija de la misma madre, y yo ya no me aguanté más, sino que le llené el saco de palabras duras y denigrantes.

Y claro, después, como es natural, nos enzarzamos insulto tras insulto. Luego él salta sobre mí y después me estruja, me despedaza, me estrangula y me tritura.

FIDÍPIDES. ¿Y no estaba bien hecho eso, tú que no elogias a Eurípides, el más inteligente?

ESTREPSÍADES. ¿El más inteligente aquél?, tú... ¿qué te voy a llamar? No, que me darán de palos otra vez.

FIDÍPIDES. Sí, por Zeus, y sería con razón.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo que con razón? Yo, desvergonzado, que te crié atendiendo a

todo lo que balbuceabas, por saber qué querías. Si decías «aba», yo te entendía y te daba de beber; si pedías «pa» yo iba a traerte pan; no habías acabado de decir «caca», cuando yo te había cogido, y te sacaba a la puerta sosteniéndote.

Pero tú ahora cuando me estrangulabas, aunque yo chillaba y gritaba que quería cagar, no quisiste, ¡maldito!, sacarme fuera, a la puerta, sino que me ahogaba y me hice caca allí mismo.

CORO.

*Creo que los corazones de los jóvenes
saltan por oír lo que va a decir.
Pues si éste, con haber hecho cosas de tal calibre,
nos va a convencer con su palabrería,
no daríamos por la piel de los viejos
ni siquiera un garbanzo.*

CORIFEO. (A FIDÍPIDES.)

Tu tarea, ¡agitador y removedor de palabras de nuevo cuño!, consiste en buscar un medio de persuasión, para que parezca que dices cosas justas.

FIDÍPIDES. ¡Qué agradable es codearse con cuestiones nuevas e ingeniosas y poder despreciar las costumbres establecidas! Pues yo, cuando dedicaba mi atención solamente a la hípica, ni siquiera era capaz de decir tres palabras sin meter la pata.

En cambio, ahora, después de que ése me hizo acabar con esas cosas y he confraternizado con sentencias sutiles, con argumentos y pensamientos, creo que demostraré que es justo castigar al padre de uno.

ESTREPSÍADES. Sigue con tus caballos entonces, ¡por Zeus!, que es mejor para mí alimentar una cuadriga que verme triturado a fuerza de recibir golpes.

FIDÍPIDES. Volveré al punto de mi discurso en que me interrumpiste, y, en primer lugar, te voy a preguntar esto: ¿me pegabas cuando era niño?

ESTREPSÍADES. Sí, por ser cariñoso y preocuparme por ti.

FIDÍPIDES. Pues dime, ¿no es justo que también yo sea cariñoso contigo de la misma manera y te pegue, puesto que en eso consiste ser cariñoso, en pegar?

Pues, ¿cómo es que tu cuerpo tiene que estar libre de golpes y el mío no? Que también yo soy hombre libre de nacimiento. «Los hijos lloran, ¿crees que el padre no ha de llorar?»

Tú afirmarás que la costumbre es que eso sea cosa del hijo; pero yo podría contradecirte diciendo que «los viejos son dos veces niños»; y es más natural que lloren los viejos que

los jóvenes, en la medida en que es menos razonable que ellos cometan faltas.

ESTREPSÍADES. Pero en ninguna parte es de ley que el padre pase por eso.

FIDÍPIDES. ¿Es que no fue un hombre como tú y como yo el primero que puso esa ley, y persuadía a los antiguos hablando? ¿Y es que yo a mi vez voy a tener menos posibilidades de poner una nueva ley para los hijos de cara al futuro, que peguen también ellos a sus padres?

Los golpes que recibimos antes de que estuviera puesta la ley los sacamos de cuenta y les concedemos habernos zurrado impunemente. Mira los gallos y esos otros bichos, cómo se toman la revancha de sus padres. ¿Y en qué se diferencian aquéllos de nosotros, si no es en que no proponen decretos?

ESTREPSÍADES. Entonces, ya que imitas en todo a los gallos, ¿por qué no comes también estiércol y duermes en un palo?

FIDÍPIDES. No es lo mismo, tío, ni se lo parecería a Sócrates.

ESTREPSÍADES. Pues entonces no me pegues; si no, un día tendrás que echarte la culpa.

FIDÍPIDES. ¿Cómo es eso?

ESTREPSÍADES. Porque es justo que yo te castigue a ti, y que tú, si lo tienes, castigues a tu hijo.

FIDÍPIDES. Pero en caso de que no lo tenga, en vano habrán sido mis lloros, y tú te habrás muerto habiéndote burlado de mí.

ESTREPSÍADES. *(A los espectadores ancianos.)*

Hombres de mi edad, a mí me parece que dice cosas justas. Y me parece también que hay que concederles a éstos lo que es razonable. Pues es natural que nosotros paguemos si no hacemos lo que es justo.

FIDÍPIDES. Mira también este otro argumento.

ESTREPSÍADES. No, será mi perdición.

FIDÍPIDES. Quizá no llevarás tan a mal haber pasado lo que has pasado ahora.

ESTREPSÍADES. ¿Cómo es eso? Explícame qué provecho conseguirás que saque yo aún de eso.

FIDÍPIDES. Pegaré a mi madre igual que a ti.

ESTREPSÍADES. ¿Qué dices, qué dices? Esto otro es una canallada todavía más grande.

FIDÍPIDES. Pues, ¿qué me dices si con el Argumento Peor te voy a vencer diciendo que hay que pegar a la madre?

ESTREPSÍADES. ¿Qué otra cosa que, si haces eso, nada va a impedir tirarte al Barranco, con Sócrates, a ti y al Argumento Peor?

(Al CORO.)

Nubes, esto me ha sucedido por culpa vuestra, por haber puesto en vuestras manos todos

mis asuntos.

CORIFEO. Tú eres el único que tienes la culpa, por haberte dedicado a hacer canalladas.

ESTREPSÍADES. ¿Y por qué no me decías eso entonces, en vez de darle alas a un hombre paleta y viejo?

CORIFEO. Esto es lo que hacemos siempre, cada vez que nos topamos con alguien que es aficionado a las canalladas, hasta que lo precipitamos en la desgracia para que aprenda a temer a los dioses.

ESTREPSÍADES. ¡Ay de mí, Nubes! Es cruel, pero justo, pues no debería haber birlado lo que pedí prestado.

(A FIDÍPIDES.)

Así que ahora, querido, ven conmigo a matar al bastardo de Querefonte y a Sócrates, que nos han engañado.

FIDÍPIDES. Yo no podría hacerle mal a mis maestros.

ESTREPSÍADES. «Sí, sí; ten respeto a Zeus Paternal».

FIDÍPIDES. Mira: «Zeus Paternal». ¡Qué antiguo eres! ¿Es que existe algún Zeus?

ESTREPSÍADES. Existe.

FIDÍPIDES. No existe, no, porque reina Torbellino, que ha expulsado a Zeus.

ESTREPSÍADES. No lo ha expulsado, sino que yo creía eso por culpa de esta «turbicopa»

(*La señala.*)

¡Qué imbécil soy, tomarte a ti, una pieza de barro, por un Dios!

FIDÍPIDES. Anda, desbarra aquí tú solo y sigue con tus disparates.

(*Entra en su casa.*)

ESTREPSÍADES. ¡Ay de mí, qué chaladura! ¡Qué loco me volví cuando llegué a rechazar a los dioses por culpa de Sócrates!

(*A una estatua de Hermes que está delante de su casa*)

Pero de ningún modo te enfades conmigo ni me hagas papilla, Hermes querido: más bien ten compasión de mí, que me volví tarumba por culpa de su charlatanería; y sé mi consejero, sobre si he de perseguirlos judicialmente incoando un proceso o lo que te parezca.

(*Hace que escucha a Hermes.*)

Bien me aconsejas no dejando que me dedique a picapleitos, sino que a toda prisa incendie la casa de los charlatanes.

(*Da voces hacia su casa.*)

Oye, oye, Jantias, ven aquí con una escalera y un azadón, y después sube a lo alto del caviladero y destrózale el tejado, si es que quieres a tu señor, hasta que les tires la casa

encima.

(El esclavo sale de la casa con lo indicado y sube al tejado del caviladero.)

Que alguien me traiga una antorcha encendida, que yo voy a hacerle a alguno de ellos pagármelas todas juntas hoy mismo, por muy fanfarrones que sean.

(Coge la antorcha que le traen y sube también al tejado.)

DISCÍPULO. *(Dentro.)*

¡Ay, ay!

ESTREPSÍADES. *(Aplica la antorcha.)*

Antorcha, tu obligación es lanzar una enorme llamarada.

DISCÍPULO. *(Se hace visible.)*

¿Qué es lo que haces, hombre?

ESTREPSÍADES. ¿Que qué hago? ¿Qué voy a hacer sino mantener un diálogo sutil con las vigas de la casa?

QUEREFONTE. *(Por una ventana.)*

Ay de mí, ¿quién prende fuego a nuestra casa?

ESTREPSÍADES. Justamente aquel al que le quitasteis la capa.

QUEREFONTE. *(Igual.)*

Nos matarás, nos matarás.

ESTREPSÍADES. Pues eso es precisamente lo que yo quiero, si el azadón no traiciona mis esperanzas o si no me caigo yo antes y me desnucó.

SÓCRATES. *(Saliendo del caviladero.)*

Tú, ¿qué es lo que haces, tú, el del tejado?

ESTREPSÍADES. «Camino por los aires y paso revista al sol»

SÓCRATES. ¡Ay, desgraciado, me voy a ahogar, pobre de mí!

QUEREFONTE. *(Igual que antes.)*

Y yo, miserable de mí, voy a morir achicharrado.

ESTREPSÍADES. *(Bajando al suelo, con JANTIAS.)*

Y ¿por qué razón insultabais a los dioses y escudriñabais las asentaderas de la luna? Persigue, pega, golpea, por mil cosas, pero sobre todo sabiendo cómo ultrajaban a los dioses.

(QUEREFONTE y los restantes discípulos consiguen salir del caviladero y huyen con SÓCRATES, perseguidos por ESTREPSÍADES y JANTIAS.)

CORIFEO. Encabezad la marcha hacia fuera, que nuestro coro ya ha actuado bastante por hoy.

FIN